

traversales

nº 48, septiembre 2019 año XIV. ISSN: 1886-1083
serie histórica: nº 125 - año XXXI. 8 euros

Especial ROSA LUXEMBURG (1870-1919)

Juan Manuel Vera
Paul Mattick
Marie Xaintrailles
Raya Dunayevskaya
Ana Muiña
Rosa Luxemburg

Hay que cambiar el mundo completamente, pero cada lágrima vertida que pudiera haber sido evitada es una acusación, y comete un crimen quien, en su afán por cumplir una tarea importante, aplasta, por falta de cuidado, a un pobre ser indefenso

Rosa Luxemburg, 1918



Consejo editorial de Trasversales

Celia, en el recuerdo

Nuestra querida compañera Celia Pérez Sanz (1949-2019), miembro del consejo editorial de Trasversales, ha fallecido. Una parte de nosotras y nosotros la conocimos hace ya muchos años, en el marco del movimiento ciudadano No Nos Resignamos; eso fue siempre lo suyo, el activismo social, y por eso estuvo también en el movimiento 15M, participante activa en lo que fue la asamblea de la Plaza Dalí del barrio Salamanca, así como en la Marea Verde educativa.

Periodista, traductora, profesora, políglota, interesada por todo lo humano, también ha sido hasta su muerte vicepresidenta-colaboradora de MásPúblico, editora de La Marea. Firmante, desde su declarado "feminismo de los afectos", del manifiesto "Las periodistas paramos 8M2018". Rara era la manifestación en la que no te la encontrabas. Muy amante de la literatura, escribía relatos, obteniendo uno de los premios del XVIII Concurso de literatura Relatos de igualdad (Ayuntamiento de Miranda de Ebro).

En Trasversales la recordaremos como la gran persona que siempre fue y por sus artículos (poco frecuentes), por sus traducciones y por su capacidad para hacernos poner los pies en la tierra, para sacarnos de esquemas preconcebidos poco acordes a la realidad y para romper el riesgo de uniformidad o de presunciones no explícitas que los "orígenes políticos" comunes de una parte del consejo editorial siempre comportan, aunque hoy cada cual haya evolucionado de una manera y nuestros puntos de vista sean muy plurales.

Celia queda en nuestro recuerdo. Pero también en aquello que somos en la medida que el contacto con ella contribuyó a cambiarnos, a reconstruirnos en la interacción social.

Desde aquí enviamos un abrazo a su hija Alba y al resto de sus familiares y personas queridas.

LO QUE HAY...

TAPAS INTERIORES. En el recuerdo: **Celia Pérez Sanz/ Immanuel Wallerstein**
TEXTOS SOBRE ROSA LUXEMBURG. **Una aproximación a Rosa Luxemburg**, Juan Manuel Vera, 3-14. **Rosa Luxemburg: una retrospectiva**, Paul Mattick, 15-31. **Notas sobre el luxemburgismo**, Marie Xaintrilles, 33-36. **Luxemburg: revolucionaria, feminista**, Raya Dunayevskaya, 37-39. **Rosa Luxemburg, en la tormenta**, Ana Muiña, 41-44. TEXTOS DE ROSA LUXEMBURG: **El voto de la mujer**, 45-47. **La jornada de ocho horas**, 49-50. **Dirigentes y dirigidos**, 51-56. **La huelga de masas**, 57-60. **Y ahora, ¡condenadme!**, 61-65. **La revolución rusa y la democracia**, 67-77. **Contra la pena de muerte...**, 79-80. **La única manera de hacer socialismo...**, 81-87.

BIBLIOGRAFÍA EN CASTELLANO, 88-89.

IMÁGENES: Aki Ginory y fotos de época. TRADUCCIONES a cargo de Trasversales. (todos los textos han sido traducidos salvo las notas sobre Celia Pérez y Wallerstein, los artículos de Vera y Muiña y la bibliografía)

Fichero descargable en: <http://www.trasversales.net/t48.pdf>

Advertencia: esta versión, publicada sólo en PDF, amplía la versión en papel de 54 páginas distribuida en septiembre 2019. Incluye más artículos y versiones más extensas de algunos otros. Ni la versión papel ni la versión PDF sustituyen al número estándar que tenía que salir en octubre 2019, pues saldrá en diciembre. Por diversas razones hemos optado por publicar cada año un especial de carácter monográfico con unas 50 páginas, *adicional* a los números estándar. Por razones de sostenibilidad económica y para no aumentar precios, la versión papel de los *especiales* sólo se garantiza a las personas suscriptoras, pero su contenido será de acceso público a través del correspondiente PDF.

Para informarte sobre suscripciones o para conseguir el especial Rosa Luxemburgo en papel, envía un mensaje a trasversales@trasversales.net

LA REDACCIÓN

Ángel Barón, Pedro A. Bueno, José Luis Carretero, Francisco Carvajal, Miquel Coll, Margarita Díaz, Manuela Fernández, Almudena Gª Mayordomo, Beatriz Gimeno, Aquilino Ginory, Jesús Jaén, Ramón Linaza, Luis Martín, Teresa Martínez, Pilar Membrillera, Enrique del Olmo, Toñi Ortega, Celia Pérez (1949-2019), Manuel Pozuelo, Freddy Quezada, José L. Redondo, Fernando Ruiz, José M. Roca, Ángel Rodríguez Kauth, Miguel A. Rodríguez Lorite, Luis M. Saénz, Belén Saiz, Juan Manuel Vera, José Luis Yuguero.

LOGO: Ana Muiña y Agustín Villalba. **MAQUETA:** Akilino & Armando

CORRIJE: Marga

PROPIEDAD Y EDICIÓN: Asociación TRASVERSALES

<http://www.trasversales.net> - trasversales@trasversales.net - ap. 6088, 28080

IMPRIME: Torculo Artes Graficas, S.A.

DEPÓSITO LEGAL: C-2456-05. **ISSN:** 1886-1083

SUSCRIPCIONES: ver <http://www.trasversales.net/susc.pdf>

La opinión colectiva de Trasversales se expresa sólo en textos editoriales. Se autoriza el uso de aquellos materiales de cuyos derechos dispongamos, lo que confirmaremos tras aviso previo.

Para suscripciones, escribid a trasversales@trasversales.net

Web: trasversales.net --- Correo: trasversales@trasversales.net --- Twitter: [@trasversales](https://twitter.com/trasversales)
Facebook: facebook.es/trasversales --- dirección postal: **ap. 6088, 28080 Madrid**

consejo internacional de apoyo

La pertenencia a este Consejo no implica compromiso con la labor editorial, la línea general o el contenido y criterios de selección de los artículos publicados. Muchos de sus miembros lo eran ya durante la primera etapa de la publicación (1989-2005).

Pilar Miró (1940-1997)	Cristina Almeida	Boris Kagarlitsky
José A. Valente (1929-2000)	Vicent Alvarez	Adam Keller
Eugenio Royo (1931-2001)	Ana Belén	Veronique Kleck
José M. de la Parra (1952-2001)	Fernando Ariel del Val	Raúl Kollman
Laurent Schwartz (1915-2002)	Alejandro Arizkun	Tamas Krausz
Ignacio Iglesias (1912-2005)	Enrique Baquedano	Bernard Langlois
Pierre Broué (1926-2005)	Aaron Barnea	José Manzanares
Joel James Figarola (1942-2006)	Rui Bebiano	Bill Marshall
Jesús Cos Causse (1945-2007)	José M. Benítez de Lugo	Rosa Martínez
Leopoldo Alas (1962-2008)	Jacobo Bermejo	José Enrique Martínez
Phyllis Jacobson (1922-2010)	Alain Caillé	Jean-Luc Mélenchon
Wilebaldo Solano (1916-2010)	David Casacuberta	Vicente Molina Foix
Jean-René Chauvin (1919-2011)	Antoni Castells Durán	Juan Moreno
Alex Falconer (1940-2012)	Carmen Castro	Manuel Núñez Encabo
Francisco Fernández Buey (1943-2012)	Marisa Castro	Awilda Palau
Isidro Guardia Abella (1921-2012)	Reinaldo Cedeño	Rosana Pastor
Maurice Nadeau (1911-2013)	Linda de Sousa	María Pazos
José M ^a Mendiluce (1951-2015)	Luis Antonio de Villena	Luis Alejandro Pedraza
Gonzalo Puente Ojea (1924-2017)	Elías Díaz	Pedro Pérez Ramírez
Juan Goytisolo (1931-2017)	Javier Doz	Miguel Serras Pereira
Ándres Sorel (1937-2019)	Javier Esteinou	Gilles Perrault
Immanuel Wallerstein (1930-2019)	Rafael Estrella	Ángel Requena
	Sam Farber	Laura Restrepo
	Rafael Feito	Christian Retamal
	Benjamín Forcano	Manuel de la Rocha
	Vasco Franco	Peter Rossman
	Antonio Gala	Fanny Rubio
	Dan Gallin	Antonio Ruiz
	Vicent Garcés	Pedro Sabando
	Pere Gimferrer	Robinson Salazar
	José A. Gómez Yáñez	Víctor Manuel San José
	Carlos Gómez Gil	Carlos Sánchez
	Juan González Díaz	Marisol Sánchez Gómez
	Enrique González Macho	Mariano Sánchez Soler
	Jordi Gordon	José M. Sánchez Zegarra
	Ramón Górriz	Carlos Téllez
	Isabel Gutiérrez Arijá	Anne Vernet
	Esteban Ibarra	Isabel Vilallonga
	Miguel de Julián	

Juan Manuel Vera

Una aproximación a Rosa Luxemburgo

La imagen de Rosa Luxemburgo aparece inevitablemente unida a su trágico asesinato en los convulsos días del levantamiento berlinés de enero de 1919. El final prematuro y traumático de una vida puede adquirir un exceso de sentido que acabe fusionando simbólicamente toda una trayectoria vital, llena de momentos de acción, de reflexión, de vida, con ese estado definitivo de muerte. Georg Lukács escribía en 1922 sobre Rosa Luxemburgo: *"Su muerte a manos de sus enemigos más reales y sanguinarios, los Scheidemann y los Noske, es, por lo tanto, la coronación consecuente de su pensamiento y de su vida"*.

Ese exceso de sentido, esa explicación de la culminación de una vida a través de la muerte es insatisfactoria, tiene unas resonancias cristianas frente a las cuales conviene reaccionar pues encontrar un sentido en lo que no lo tiene, la muerte, ayuda a generar una evocación martirológica de la víctima, donde aflora la salmodia del sacrificio e, incluso, alguna fantasía de redención de aire benjaminiano. La vida, contemplada desde el final, aparece como una retrospectiva y preparación de la muerte. No es imprescindible seguir ese camino. En esta breve aproximación a Rosa Luxemburgo, querría partir de su vida, su obra y de las paradojas que envuelve el interés por ella.

Innegablemente, resulta un personaje atractivo. Es fascinante que una mujer, polaca, judía, con una discapacidad física, se convirtiera, contra toda probabilidad, en una importante dirigente socialdemócrata de la II Internacional, que era un mundo casi exclusivamente de varones. Resulta sorprendente que las ideas de esa mujer sean ahora, al mismo tiempo, muy representativas de un marxismo ortodoxo agotado y, sin embargo, sus intuiciones e iluminaciones rebeldes sigan vivas entre tantas ruinas del pensamiento de la izquierda marxista.

Ese atractivo envolvente no deja de generar malentendidos razonables. Rosa Luxemburgo puede ser vista como la representación ideal del mártir revolucionario, una proto-bolchevique de cuerpo entero, la crítica más aguda del leninismo, una gran dirigente de la socialdemocracia internacional, una teorizadora del espontaneísmo, la virulenta detractora del nacionalismo y una marxista ortodoxa. Tantas imágenes en el espejo pueden facilitar una universal complacencia sobre Rosa que, al mismo tiempo, encubra algunos equívocos.

No es posible olvidar que los elogios de Lenin y de Trotski, y de tantos bolcheviques de los primeros años, son, al mismo tiempo, un intento de sepultar definitivamente lo que les molesta de su pensamiento.

Cuando la estalinista República Democrática Alemana la elevaba a los altares hagiográficos del régimen, con sus calles y sus sellos postales, era una especie de sortilegio para ahuyentar su espíritu democrático y su airada incompatibilidad con la opresión. Cuando los liberales la presentan como una precursora de la denuncia del leninismo y, por tanto, del estalinismo, lo cual es cierto, interesa que una tupida niebla oculte que se trataba de una dirigente revolucionaria e internacionalista. Los elogios de los socialistas de los actuales partidos social-liberales encubren, cuidadosamente, su colosal intuición de que los movimientos sociales son la principal fuente de sentido y el único aliento capaz de generar una organización viva. Incluso en la recuperación de alguna forma de luxemburguismo por libertarios o consejistas se muestra tanto deslumbramiento respecto de su espontaneísmo y énfasis en la autoactividad de las masas, que pueden dejar en penumbra sus ideas sobre la función y necesidad de un partido organizado de los de abajo.

Lo más sobresaliente de Rosa Luxemburgo es la forma en que dentro de un pensamiento, en muchos aspectos, rígidamente marxista, afloran iluminaciones, generadas por una mirada que intenta ser pura, a los movimientos sociales y revolucionarios reales. Algunas de las ideas más interesantes de Rosa no se encuentran en el hilo de sus argumentos sino, frecuentemente, en incisos especialmente brillantes y en bruscos destellos de imaginación intelectual. Cuando el determinismo y la teleología histórica son relajados, aparecen poderosamente las luchas reales de la gente común, seres que luchan y que no se dejan convertir en un adorno de esquemas teóricos. Emerge, entonces, la historia viva frente a las supuestas leyes de la historia. Esa es la Rosa Luxemburgo que sigue impactando, la que no se deja atrapar por los discursos cerrados.

Rosa Luxemburgo y la socialdemocracia

Para evitar una visión deformada de la per-

sonalidad de Rosa Luxemburgo es imprescindible una adecuada contextualización. Su vida transcurre en una etapa del capitalismo muy diferente del actual, con otros conflictos políticos y otros movimientos sociales y, sobre todo, con una carga de experiencia histórica muy distinta a la de nuestro tiempo. En gran medida, ese mundo y parte de sus lenguajes y sus proyectos van a desaparecer en la gran catástrofe de la guerra mundial de 1914.

Rosa Luxemburgo nació el 5 de marzo de 1870. Todos sus primeros biógrafos situaron su año de nacimiento en 1871 debido a un dato incorrecto que figuraba en la documentación de sus estudios universitarios en Zúrich.

Su vida está asociada a la época del desarrollo de la II Internacional (creada en 1889, cuando ella tenía 19 años) y muy especialmente a la historia de la socialdemocracia polaca y alemana. Su trayectoria vital coincide con el periodo que se ha llamado la era de los imperios (1870-1914), una etapa de mundialización que culminó en la guerra mundial de 1914-1918 y el posterior hundimiento del capitalismo liberal que tan convincentemente describió Karl Polanyi.

Fue una época de fecundo desarrollo de los grandes movimientos obreros europeos. Poderosos sindicatos y fuertes partidos socialdemócratas se convirtieron en la expresión de un movimiento de masas que luchaba por derechos laborales y por las libertades democráticas. No se debe olvidar, demasiado a menudo se hace, que fue el tiempo de las grandes luchas populares por la extensión del sufragio universal, por la democratización y contra las estructuras subsistentes en Europa del absolutismo tardío. Rosa fue una personalidad muy destacada de ese socialismo europeo. Desde la década de 1890 fue continuamente una de las principales dirigentes de la socialdemocracia polaca. Junto a Leo Jogiches, compañero sentimental durante muchos años, fundó primero el SDKP (Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia) y luego el LSDKP

(Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania), que se enfrentaron al nacionalismo polaco del PPS (Partido Socialista Polaco), dirigido por Josef Pilsudski, que daba prioridad a la lucha por la independencia de Polonia. Desde esa atalaya polaca tuvo una cierta intervención en las polémicas de la socialdemocracia rusa del POSDR (Partido Obrero Socialdemócrata Ruso) polemizando agudamente con las posiciones de Lenin en 1904 y, también, con las de los mencheviques.

En 1898 se traslada a Berlín y se convierte rápidamente en una importante dirigente del SPD (Partido Socialdemócrata Alemán) y de la Internacional. Su papel como periodista en importantes órganos de prensa del SPD fue significativa, así como su labor como profesora de economía en la escuela de formación de cuadros del SPD. Esas actividades, además de proporcionarle una fuente de ingresos para subsistir, permiten percibir que Rosa fue, en gran medida, una intelectual orgánica de la socialdemocracia alemana. No puede ser caracterizada como una figura marginal dentro del ámbito de la socialdemocracia centro-europea ya que formaba parte de su centro intelectual y político. De hecho, Rosa fue una gran defensora de la ortodoxia marxista que mantenía la mayoría de la dirección del SPD.

El SPD tendía a configurarse como un Estado dentro del Estado, con su extensa estructura organizativa y su amplia burocracia, su prensa nacional y local, sus escuelas, sus cooperativas, sus sindicatos. El célebre texto *Reforma o revolución* (1899), que tanto contribuyó a su prestigio en el ámbito de la Internacional y del SPD, era una requisitoria contra Bernstein y el revisionismo, plenamente en la línea de la dirección del SPD, tendente a mantener al SPD como un partido de oposición, ese mencionado Estado dentro del Estado. En su concepción, las reformas sociales son parte de la lucha por la transformación socialista de la sociedad y considera que no es posible renunciar ni a las reformas ni a la revolución.

También tuvo una intervención destacada en las polémicas contra el *ministerialismo*, la participación de partidos socialistas en gobiernos de coalición con la burguesía, que se estaba abriendo paso, especialmente en la socialdemocracia belga y francesa.

Su polémica con Lenin sobre el modelo organizativo de la socialdemocracia (1903-1904) refleja perfectamente su concepción del partido de masas como un fruto del desarrollo del movimiento obrero. A pesar de considerar que la centralización política era un proceso natural, su tesis de que la socialdemocracia es parte y expresión de un movimiento social que la precede, se encuentra muy alejada de las ideas de Lenin, para quien el socialismo es algo ajeno y exterior a la clase obrera, producto de una organización profesional de revolucionarios. Para ella, una de las funciones de la organización socialdemócrata consiste en aprender de las experiencias de las luchas y desarrollar la educación socialista sobre esas experiencias.

Su argumento central, tanto contra Lenin como contra los revisionistas, es que quieren sustituir la acción propia de los trabajadores por las iniciativas de una élite. En el importante ensayo *Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa* (1904) dirá: "*En el movimiento socialdemócrata - lo que le diferencia de las antiguas experiencias del socialismo utópico- la organización no es el resultado artificial de la propaganda, sino un producto histórico de la lucha de clases, al que la socialdemocracia simplemente da un cierto grado de conciencia política*". Y, también: "*El movimiento social-demócrata es el primero en toda la historia de la sociedad de clases que toma en cuenta, en todas sus fases y en todos sus desarrollos, la organización y la acción directa e independiente de las masas*". Contrapone esa visión a la de Lenin, que presenta al revolucionario socialdemócrata como "*un jacobino indisolublemente unido a la organización del proletariado, que se ha hecho consciente de sus intereses de clase*". Señala agudamente

que la visión de Lenin extrapola a la socialdemocracia una visión de la disciplina que se basa en las instituciones burguesas de la fábrica y el cuartel. Para ella, Lenin quiere controlar y empequeñecer. "*Históricamente, los errores cometidos por un movimiento verdaderamente revolucionario son infinitamente más fecundos que la infalibilidad del más sabio Comité Central*".

En el folleto *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906) Rosa, además de una defensa de las lecciones históricas de la revolución rusa de 1905 y de sus enseñanzas para Alemania, también polemiza con la dirección de los sindicatos socialdemócratas y contra su pretendida autonomía de la dirección del SPD.

El papel histórico de Rosa sólo puede ser entendido como partícipe en el desarrollo de la socialdemocracia europea y, en particular la alemana, cuyos valores y principios representa en gran medida. Su internacionalismo, por ejemplo, no es una peculiaridad de su pensamiento sino un componente omnipresente en los congresos y la propaganda de los distintos partidos socialdemócratas europeos y de la Internacional hasta las puertas del año 1914.

Del mismo modo, Rosa comparte la teleología marxista del socialismo como objetivo final de la Historia y mantiene un importante grado de determinismo económico que compatibiliza con su creciente orientación a destacar el papel de la autonomía de las masas. Su principal aportación a la teoría económica marxista, el libro *La acumulación del capital* (1913), se aproxima a concepciones de una teoría del derrumbe del capitalismo por razones internas, derivadas de los mecanismos de la reproducción ampliada de capital y de la incapacidad de generar una demanda efectiva suficiente sin la participación de los sectores no capitalistas de la economía. Indudablemente su internacionalismo se vio reforzado por su sensibilidad respecto al papel de los imperialismos.

Es cierto que la concepción teleológica del socialismo se va a debilitar cuando Rosa

confronte los esquemas abstractos del marxismo con la dinámica histórica. Ello ocurrirá de una forma muy marcada con la revolución rusa de 1905, y también a partir de las luchas belgas y prusianas de la década de 1910. Aunque Rosa mantiene su adhesión a una explicación marxista determinista de la Historia, la presencia creciente de las luchas sociales van enriqueciendo y complejizando su posición. Al mismo tiempo, la creciente compresión del dilema histórico de su tiempo en términos de "socialismo o barbarie", irá atenuando tanto el determinismo económico como el grado de adhesión al ingenuo progresismo de la Segunda Internacional.

Toda esa época de organización del socialismo europeo y de luchas sociales por el sufragio universal y los derechos de los trabajadores acabó abruptamente con la guerra mundial de 1914. Esa gran catástrofe, que hizo realidad el concepto de barbarie de Rosa Luxemburgo, puso fin a toda una etapa de la civilización europea, donde se estaban desarrollando poderosas fuerzas sociales por la democratización y por un nuevo papel de los trabajadores en la sociedad.

Rosa se alineó con los sectores de la izquierda socialdemócrata europea que denunciaron la traición que para sus ideales suponía el apoyo a la guerra. En 1917 se crea el USPD (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania), un partido socialdemócrata de izquierdas, en el que participa el grupo espartaquista que animaban Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Las agrias polémicas y enemistades vitales de Rosa Luxemburgo con los máximos representantes del USPD dificultaron una colaboración más fructífera entre los distintos grupos socialdemócratas alemanes internacionalistas, o en ruptura con la dirección del SPD, y facilitó el aislamiento de sus partidarios espartaquistas, cada vez más influidos por las ideas bolcheviques.

Aunque el grupo espartaquista, del que era una de los máximos dirigentes, acabó siendo uno de los componentes del KPD (Par-

tido Comunista Alemán), en cuya fundación participó en 1919, dos semanas antes de su muerte, Rosa pareció mantener serias dudas sobre la forma de construcción de un nuevo partido, y sus tácticas y estrategias. Probablemente ella siempre había visto al grupo como una corriente de un partido socialdemócrata de masas. La precipitación de los acontecimientos de la revolución alemana en noviembre de 1918, la debilidad y radicalización de los espartaquistas, la necesidad de disponer de un instrumento para actuar en esa época convulsa y el enorme impacto de la revolución rusa entre muchos de sus colaboradores más cercanos, fueron factores decisivos para ese paso. Pero es imposible considerar que, en ese momento, Rosa se había convertido en una leninista. Desde el punto de vista organizativo su concepción siempre fue la del partido de masas. Nada en su trayectoria llevaba en otro sentido, y sus propias posiciones sobre la revolución rusa eran fuertemente críticas con el poder bolchevique.

Los años de la guerra mundial fueron años de cárcel preventiva, de aislamiento político y de una poderosa sensación de hundimiento personal y colectivo. Para Rosa Luxemburgo la guerra mundial significaba una derrota histórica. Frente a la posición de Lenin, que veía en la guerra una oportunidad para la revolución, Rosa la concibe como un mal absoluto. En el folleto *La crisis de la socialdemocracia alemana* (conocido como folleto *Junius* por el seudónimo que ella utilizó) dirá: "*La guerra mundial ha destruido el resultado de 40 años de trabajo del socialismo europeo*". Y, también, "*el proletariado ha sufrido la más aguda derrota de su historia*".

El pesimismo invadió a Rosa, consciente de que la guerra, la barbarie, no es el verdadero fermento de un orden nuevo. Rosa Luxemburgo era una heredera consciente de Louise Michel, quien señalaba que "*la revolución puede levantarse sobre hombres y mujeres en lugar de sobre ruinas*".

Las revoluciones y los grandes movimientos sociales

En sus escritos políticos, Rosa Luxemburgo se inserta en la tradición política *maquiavélica*, que ve en los conflictos el motor auténtico de todo cambio histórico. Frente a la tradición *rousseauiana* que aspira a una sociedad completamente reconciliada, estamos en el mundo de las luchas y de un socialismo democrático. La importancia de la autonomía de las masas para la construcción del socialismo y su concepción de la democracia representan un recordatorio obligado para comprender la diversidad de orientaciones existentes entre los socialdemócratas de las primeras décadas del siglo veinte. Al mismo tiempo, obliga a reflexionar sobre la intensa marginación a la que fue sometido su pensamiento por parte de las izquierdas posteriores.

El luxemburguismo nunca ha existido como una doctrina o una corriente política, pero si hay algo que se aproxima a un *luxemburguismo* sería la idea, muy presente en la obra de Rosa Luxemburgo, de aprender de las experiencias de las grandes luchas sociales. Su pensamiento es el producto de una mirada atenta a los principales movimientos sociales y políticos. Prestó especial atención a las luchas de Bélgica, de Austria, de Prusia, de Polonia, de Rusia... Pero, indudablemente, fue su interpretación de la revolución rusa de 1905 la influencia más importante que la lleva a una concepción original del papel de los movimientos sociales.

En agosto de 1906, durante una breve estancia en Finlandia, tras haber conseguido salir de Polonia, donde estaba detenida por su participación en los sucesos revolucionarios de 1905-1906. Rosa redactó *Huelga de masas, partido y sindicatos*, donde profundiza en concepciones que serán fuente de numerosos escritos posteriores. Rosa aborda diversas cuestiones, entre ellas, la vieja polémica entre anarquistas y socialdemócratas sobre la huelga general, desde una nueva perspectiva, la que le proporcionan los acontecimientos

revolucionarios. La huelga de masas se ha convertido para ella en la forma más general de la lucha social de la época y refuta la concepción de la huelga general como producto abstracto de una decisión de una organización. La huelga de masas le parece la forma de la revolución. No es una técnica, es el método en movimiento de la lucha social.

Vamos a continuación a destacar los elementos más importantes de esta concepción emergente en la obra de Rosa Luxemburgo, incluyendo algunas citas del mencionado folleto de 1906.

- Espontaneidad e impredecibilidad de las revoluciones y los grandes movimientos sociales. La revolución y, del mismo modo, los grandes movimientos sociales no son predecibles. Se desarrollan mediante mecanismos espontáneos enraizados profundamente en las fuerzas sociales. *"La huelga de masas no es el producto artificial de alguna táctica premeditada de los socialdemócratas. Es un fenómeno histórico natural que se apoya en la actual revolución"*. También señala: *"si algo nos enseña la Revolución Rusa es, sobre todo, que la huelga de masas no se 'fabrica' artificialmente, que no se 'decide' al azar, que no se 'propaga', es un fenómeno histórico que, en un momento dado, surge de las condiciones sociales como una inevitable necesidad histórica"*. En definitiva, la revolución y las huelgas de masas no las provoca nadie. Ocurren. Son hechos históricos, no el producto de decisiones de una organización. Las revoluciones no permiten que nadie juegue a maestro de escuela. La revolución no admite recetas. Del mismo modo, los movimientos sociales profundos se originan a partir de procesos a cuyo desencadenamiento no se le puede fijar forma ni tiempo.

- Imposibilidad de separar los factores políticos y económicos en las luchas sociales. El movimiento no va de la lucha económica a la política ni viceversa. La irrupción de las masas en la escena impide esa distinción. La huelga de masas en Rusia es, para

Rosa Luxemburgo, el producto de la lucha de los trabajadores contra el absolutismo y por los derechos políticos. Pero, al mismo tiempo, la lucha es económica y se combina con el combate por la reducción de la jornada laboral, los aumentos salariales, etc. Rosa empieza a romper con la tradición marxista ortodoxa que separaba radicalmente los objetivos y las luchas por la revolución burguesa y la revolución social. Observa cómo la vanguardia son los trabajadores y no la burguesía. La burguesía ha dejado de ser el principal elemento revolucionario. La revolución apunta tanto contra el viejo poder estatal como contra la explotación capitalista. La posición de Rosa se aproxima mucho al primer *permanentismo* de Trotski, el que se expresa en su "Resultados y perspectivas" (1906), respecto a la revolución de 1905.

- Las masas tienen el protagonismo de las luchas. Toda lucha verdaderamente importante necesita del apoyo y la colaboración de las más amplias masas. Para Rosa Luxemburgo, el cuadro vivo de la movilización popular debe sustituir al esquema doctrinario. *"En lugar de una árida acción política llevada a cabo por decisión de los organismos superiores, encajada en un plan y unas perspectivas determinadas, nos encontramos con el latido de un cuerpo vivo, de carne y sangre, que no puede ser arrancado del gran marco de la revolución porque está conectado con todas sus partes por miles de vasos comunicantes"*.

- Repensar la relación entre dirigentes y dirigidos. Existe una dinámica histórica entre dirigentes y dirigidos que debe llevar a cambiar la relación entre ellos ya que *"la tendencia dominante en el movimiento socialista es y seguirá siendo la abolición de los 'dirigentes' y de las masas 'dirigidas' en el sentido burgués, esto es, la abolición del fundamento histórico de toda dominación de clase"* ("Dirigentes y dirigidos", 1904).

- Las luchas enseñan, las luchas desarrollan la conciencia social. Las luchas son fundamentales en la creación de conciencia, son la experiencia genuina que alimenta la evo-

lución del cuerpo social. Espontaneidad y conciencia no son procesos separables. La experiencia de las luchas es la escuela viva que genera el sedimento moral que permite que la conciencia colectiva no avance linealmente sino a saltos. Al dirigir la mirada hacia los movimientos sociales efectivos, va abandonando cualquier mirada privilegiada hacia construcciones ideológicas.

- La organización es parte del movimiento social. Ya en 1904 había señalado su concepción del partido frente a Lenin. *"El hecho es que la socialdemocracia no está unida a la organización del proletariado. Es ella misma proletariado"*. La actividad de la organización, el crecimiento de la conciencia de los objetivos y la lucha no son cosas diferentes, separadas cronológica y mecánicamente, son sólo aspectos distintos del mismo proceso. Para Rosa Luxemburgo el partido no debe dejar de ser partido de masas ni abandonar el objetivo final. Tiene tanto miedo a que el partido se convierta en una secta como a que se transforme en un partido reformista burgués. En 1906, después de la experiencia revolucionaria de Rusia, su percepción de la naturaleza impredecible y espontánea de las revoluciones y los grandes movimientos sociales no la lleva a despreciar ni reducir la importancia del papel de la organización política, la socialdemocracia. Rosa sigue concibiendo el desarrollo de la organización como un producto de la sociedad y sus luchas. La organización necesita de las luchas, no las luchas de la organización. El papel de la socialdemocracia es facilitar una dirección política a la movilización en su conjunto. La organización tiene un papel esencial en la educación de masas y en la construcción de un movimiento político fuertemente enraizado en su base social y, para ello, es esencial su capacidad para aprender de las experiencias de las luchas. La descripción precedente permite concluir que Rosa Luxemburgo fue, dentro de la tradición marxista, la mente más abierta a comprender y pensar sobre el papel de los movimientos sociales, las experiencias y el

conflicto social en la formación de la conciencia colectiva y el cambio revolucionario. Para Rosa, la izquierda era fundamentalmente una expresión organizada de las fuerzas sociales de los de abajo, siendo las luchas el motor esencial de cualquier cambio hacia la emancipación. Y, realmente, la izquierda se construyó desde la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX como parte de un movimiento de la sociedad al que intentaba reflejar más que representar.

La izquierda perdió, después de la quiebra de la II Internacional y de la muerte de Rosa Luxemburgo, esa resistencia a encajar en esquemas cerrados las revoluciones y los movimientos sociales.

Sin embargo, las grandes revoluciones y los movimientos sociales del siglo XX volvieron a poner en evidencia su carácter impredecible y espontáneo y su naturaleza de creación social. La revolución rusa de febrero de 1917, la revolución mexicana iniciada en 1910, la revolución alemana de noviembre de 1918, la revolución española de 1936, la revolución húngara de 1956, el movimiento de mayo del 1968, etc., pusieron una y otra vez el dedo en la llaga de la incapacidad de los esquemas preconcebidos para aprehender la realidad y en la absoluta ignorancia de los procesos sociales de las sectas y grupos que aspiraban a convertirse en direcciones revolucionarias. Pero la izquierda del siglo veinte, dominada por una parte por una socialdemocracia en transición al social-liberalismo y, por otra, por la tradición de origen leninista o convertida en estalinista, estaba incapacitada, por su propia esencia, a aprender de las experiencias.

La izquierda del siglo XXI sigue igual, no quiere ni puede aprender de las experiencias, de las luchas reales, de las revoluciones auténticas, de los grandes movimientos sociales de nuestra época. Sea el 15M en España, las revoluciones árabes, la rebelión mundial de las mujeres, el movimiento de defensa de la democracia de Hong Kong o los movimientos sindicales de India y sud-

este asiático... Esas experiencias de nuestro tiempo son la posible fuente de inspiración de quienes estén dispuestos a asumir que las auténticas revoluciones y movimientos sociales son una creación original, producto impredecible del fermento social. Sólo desde esa comprensión sería posible, también, un nuevo entendimiento de la función de la organización política o política-social como instrumento de autoeducación popular, de autoconstrucción de un imaginario instituyente, pero conocedora de que la organización sólo es un producto de la sociedad y que son los profundos movimientos sociales los que generan nuevas formas de conciencia colectiva.

Todas estas son razones por las cuales Rosa Luxemburgo sigue siendo una fuente de inspiración y de reflexión fértil para todos aquellos que creen en la capacidad de auto-organización de la sociedad y están dispuestos a aprender de las experiencias.

La revolución rusa y la democracia

La concepción del socialismo de Rosa Luxemburgo no admite dudas. *"La más inflexible energía revolucionaria y el humanismo más generoso son la verdadera esencia del socialismo"*.

Esas concepciones sobre el socialismo se pusieron a prueba ante los acontecimientos revolucionarios de 1917. La figura de Rosa Luxemburgo se encuentra indisolublemente unida al célebre e impactante texto *La revolución rusa* que tanta incomodidad ha producido a sus lectores de sesgo leninista. Se trata de un ensayo político magistral y una crítica demoledora del bolchevismo convertido en modelo.

Escrito en el verano de 1918 en la cárcel de Breslau e inacabado, Rosa envió un borrador de su trabajo en septiembre de 1918 a Paul Levi en un intento de convencerle de su posición, tras haber renunciado a publicar artículos críticos sobre la revolución rusa en las *Cartas de Spartakus*. No llegó a publicarse en vida de Rosa Luxemburgo. El propio Levi lo editaría en 1922, en plena ruptura con el KPD, venciendo, al parecer,

algunos intentos de impedir su publicación efectuados a través de Clara Zetkin (1).

Rosa Luxemburgo entendió desde febrero de 1917 la continuidad entre dicho proceso revolucionario y la anterior revolución de 1905. En su primera aproximación señalaba *"...una vez en la brecha, la energía revolucionaria del proletariado ruso emprenderá, con la misma lógica ineluctable, la vía de una acción democrática y social radical y adoptará de nuevo el programa de 1905: república democrática, jornada de 8 horas, expropiación de los grandes terratenientes..."*. Al mismo tiempo, vincula expresamente la revolución con la lucha por la paz.

"... Pero de ello emana en primer lugar para el proletariado socialista de Rusia la más urgente de las consignas, indisolublemente unida a todo lo demás: ¡Fin a la guerra imperialista!" (*Cartas de Spartakus*). Rosa Luxemburgo se sitúa en el campo de la solidaridad con la toma del poder por los bolcheviques. *"El levantamiento de octubre no solamente ha servido para salvar efectivamente la revolución rusa, sino también para salvar el honor del socialismo internacional"*. Sin embargo, desde el principio es consciente de la tragedia que supondría el aislamiento de la revolución (carta a Luise Kautsky del 24 de noviembre de 1917), del cual culpa a las direcciones chovinistas de la socialdemocracia. Asimismo, mantuvo diferencias y recelos con las orientaciones bolcheviques a la paz separada con Alemania, que condujeron al tratado de Brest-Litovsk.

A mediados del año 1918, Rosa Luxemburgo decide sistematizar sus posiciones críticas respecto a la política bolchevique. El aspecto fundamental que preocupaba a Rosa Luxemburgo eran las consecuencias que para el futuro de la lucha socialista podía tener la lectura apologética y unidireccional de la revolución rusa por la tendencia de sus dirigentes a formalizar y teorizar lo que sólo podían ser posturas contingentes. Realiza en su obra una severa advertencia contra la utilización de la experiencia bolchevique como un modelo para el socia-

lismo. *La revolución rusa* no es realmente un texto de coyuntura, en él manifiesta sus preocupaciones de futuro. *"El presupuesto tácito de la teoría de la dictadura de Lenin-Trotsky es que para la transformación socialista hay una receta prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que sólo requiere ser enérgicamente aplicada. (...) Por desgracia -o tal vez por suerte- ésta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas que sólo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico yace totalmente oculta en la niebla del futuro. En nuestro programa no tenemos más que unas pocas indicaciones generales que señalan la dirección general en la que tenemos que buscar las medidas necesarias, y las señales son principalmente de carácter negativo"*.

Sus críticas a los bolcheviques se refieren a tres aspectos: la política agraria, el derecho de autodeterminación y la cuestión democrática. El tema de la democracia es el aspecto sustantivo de su contundente valoración crítica de la política de Lenin y Trotsky y de los riesgos que conllevaba.

Los bolcheviques habían defendido simultáneamente la consigna de ¡Todo el poder a los soviets! y la convocatoria de una Asamblea Constituyente. Rosa Luxemburgo no comprende el viraje adoptado por los bolcheviques al disolver el Parlamento como tampoco al restringir el derecho de voto. Admite que la Asamblea Constituyente podía no ser verdaderamente representativa, pero afirma que en ese caso la disolución podría haber ido acompañada de una convocatoria de nuevas elecciones.

Sin embargo, el punto de vista de Luxemburgo no se refiere fundamentalmente a un problema táctico sobre la Asamblea Constituyente. Muchos lectores de esta obra han señalado que su contenido planteaba la necesidad de compatibilizar Parlamento y soviets, lo cual no afirma explícitamente. Creo, sin embargo, que el núcleo central de su argumentación es aún más general, es la

necesidad permanente de derechos democráticos incondicionados. Se irrita por la tendencia de los bolcheviques a hacer de la necesidad virtud y a acabar defendiendo un "socialismo" antidemocrático.

Por otra parte, el socialismo no puede establecerse por decreto. Nadie posee ni las soluciones para todos los problemas, ni un método infalible. La solución de los problemas sólo puede proceder de la fecunda corrección de los errores cometidos, la cual sólo es posible sobre la base de la libertad de crítica y de la más amplia iniciativa popular. *"El sistema social socialista será, y sólo puede ser así, un producto histórico, surgido de las propias experiencias en el curso de su realización, un resultado del desarrollo de la historia viva, la cual (al igual que la naturaleza orgánica, de la que, en última instancia, forma parte) tiene la saludable costumbre de producir, al mismo tiempo, la necesidad social real y los medios de satisfacerla, el objetivo y la solución. Si las cosas son así, es evidente que el socialismo, por su propia naturaleza, no puede ser impuesto, no se puede introducir por decreto. El socialismo exige como requisito previo una cantidad de medidas de fuerza contra la propiedad, etc. (...) Sólo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, puede imaginar miles de formas nuevas, improvisar, liberar la fuerza creadora, corregir espontáneamente las equivocaciones. Es por ese motivo que la vida pública de los países con libertad limitada es tan deficiente, tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque, al excluirse la democracia, se taponan la fuente viva de toda riqueza espiritual y progreso. (...) Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales"*. Frente a una frase de Trotsky (*"Como marxistas nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal"*) contesta: *"Es cierto que nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal. Tampoco*

fuimos nunca adoradores fetichistas del socialismo ni del marxismo (...) [Esa frase] significa: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia burguesa, siempre hemos denunciado el amargo contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Nuestro objetivo no ha sido repudiar la igualdad y la libertad, sino impulsar a la clase obrera a no contentarse con esa cobertura y cumplir su misión histórica, conquistar el poder político no para eliminar la democracia sino para crear una democracia socialista que sustituya a la democracia burguesa".

En cuanto al contenido del socialismo Rosa Luxemburgo lo entiende como una ampliación de la democracia, no su limitación, extendiendo la intervención en la vida pública a masas de población que nunca habían sido partícipes de su destino.

La democracia es el único medio para poder limitar los errores inevitables en toda dirección política. *"El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias se estanca en el círculo cerrado de los funcionarios del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (...). La práctica del socialismo exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominación burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etc. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más obstinadamente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror... todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino que conduce al renacimiento pasa por la escuela de la vida pública, la democracia más amplia posible y la opinión pública. Es el gobierno por el terror lo que desmoraliza".* Las libertades públicas no son algo acceso-

rio, sino el aire mismo imprescindible para poder hablar de algo parecido al socialismo. *"Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento para la opresión de la clase obrera, y el Estado socialista un instrumento para oprimir a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista invertido y puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista olvida el aspecto esencial: el dominio de la clase burguesa no necesita de la instrucción y la educación política de las masas populares, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria, en cambio, ese es el elemento vital, el aire sin el cual no puede subsistir".*

De forma consistente con las posiciones defendidas en las polémicas de 1904, Rosa Luxemburgo rechaza el jacobinismo político y valora en el más alto grado la autodeterminación e iniciativa de las masas. Esa capacidad constructiva de la sociedad sólo puede desarrollarse con libertad política, cuyo fundamento es el derecho a oponerse. *"La libertad reservada sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numerosos que sean) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la 'justicia', sino porque todo lo que puede ser instructivo, saludable y purificador en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la 'libertad' se convierte en un privilegio".*

Rosa Luxemburgo comprende que la práctica del gobierno bolchevique se alejaba de cualquier forma de ejercicio concreto de la soberanía nacional por el pueblo o los trabajadores, algo completamente ajeno a lo que la socialdemocracia revolucionaria había sostenido. La ausencia de democracia conduce a la degeneración política. Es difícil, sabiendo todo lo que ocurrió después y los terribles efectos del estalinismo, no leer con un estremecimiento las proféticas palabras con que Rosa trazó el posible destino

de la revolución y su rechazo de la política de terror. *"En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotski implantaron los soviets como única representación auténtica de las masas trabajadoras. Pero con el sofocamiento de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin un libre debate, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo. La vida pública se adormece gradualmente, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes del partido dotados de una energía inagotable y un idealismo ilimitado. Entre ellos, en realidad dirigen efectivamente sólo una docena de cabezas brillantes y, de vez en cuando, se convoca a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes, y aprobar por unanimidad las resoluciones presentadas. En el fondo, entonces, se trata de una camarilla. Es una dictadura, es cierto, pero no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del dominio de los jacobinos"*.

Durante años se ha sostenido por diversos comentaristas de la obra de Rosa Luxemburgo que ésta se habría retractado con posterioridad de sus opiniones, basándose en afirmaciones de Adolf Warszawski y de Clara Zetkin, que han dado lugar a la leyenda de una autocritica de Rosa y su acercamiento final al leninismo (2). Los historiadores comunistas han hablado frecuentemente de una retirada de sus críticas basándose en su posición sobre la convocatoria de Asamblea Constituyente en las agitadas jornadas revolucionarias en Alemania de noviembre y diciembre de 1918. Esa versión fue sostenida por el propio Lenin en 1922 al afirmar que ella misma había corregido en gran medida sus errores. También Trotski, que calificó su trabajo sobre la

revolución rusa de *"teóricamente muy débil"* (!), considera que su acercamiento a las concepciones bolcheviques explica que no llegara a publicar el manuscrito (en *"Rosa Luxemburgo y la Internacional"*, 1935).

Parece poco creíble sostener que Rosa Luxemburgo había cambiado de opinión... sobre puntos de vistas mantenidos durante toda su vida y plenamente consistentes con su concepto de la revolución y del socialismo. En realidad, desde el momento en que redacta el texto hasta su muerte transcurren pocos meses y se desarrollan en el tempestuoso caos desencadenado por la revolución que derriba la monarquía en noviembre de 1918. Por otra parte, el contenido fundamental de su obra es principista y no táctico. Era un trabajo de alcance teórico en el cual *"los detalles no eran importantes"*, como señala Peter Nettl en su biografía de Rosa Luxemburgo.

¡Rosa Luxemburgo tenía razón en tantas cosas! La *"revolución de Octubre"* alimentó la tentación jacobina de la izquierda y su tendencia a intentar sustituir los procesos sociales por las iniciativas de los agentes políticos y la auténtica dinámica de las transformaciones de la sociedad por un control administrativo.

Lenin consideró la conquista del poder como un triunfo irreversible y no concebía una institucionalidad que pudiera conllevar al desalojo del poder de los bolcheviques. El poder bolchevique se orientó *ab initio* a una dictadura de partido. La eliminación de la libertad de expresión, la ilegalización de partidos soviéticos, la disolución de la Asamblea Constituyente, la conversión de los soviets en meros instrumentos de gestión administrativa controlados por el partido, etc. fueron pasos decididos y ejecutados desde el principio. No habían llegado al poder para perderlo. Por ello hicieron todo lo que consideraron necesario para conservarlo. Nada más ajeno a la concepción bolchevique que una alternancia en un poder soviético con otras fuerzas políticas.

Para los bolcheviques el poder instituyente no residía en el conjunto de la nación ya

que contemplaban a la gran masa campesina como el terreno baldío que había permitido la persistencia del zarismo. Pero tampoco atribuían el poder instituyente a los órganos de poder nacidos desde abajo. El bolchevismo concebía al partido como un apoderado plenipotenciario no de unos trabajadores concretos sino de una clase obrera teórica universal con una misión histórica predeterminada por cumplir. La sacralización del partido como "*vehículo histórico*" de los intereses de una clase confería a sus dirigentes el "*derecho*" al ejercicio de un poder sin límites. El Estado se legitima porque tiene una "*misión histórica*" y de esa misión se deriva la posibilidad de un ejercicio sin límites del poder del Estado. Una "*ciencia del poder*" en manos de una élite o vanguardia política.

La perspectiva de Rosa Luxemburgo era muy diferente. En todos los sentidos, las opiniones expresadas en *La revolución rusa* derivan de la lucha en favor del socialismo y de la democracia que había manifestado Rosa a lo largo de toda su trayectoria; por ello este escrito aparece como su auténtico "*testamento*" político. Un testamento que contiene una trágica advertencia sobre el triste destino que le esperaba al socialismo si olvidaba su intrínseca necesidad de democracia y libertad.

Notas

(1) En el otoño de 1921 Clara Zetkin trajo de Moscú indicaciones para la publicación de las obras completas de Rosa Luxemburgo que, al parecer, incluían instrucciones de destruir el manuscrito sobre la revolución rusa. Véase *Rosa Luxemburgo. Su vida* (Elzbieta Ettinger, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988).

(2) La debilidad de las fuentes de esa supuesta retractación es notable. Las afirmaciones se efectuaron en 1922 en plena campaña del KPD y la Internacional Comunista contra la edición de Paul Levi del folleto sobre la revolución rusa. Adolf Warszawski mencionaba de memoria una supuesta indicación de Rosa en una carta perdida. Clara Zetkin afirmó que Leo Jogiches le dijo que Rosa se había retractado de sus opiniones, pero como este había muerto en 1919 era imposible confirmar esa afirmación. Frente a esa supuesta retractación se encuentra la consistencia de todas las opiniones de Rosa Luxemburgo en sus obras principales, en su polémica contra el leninismo de 1903-1904 o sus posiciones sobre el socialismo. En el propio programa de la Liga Espartaquista se encuentran ecos plenamente concordantes con sus posiciones en el panfleto sobre la revolución rusa. "*La Liga Spartakus no es un partido que pretenda conseguir el poder por encima de las masas obreras o a través de las masas obreras. (...) La Liga Spartakus no tomará nunca el poder gubernamental sino por la voluntad clara e indudable de la gran mayoría de las masas proletarias de toda Alemania, como expresión de la consciente adhesión de esas masas a las perspectivas, objetivos y métodos de lucha propagados por la Liga Spartakus*" (diciembre 1918).

Paul Mattick

Rosa Luxemburg: una retrospectiva

Versión original en inglés en Root and Branch No. 6 (1978)

https://libcom.org/files/Root__Branch_6..pdf

Han pasado casi 60 años desde que los mercenarios del Partido Socialdemócrata alemán asesinaron el 15 de enero de 1919 a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Sus nombres son inseparables, aunque Luxemburg sea más conocida por la fecundidad de su trabajo teórico, y simbolizan la facción radical de la revolución política alemana de 1918. De hecho, ella es la personalidad más destacada del movimiento obrero internacional tras Marx y Engels y su obra no ha perdido pertinencia política a pesar de los cambios experimentados por el sistema capitalista y por el movimiento obrero desde su muerte.

Como todas las personas, Luxemburg era hija de su tiempo y sólo puede ser comprendida en el contexto del movimiento socialdemócrata del que hacía parte. Mientras que la crítica de Marx a la sociedad burguesa coincidió con un periodo de rápido desarrollo capitalista, la de Luxemburg se desarrolló en un periodo de creciente inestabilidad del capitalismo; un periodo en el que las teorías abstractas sobre las contradicciones de la producción de capital tomaron una forma concreta con la competencia imperialista y con la intensificación de la lucha de clases.

Para Marx, la verdadera crítica de la economía política consistía, ante todo, en la lucha obrera para mejorar sus condiciones de trabajo y su nivel de vida, lo que prepararía los futuros combates por la abolición del capitalismo. Para Luxemburg esta lucha final no podía posponerse a un futuro lejano, porque ya estaba presente en la extensión de las luchas de clases. El combate cotidiano por reformas sociales estaba indisolublemente ligado a la necesidad histórica de la revolución proletaria.

Sin entrar en detalles sobre la biografía de Rosa Luxemburg [J. Peter Nettl, *Rosa Luxemburgo*, Ediciones Era, México 1974], podemos recordar que procedía de las clases medias y que se unió al movimiento socialista desde muy joven. Como tantas otras personas, se vio obligada a abandonar la Polonia rusa e irse a estudiar a Suiza. Sobre todo le interesaba la economía política, como correspondía a una socialista influenciada por el marxismo. Sus primeros escritos en este campo sólo tienen interés histórico. El primero de ellos, de 1898, fue *El desarrollo industrial de Polonia* [Ed. Pasado y Presente, México 1979]. Vendría a ser el equivalente, más modesto, de lo que un año después sería, para la Rusia zarista, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de Lenin [Ediciones Estudio, 1973, Buenos Aires]. También dio conferencias en la escuela del Partido Socialdemócrata, publicadas postumamente en 1925 por Paul Levi bajo el título *Introducción a la economía política* [Ediciones internacionales Sedov-Germinal]. Es necesario precisar que en sus trabajos posteriores Luxemburg afirmó que la economía política sólo era válida respecto al capitalismo y que dejaría de existir al mismo tiempo que el propio sistema.

En su tesis llegó a la conclusión de que el desarrollo de la economía polaca iría de la mano del desarrollo en Rusia, en un proceso que conduciría a la integración total, poniendo así fin a las aspiraciones nacionalistas de la burguesía polaca. Pero este desarrollo también unificaría a los proletarios rusos y polacos, lo que podría llevar a la destrucción del capitalismo ruso-polaco.

Para ella, la principal contradicción del modo de producción capitalista era la que se daba entre las capacidades productivas, por un lado, y los límites del consumo en el marco de las relaciones de producción capitalistas, por otro. Esta contradicción conducía a crisis económicas recurrentes, al empobrecimiento creciente de la clase obrera y, por tanto y a largo plazo, a la revolución social. Las teorías económicas de Rosa Luxemburg sólo comenzaron a ser criticadas a partir de la publicación en 1912 de *La acumulación de capital* [Edicions internacionals Sedov-Germinal].

Aunque ella decía que el origen de este libro estaba en las dificultades con las que chocaba durante sus conferencias sobre economía política, en particular por su incapacidad para relacionar el proceso total de la reproducción capitalista con el postulado de la existencia de límites objetivos para la producción capitalista, quedaba claro en el contenido de la obra que también era una reacción contra la amputación de la teoría marxista por el revisionismo en que quedó sumergido el movimiento socialista a principios del siglo XX. Este revisionismo operó en dos niveles:

- El empirismo primitivo personificado por Edward Bernstein [*Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI, 1982], que comparaba el desarrollo capitalista efectivo con el que se suponía que derivaba de la teoría de Marx.

- La falsificación teórica más elaborada hecha desde el marxismo académico, culminada en la interpretación de Marx propuesta en 1905 por Mikhail Tugan-Baranowski y sus discípulos [*Los fundamentos teóricos del marxismo*, Hijos de Reus, 1915].

En vida de Marx sólo se publicó el primer libro de *El Capital*, aunque el segundo y el tercero habían sido escritos antes de la aparición del primero, quedando en manos de Engels su edición posterior a partir de escritos de Marx no revisados por éste. El primer libro trata del proceso de producción capitalista. El segundo libro trata del proceso de circulación. El tercer libro, fi-

nalmente, abarca todo el sistema capitalista en la forma en que aparece como fenómeno determinado por las relaciones de valor subyacentes.

Como el proceso de reproducción del capital gobierna necesariamente sobre el proceso de producción, Marx pensó que sería conveniente explicarlo mediante unos *esquemas de reproducción* bastante abstractos que figuran en el segundo libro de *El Capital*. En ellos se supone que la producción social se divide en dos únicas secciones: la producción de medios de producción y la producción de medios de consumo. A partir de esa abstracción, se analiza cómo deberían ser las relaciones entre esas dos secciones para que fueran posible tanto la *reproducción simple* como la *reproducción ampliada* del capital social total (nt1). Sin embargo, en esos esquemas de reproducción el reparto del trabajo social de forma acorde al proceso de reproducción aparece como un postulado, pero en la realidad esa concordancia sólo se produce de manera ciega a través de actividades no coordinadas de los múltiples capitales individuales que compiten entre sí con el objetivo de obtener plusvalor. Además, los esquemas de reproducción no distinguen entre valores y precios, es decir, tratan los precios como si coincidieran con los valores (nt2). Estos esquemas cumplían una función pedagógica respecto al objetivo que se les asignaba, que era llamar la atención sobre la necesidad de mantener cierta proporción entre las diferentes esferas de la producción. No describen el mundo real, sólo son instrumentos que permiten comprenderlo. Para ese limitado propósito no importa si las relaciones de producción e intercambio se establecen en términos de precios o valores. Las condiciones de equilibrio imaginario de los esquemas de reproducción de Marx no conciernen al mundo capitalista real, mientras que la *forma precio* del valor, de la que se ocupa el tercer libro de *El Capital*, está relacionada con el proceso real de producción e intercambio. Sin embargo, para Marx era "necesario que consi-

deremos el proceso de reproducción en su forma fundamental, en la que desaparecen las intermediaciones que lo oscurecen, para desembarazarnos así de esos falsos subterfugios que proporcionan la apariencia de una explicación 'científica' cuando se hace del proceso social de reproducción, en su enmarañada forma concreta y de inmediato, el objeto del análisis" [K. Marx, *El Capital*, Libro II, volumen 5, p. 557. Siglo XXI, trad. Pedro Scaron].

En realidad, según Marx *el proceso de reproducción en condiciones capitalistas excluye cualquier tipo de equilibrio* e implica, por otra parte, "la posibilidad de crisis, ya que en estas condiciones de producción el equilibrio sólo puede ser accidental" [ibid].

Sin embargo, Tugan-Baranovski interpretó estos diagramas de forma muy diferente, debido a su superficial parecido con las teorías burguesas del equilibrio, elemento clave de la teoría burguesa de los precios. Llegó a la conclusión de que el sistema no se topará con límites objetivos mientras se desarrolle de manera acorde a los requisitos de reproducción. Las crisis se deberían a la desproporción entre las diferentes esferas de producción, pero siempre se podrían superar si se restablece la proporción que permitiría la acumulación de capital.

Esta fue una idea embarazosa para Rosa Luxemburg, ya que no podía negar el equilibrio resultante de los esquemas de reproducción de Marx. Si Tugan-Baranovski los había interpretado correctamente, entonces Marx estaba equivocado, porque esta interpretación desmentía la inevitable desaparición del capitalismo.

En Rusia, el debate sobre los esquemas abstractos de reproducción de Marx fue particularmente intenso, debido a las antiguas disensiones entre marxistas y populistas sobre el futuro de Rusia, hipotecada por su atraso y por sus particulares instituciones sociales y económicas. Para los populistas era demasiado tarde para que Rusia se incorporase al concierto de países capitalistas, y una sociedad socialista podría es-

tablecerse perfectamente sobre la base del modo de producción de esa sociedad campesina aún intacta; para los marxistas, al contrario, el desarrollo al modo occidental era inevitable y crearía los mercados que necesitaba, en Rusia y en el resto del mundo. Los marxistas enfatizaron que lo que impulsa la producción capitalista no es la satisfacción de las necesidades sino la producción de capital. Por lo tanto, no habría razón para pensar que una restricción del consumo retrasaría la formación de capital; por el contrario, cuanto menos se consuma, más rápido aumentará el capital.

Para Luxemburg, tal "producción para la producción" era una cosa absurda, no porque no supiera que el objetivo de la producción capitalista es la ganancia, lo que la empuja a reducir constantemente la parte de la producción social que revierte a los trabajadores, sino porque no veía cómo la plusvalía extraída podría realizarse en la *forma dinero* en un mercado compuesto solamente por trabajo y capital, tal como aparece en los esquemas de reproducción.

La producción capitalista comienza como dinero, que se invierte en medios de producción y fuerza de trabajo, y da como resultado una suma de dinero superior, a disposición de los capitalistas para reinvertirla en un nuevo ciclo de producción. ¿De dónde podría proceder ese excedente de dinero? Para Luxemburg no podría venir de los capitalistas, ya que si así fuese éstos no serían beneficiarios del plusvalor, pues pagarían con su propio dinero el equivalente a ese plusvalor bajo la forma de mercancías. No podría proceder de las compras de los obreros, que sólo reciben el valor de su fuerza de trabajo, dejando a los capitalistas el plusvalor en la *forma mercancía*.

Para que el sistema funcione, tendría que haber, según Luxemburg, un "tercer mercado", diferente a las relaciones de intercambio entre trabajo y capital, en el que el plusvalor producido pueda convertirse en excedente de dinero. Luxemburg pensó que Marx había pasado por alto este aspecto del problema. Se propuso llenar este vacío y

así apuntalar la convicción de Marx de que el sistema capitalista estaba inevitablemente condenado a desaparecer.

Aunque *La acumulación del Capital* aborda el problema de la realización del plusvalor con el propósito de mostrar este problema como el talón de Aquiles de la economía política en el ámbito histórico, yendo desde la economía clásica hasta Tugan-Baranovski y sus muchos seguidores, la solución que propone se basa en una interpretación errónea de la relación entre dinero y capital y en una mala lectura del texto de Marx.

Tal y como Luxemburg presenta la cuestión, todo parece encontrar su lugar: la naturaleza dialéctica del proceso de expansión del capital, resultado de la destrucción de las economías precapitalistas; la inevitable extensión de este proceso a todo el mundo, del que darían testimonio el establecimiento de un mercado mundial y el ascendente imperialismo en busca de los mercados necesarios para la realización del plusvalor; la consiguiente transformación de la economía mundial en algo que se asemeja al cerrado sistema de los esquemas de reproducción de Marx; finalmente, el inevitable colapso del capitalismo por la imposibilidad de realizar su plusvalor.

Luxemburg se dejó llevar por la lógica de su construcción, hasta el punto de revisar a Marx de una manera mucho más completa que la utilizada por los revisionistas con su idea de un desarrollo armonioso del capitalismo, posible en teoría, lo que, en su opinión, reducía el socialismo a un problema puramente ético y a la introducción de reformas sociales por medios políticos.

Por otro lado, los esquemas de reproducción de Marx, si se toman como una versión de la ley de Say sobre la identidad de oferta y demanda, no son admisibles. Al igual que sus adversarios, Luxemburg no entendió que estos esquemas no tienen nada que ver con la cuestión de la viabilidad del sistema capitalista y que eran simplemente un paso metodológico e intermedio necesario para analizar las leyes del

desarrollo capitalista en su conjunto, cuya dinámica deriva de la producción de plusvalor. Siendo cierto que el capitalismo se encuentra con dificultades en la esfera de la circulación y, por consiguiente, en la realización del plusvalor, Marx no partió de ahí para investigar o descubrir por qué el capitalismo padece crisis y está destinado a desaparecer inevitablemente. Aun suponiendo que la realización del plusvalor no plantease el menor problema, el capitalismo encuentra su límite objetivo en los propios límites de la producción de plusvalor. Según Marx, la contradicción fundamental del capitalismo, de la que derivan sus demás dificultades, reside en las relaciones de valor y plusvalor en la producción de capital. La producción de valor de cambio en su forma monetaria, resultante del valor de uso de la fuerza de trabajo, produce, además de su propio equivalente en valor de cambio, un plusvalor para los capitalistas. La búsqueda de valor de cambio se transforma en acumulación de capital, lo que se traduce en un aumento del capital invertido en medios de producción relativamente más rápido que el aumento del capital invertido en fuerza de trabajo. Si esto conduce a una expansión del sistema capitalista debido a la creciente productividad del trabajo, también conduce a una tendencia a la disminución de la tasa de ganancia, porque la parte de capital invertida en fuerza de trabajo -y esa es la única fuente de plusvalor- disminuye en relación con el capital social total. Este largo y complicado proceso no puede estudiarse satisfactoriamente en un artículo tan breve, pero es necesario mencionarlo para distinguir la teoría de la acumulación de Marx de la de Luxemburg. En el modelo abstracto de desarrollo capitalista elaborado por Marx, las crisis capitalistas, así como la inevitable desaparición del sistema, se originan por un colapso parcial o total del proceso de acumulación a causa de una escasez de plusvalor o ganancia. Así, para Marx, los límites objetivos del capitalismo están dictados por las relaciones de producción social en tanto que

relaciones de valor, mientras que para Rosa Luxemburg el capitalismo sólo puede existir si otras economías pre-capitalistas absorben su plusvalor. Esto nos lleva al absurdo de que las naciones atrasadas tendrían un excedente en forma monetaria suficiente para adquirir el plusvalor de los países capitalistas avanzados. Pero, como hemos visto, este concepto erróneo es la desapercibida consecuencia de una concepción equivocada de Luxemburg, según la cual la totalidad del plusvalor destinado a la acumulación debe generar un equivalente monetario para poder ser realizado como capital. Pero, de hecho, el capital toma la forma de dinero en ciertos momentos y en otros toma la forma de mercancías de todo tipo; estas dos formas se expresan en términos monetarios pero no toman simultáneamente la forma dinero. Sólo una pequeña parte, cada vez menor, de la riqueza capitalista toma la *forma dinero*; la mayor parte, aunque se exprese en términos monetarios, sigue tomando la forma de mercancías y, como tal, permite la realización del plusvalor en capital adicional.

La teoría de Luxemburg fue generalmente interpretada como una aberración y una crítica injustificada a Marx. Sin embargo, los que la criticaron estaban tan alejados como ella de la teoría de Marx. La mayoría de estos críticos proponían una grosera teoría del subconsumo, una teoría de la desproporcionalidad o una combinación de ambas.

Lenin, por ejemplo -y no digamos los revisionistas- vio el origen de las crisis en las desproporciones debidas a la naturaleza anárquica de la producción capitalista y se contentó con añadir a los argumentos de Tugan-Baranowski el del consumo insuficiente de los trabajadores. Pero, en cualquier caso, no creía que el capitalismo estuviera condenado fatalmente por sus contradicciones inmanentes.

La teoría de Rosa Luxemburg sólo encontró amplia audiencia en la fracción radical del movimiento socialista con la Primera Guerra Mundial y los levantamientos revo-

lucionarios que la siguieron. No tanto, sin embargo, debido a su análisis de la acumulación de capital, sino más bien debido a su énfasis en los límites objetivos del capitalismo. Con la guerra imperialista, la teoría parecía plausible y el fin del capitalismo parecía realmente cercano. La teoría del colapso capitalista se convirtió en la ideología revolucionaria de aquella época y alentó los intentos de transformar los trastornos políticos en revoluciones sociales, aunque estos intentos fracasaron.

Por supuesto, la teoría de Rosa Luxemburg no era menos abstracta que la de Marx. La hipótesis de Marx sobre la disminución tendencial de la tasa de ganancia (nt3) no podía indicar en qué momento se haría imposible compensar esa caída mediante la explotación más intensa de un número cada vez menor de trabajadores, aumentando la masa de plusvalor lo suficiente como para sostener una tasa de ganancia compatible con la expansión del capital. De manera similar, Rosa Luxemburg no podía predecir cuándo la extensión del modo de producción capitalista por el planeta se convertiría en un obstáculo para la realización del plusvalor. La extensión del capital hacia el exterior, al igual que la disminución de la tasa de ganancia, no era más que una tendencia, que fomentaba una competencia imperialista cada vez más devastadora por la conquista de territorios cada vez más escasos en los que pudiera realizarse la plusvalía. La existencia del imperialismo probaba la precariedad del sistema, lo que podría llevar a situaciones revolucionarias mucho antes de que se alcanzaran sus límites objetivos. Por lo tanto, desde un punto de vista práctico estas dos teorías consideraban posibles las acciones revolucionarias, no tanto por las implicaciones lógicas de sus modelos abstractos de desarrollo como porque enfatizaban las crecientes dificultades del sistema capitalista susceptibles, en caso de una crisis severa, de transformar la lucha de clases en combate por la abolición del capitalismo.

Aunque decididamente errónea, la teoría de

Rosa Luxemburg conservó un carácter revolucionario porque, como la de Marx, llevaba a la conclusión de que el sistema capitalista no era históricamente viable (nt4). Aunque con argumentos dudosos, restauró, frente al revisionismo, el reformismo y el oportunismo, la olvidada tesis marxista de que el capitalismo está condenado a desaparecer debido a la insuperable contradicción oculta en su seno, y de que esa desaparición, aún estando objetivamente determinada, se llevaría a cabo por las acciones revolucionarias de la clase obrera.

El derrocamiento del capitalismo haría inútiles todas las consideraciones sobre su desarrollo. Pero mientras dure el sistema la validez de una teoría puede apreciarse desde su propia historia. Mientras que la teoría de Marx no pudo integrarse en el pensamiento económico burgués, a pesar de los esfuerzos puestos en conseguirlo, la de Luxemburg encontró cierta acogida en la teoría burguesa, aunque no sin una intensa manipulación. Una vez que la propia economía burguesa rechazó que el mercado fuera un dispositivo de equilibrio, la teoría de Luxemburg fue reconocida en cierta medida como precursora de la economía keynesiana. Su trabajo ha sido interpretado por Michal Kalecki y Joan Robinson, entre otros, como una teoría de la "demanda efectiva", explicando por la escasez de ésta las dificultades cíclicas del capitalismo [Michal Kalecki, "El Problema de la Demanda Efectiva en Tuga-Baranowsky y Rosa Luxemburgo", en *Ensayos escogidos sobre la dinámica de la economía capitalista 1933-1970*, FCE, México, 1977; Joan Robinson, "La acumulación de capital de Rosa Luxemburgo", *Escritos económicos*, vol. 3, Barcelona, Martínez Roca, 1973].

Luxemburg pensaba que el imperialismo, el militarismo y la preparación para la guerra facilitaban la realización del plusvalor al transferir poder adquisitivo desde las masas al Estado, al modo como el keynesianismo moderno pretendía lograr el pleno empleo mediante el déficit presupuestario y la manipulación monetaria. Sin embargo,

aunque es posible por algún tiempo lograr el pleno empleo de esa manera, ese "estado de gracia" no se puede mantener, ya que las leyes del funcionamiento de la producción de capital no requieren una distribución diferente del plusvalor sino su aumento constante. La insuficiencia de la demanda efectiva sólo es, bajo otro nombre, la insuficiencia de la acumulación, porque sólo la expansión del capital puede crear una demanda capaz de generar prosperidad. En cualquier caso, la quiebra actual del keynesianismo nos dispensa hoy de demolerle en el ámbito teórico. Basta con señalar que su carácter absurdo ha quedado atestiguado actualmente por el aumento simultáneo y duradero del desempleo y la inflación.

Si la teoría de la acumulación de Luxemburg fue un fracaso, tuvo más éxito en la defensa de un internacionalismo consecuente que, por supuesto, estaba vinculado a su concepción de la acumulación, entendida como una extensión del modo de producción capitalista al mundo entero. Según ella, la competencia imperialista estaba transformando rápidamente el mundo en un mundo capitalista y, en consecuencia, se estaba desarrollando la confrontación abierta entre capital y trabajo. Mientras que el auge de la burguesía coincidió con la formación del Estado-nación moderno, segregando ideología nacionalista, la madurez del capitalismo y su decadencia implicaban el "internacionalismo" imperialista de la burguesía y, de la misma manera, el internacionalismo de las clases trabajadoras, que para éstas es condición para una lucha de clases efectiva.

La integración reformista de las aspiraciones proletarias dentro del sistema capitalista condujo al social-imperialismo, que era la otra cara del nacionalismo. Objetivamente, tras el frenético desarrollo del nacionalismo sólo había imperativos imperialistas. Para combatir el imperialismo, por lo tanto, era necesario rechazar completamente todas las formas de nacionalismo, incluido el nacionalismo de las víctimas de una agresión imperialista. Nacio-

nalismo e imperialismo eran indisolubles y debían combatirse con el mismo empeño. Frente al socialismo patriótico del movimiento obrero oficial, inicialmente velado pero pronto patente, el internacionalismo de Luxemburg representaba al ala izquierda del movimiento, pero no completamente. Su internacionalismo era, en cierto modo, la generalización de la experiencia que había hecho en el movimiento socialista polaco, que se había dividido en torno a la cuestión de la autodeterminación nacional. A partir de su trabajo sobre el desarrollo industrial de Polonia, parece que Luxemburg esperaba una integración total de los capitalismos ruso y polaco, de manera que diese lugar a una unificación práctica y teórica de sus respectivas organizaciones socialistas.

En la cabeza de Rosa no cabían movimientos socialistas de tendencia nacionalista, y mucho menos un socialismo dentro de límites nacionales. Lo que era cierto para Rusia y Polonia también lo era para el mundo entero. Para acabar con las divisiones nacionales era necesaria la unidad del socialismo internacional.

La facción bolchevique del Partido Socialdemócrata ruso no compartía ese estricto internacionalismo. Para Lenin la dominación sobre las nacionalidades por los países capitalistas más poderosos añadía al antagonismo social fundamental otras brechas suplementarias, que quizá pudieran utilizarse contra los poderes establecidos.

No tiene mucho sentido dar vueltas en torno a si la posición de Lenin en favor de la autodeterminación de los pueblos reflejaba una convicción subjetiva o una actitud democrática ante las reivindicaciones nacionales específicas y las particularidades culturales o si se trataba sólo de una aversión contra cualquier forma de opresión. Lenin fue ante todo un hombre político práctico, aunque no pudo asumir ese rol hasta bastante tarde. Como tal, se dio cuenta de que las diversas nacionalidades del imperio ruso constituían una amenaza constante para el régimen zarista. Es cierto

que Lenin fue también un internacionalista, que pensaba la revolución socialista en términos de revolución mundial. Pero ésta tenía que empezar por alguna parte, y pensaba que lo haría rompiendo el eslabón más débil de la cadena imperialista. En el contexto ruso, apoyar la autodeterminación de los pueblos, incluido el derecho de secesión, también significaba lograr aliados para derrocar al zarismo. Esta estrategia se aplicó con la esperanza de que, una vez libres, las diferentes nacionalidades elegirían permanecer en la nueva comunidad rusa, ya por sí mismas, ya a instancia de sus propias organizaciones socialistas.

Sin embargo, todo este debate sobre la cuestión nacional fue puramente académico hasta la revolución rusa. Incluso después de la revolución, el reconocimiento del derecho de las diversas nacionalidades de Rusia a la libre determinación no tuvo consecuencias, ya que la mayoría de los territorios afectados estaban ocupados por potencias extranjeras. A pesar de esto, el régimen bolchevique continuó abogando por la autodeterminación para debilitar a las otras naciones imperialistas, especialmente a Inglaterra, y para fomentar revoluciones coloniales contra el capitalismo occidental que amenazaba con destruir el Estado bolchevique.

La revolución rusa encontró a Luxemburg en una prisión alemana, donde permaneció hasta el derrocamiento de la monarquía. Sin embargo, pudo seguir el progreso de la revolución rusa. Aunque estaba fascinada con la toma del poder por los bolcheviques, no podía aceptar la posición de Lenin con respecto a los campesinos y las minorías nacionales. Sus preocupaciones resultaron improcedentes en ambos casos. Predijo que al reconocer la independencia de las diversas nacionalidades rusas sólo se lograría rodear al nuevo Estado con una cadena de países reaccionarios y contrarrevolucionarios, lo que resultó ser cierto, pero sólo durante un corto periodo. Luxemburg no entendió que la política de los bolcheviques estaba más dictada por circunstancias que

no controlaban que por el principio del derecho a la autodeterminación. A la primera oportunidad, comenzaron a recortar ese derecho y terminaron por reincorporar a todas esas naciones independientes en el seno de un imperio ruso restaurado; incluso forjaron sus propias esferas de intereses en territorios fuera de Rusia.

Sobre la base de su propia teoría del nacionalismo y del imperialismo, Luxemburg debería haberse dado cuenta de que la concepción de Lenin no podía aplicarse en un mundo dominado por la competencia entre las potencias imperialistas y que tampoco tendría que aplicarse si el capitalismo fuera derrocado por una revolución internacional. La desintegración del imperio ruso no se debió al principio de autodeterminación ni fue incitada por éste, sino a la derrota militar, de la misma forma que la victoria en otra guerra fue lo que llevó a la recuperación de los territorios perdidos y al renacimiento del imperialismo ruso.

El capitalismo es un sistema en expansión y necesariamente imperialista. El imperialismo le permite superar las barreras nacionales que podrían obstruir la producción de capital y su centralización, así como obtener o proteger posiciones privilegiadas o dominantes en la economía mundial. Es también un medio de defensa contra esta tendencia general, pero en todo caso es el inevitable resultado de la acumulación de capital.

Como señaló Luxemburg, la contradictoria "integración" capitalista de la economía mundial no podía impedir la dominación de las naciones más débiles por parte de las más fuertes, que controlan el mercado mundial. Esta situación hace ilusoria cualquier independencia nacional. En el mejor de los casos, una independencia política no podría hacer otra cosa que someter a los trabajadores a una dominación nacional en vez de internacional. Pero, por supuesto, el internacionalismo proletario no puede impedir los movimientos de autodeterminación nacional en un contexto colonial e imperialista, y no hay razón para que lo

haga. Al igual que el imperialismo, esos movimientos son parte integrante del capitalismo. Pero sólo podrían ser "utilizados" en beneficio del socialismo si se les despoja de su carácter nacionalista, gracias a una posición internacionalista coherente por parte del movimiento socialista.

Si los pueblos oprimidos tienen derecho a la simpatía de los socialistas no es por su nacionalismo, sino porque son pueblos doblemente explotados: explotación nativa y explotación extranjera. El socialismo se propone la abolición del capitalismo, y eso incluye el apoyo a las fuerzas antiimperialistas. No para crear nuevos estados nacionales capitalistas, sino, por el contrario, para dificultar o impedir su aparición, por medio de revoluciones proletarias en los países capitalistas avanzados.

El régimen bolchevique se autoproclamó socialista y con ese término entendía que también se pondría fin a toda discriminación contra las minorías nacionales. En tales condiciones, para Luxemburg la autodeterminación nacional no sólo era un fin en sí mismo sino también una invitación a reconstituir las condiciones de una restauración del capitalismo a través de la ideología nacionalista. Según ella, Lenin y Trotsky sacrificaron erróneamente el principio del internacionalismo en aras de ventajas tácticas momentáneas. Aunque quizás fuera inevitable, esa necesidad no podría elevarse al rango de virtud socialista.

Luxemburg tenía razón al no dudar de la sinceridad de los bolcheviques en cuanto a su voluntad de establecer el socialismo en Rusia y a su apoyo a la revolución mundial. Ella misma creía que, gracias a la extensión de la revolución a Occidente, se podría poner remedio a la inmadurez objetiva de Rusia para una transformación socialista. Culpó a los socialistas de Europa occidental, en particular a los alemanes, por las dificultades que encontraron los bolcheviques, que les obligaron a concesiones, compromisos y decisiones oportunistas. Supuso que la internacionalización de la revolución eliminaría las reivindicaciones

nacionalistas de Lenin y reforzaría el principio del internacionalismo en el movimiento revolucionario.

Pero como la revolución mundial no llegó, el desarrollo económico y la lucha de clases se mantuvieron dentro del marco del Estado-nación. El "internacionalismo" de la Tercera Internacional, bajo dominio ruso, solo servía a los intereses del Estado ruso, con el pretexto de que la defensa del primer estado socialista era un requisito previo para el socialismo internacional.

Al igual que la autodeterminación nacional, este "internacionalismo" estaba destinado a debilitar a los opositores del nuevo estado ruso. Pero ya desde 1920 los bolcheviques dejaron de esperar una reanudación del movimiento revolucionario internacional y se dedicaron a consolidar su propio régimen. Su "internacionalismo" ya sólo era la expresión de su propio nacionalismo, como el internacionalismo económico de la burguesía no perseguía otro objetivo que el enriquecimiento de las entidades capitalistas organizadas a nivel nacional.

La Segunda Guerra Mundial, con todas sus consecuencias, tuvo el efecto de poner fin al colonialismo de las potencias europeas y dar nacimiento a muchas naciones "independientes"; al mismo tiempo nacieron dos grandes bloques, dominados por las naciones victoriosas: EEUU y URSS. Dentro de cada bloque no había una verdadera independencia nacional, pues el papel de los países formalmente independientes no era otro que el de servir las exigencias imperialistas de las potencias dominantes en su bloque. Esta sumisión se impuso por medios económicos y políticos, y por la necesidad de adaptar la economía y la vida política de los países satélites a las realidades del mercado capitalista mundial. Para las antiguas colonias esto significaba una nueva forma de sumisión y dependencia, que se denominó "neocolonialismo". Y para los renacidos países que estaban más avanzados en el ámbito capitalista significaba el control directo de sus estructuras políticas y el padecimiento de métodos de

ocupación militar y gobiernos fantoches. Esto llevó evidentemente a la creación de nuevos "movimientos de liberación", tanto en el campo capitalista como en el autodenominado "campo socialista", demostrando así que no existe la autodeterminación nacional ni en los países de economía de mercado ni en los países con economía estatal. El hecho de que el nacionalismo sea en realidad un instrumento de la clase dominante pronto se hizo evidente en los "países liberados", ya que proporcionó a los políticos advenedizos los medios para imponerse como clase dirigente en colaboración con las clases dirigentes de los países dominantes. Tanto si estas nuevas clases dirigentes hacen parte del mundo "libre" como si hacen parte del mundo bajo dominación autoritaria, la forma nacional sobre la que descansa su nuevo poder impide cualquier evolución hacia una sociedad socialista. Siempre que es posible, su nacionalismo contiene un imperialismo en miniatura pero virulento, que lanza a los países "socialistas" contra otras naciones o incluso contra otros "países socialistas". Así se nos ofrece el espectáculo desolador de la amenaza de guerra entre los grandes países "socialistas", Rusia y China, y, a menor escala, la guerra abierta entre la Etiopía "marxista" y la Somalia "marxista" por el control del Ogaden.

Aunque con peculiaridades locales, este patrón se reproduce continuamente, caracterizando así el estado actual de la política mundial, que muestra a las pequeñas naciones convirtiéndose en agentes de las grandes potencias imperialistas o batiéndose por su propia cuenta, sin otro resultado que el de sucumbir ante uno u otro bloque. Todo esto tiende a justificar la afirmación de Luxemburg de que todos los nacionalismos, en cualquiera de sus formas, son perjudiciales para el socialismo, y de que sólo un internacionalismo consecuente puede contribuir a la emancipación de la clase obrera. Este internacionalismo intransigente es una de las contribuciones más importantes de Luxemburg a la teoría y la

práctica revolucionarias, y la aleja igualmente del socialimperialismo de la socialdemocracia y de la concepción oportunista bolchevique de la revolución mundial, defendida por el gran "estadista" Lenin.

Al igual que Lenin, Luxemburg vio en la Revolución de Octubre una revolución proletaria que, sin embargo, dependía totalmente de la coyuntura internacional. Este punto de vista era entonces el de todos los revolucionarios, marxistas o no. Al fin y al cabo, al tomar el poder los bolcheviques habían "proclamado por primera vez el objetivo final del socialismo como programa inmediato de la política práctica" [Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa*, Anagrama 1975]. Habrían resuelto "el famoso problema de ganar a la mayoría del pueblo" a través de tácticas revolucionarias que conducen hacia esa mayoría, en vez de esperar a que la mayoría esté madura para el desarrollo de una táctica revolucionaria [ibid].

Según Luxemburg, el partido de Lenin había abrazado los verdaderos intereses de las masas urbanas al exigir todo el poder para los soviets, con el fin de garantizar la revolución. Sin embargo, el foco central de la revolución fue la cuestión de la tierra, y respecto a ella los bolcheviques fueron tan oportunistas como ante el problema de las minorías nacionales.

En la Rusia pre-revolucionaria, los bolcheviques compartían con Luxemburg el punto de vista marxista, según el cual la nacionalización de la tierra era un requisito previo para la organización a gran escala de una producción agrícola compatible con la socialización de la industria. Para obtener el apoyo de los campesinos, Lenin abandonó el programa agrario marxista por el de los socialrevolucionarios, herederos del antiguo movimiento populista. Aunque Luxemburg consideró esta rectificación como una "buena táctica", pensaba que nada tenía que ver con el socialismo. Los derechos de propiedad debían ser transferidos a la nación o al Estado, ya que sólo eso permitiría organizar la producción agrícola sobre una base socialista. El lema bolche-

vique "confiscación inmediata de la tierra y distribución de ella a los campesinos" no era una medida socialista, sino una medida que, al crear una nueva forma de propiedad privada, dificultaba el camino hacia el socialismo. La "reforma agraria leninista", escribió, "ha creado en el campo una nueva y poderosa capa de enemigos del socialismo, cuya resistencia será mucho más peligrosa y tenaz que la de la aristocracia terrateniente" [ibid].

Esto fue confirmado por los hechos, impidiendo tanto el restablecimiento de la economía rusa como la socialización de la industria. Pero, al igual que con la cuestión de la autodeterminación nacional, la situación no la guiaba la política de los bolcheviques, sino más bien circunstancias que escapaban a su control. Los bolcheviques eran prisioneros del movimiento campesino; no podían conservar el poder sin su apoyo pasivo, pero no podían avanzar hacia el socialismo precisamente por ello. Además, su tortuoso oportunismo no fue el origen del reparto de las tierras entre los campesinos; sólo confirmó el hecho consumado de las ocupaciones, fuesen cuales fuesen sus opiniones. Mientras que los otros partidos fueron reacios a legalizar la expropiación de tierras, los bolcheviques apoyaron esta legalización para obtener el apoyo de los campesinos y consolidar así el poder que habían conquistado mediante un golpe de Estado en los centros urbanos. Esperaban conservar ese apoyo con una política de bajos impuestos a los campesinos, mientras que éstos exigían un gobierno capaz de impedir el retorno de los terratenientes por medios contrarevolucionarios.

En lo que respecta a los campesinos, la revolución significó una extensión de sus derechos de propiedad; en ese sentido fue una revolución burguesa. Eso sólo podía llevar a una economía de mercado y al reforzamiento de las propensiones capitalistas en Rusia. Para los trabajadores industriales, como para Lenin y Luxemburg, hubo una revolución proletaria, incluso en esa precoz etapa del desarrollo capitalista. Pero como

la clase obrera sólo era una ínfima parte de la población, era obvio que tarde o temprano el elemento burgués de la revolución prevalecería. El poder de Estado bolchevique solo podía mantenerse mediante el arbitraje entre intereses opuestos; pero si lo conseguía sería fatal tanto para las aspiraciones socialistas como para las aspiraciones burguesas de esta revolución.

Esta era una situación que el movimiento marxista no había previsto y que la teoría marxista no podía predecir, ya que según ésta una revolución proletaria presupone un alto nivel de desarrollo capitalista en el que la clase obrera se haría mayoritaria y por lo tanto capaz de determinar el curso de los acontecimientos. Aunque Lenin sólo estaba interesado en la revolución burguesa como antesala de una revolución socialista, él mismo seguía siendo un burgués, en la medida en que creía posible cambiar la sociedad por medios puramente políticos, es decir, gracias a la acción de un partido político. Esta inversión idealista del marxismo, en la que la conciencia determinaría el desarrollo material, en la práctica sólo podía implicar una reproducción del propio régimen zarista, en el que la autocracia reinaba sobre toda la sociedad. De hecho, Lenin señaló que si el zar había podido gobernar Rusia con una burocracia de unas cien mil personas, los bolcheviques deberían poder hacerlo con un partido que agrupaba a muchos más miembros. En cualquier caso, una vez en el poder los bolcheviques no tuvieron más remedio que intentar preservarlo para asegurar su propia supervivencia. Posteriormente, se estableció un aparato estatal que se hizo cargo no sólo del control de la población, sino también del desarrollo económico, transformando la propiedad privada en propiedad del Estado, sin cambiar las relaciones sociales de producción, es decir, manteniendo la relación capital-trabajo que permite la explotación de la clase trabajadora. Este nuevo tipo de capitalismo - lo que se conoce como capitalismo de Estado- subsiste actualmente bajo el manto ideológico del "socialismo".

En 1918, Luxemburg no pudo prever tal evolución, que estaba fuera de todas las hipótesis marxistas. Para ella, los bolcheviques cometieron varios errores que podían hipotecar su objetivo socialista. Y estos errores, aunque fueran inevitables en una Rusia revolucionaria pero aislada, no deberían generalizarse como táctica válida para todo momento y todo lugar. Aunque sin ningún éxito, a la realidad rusa opuso los principios marxistas, para salvaguardar al menos la teoría. Fue en vano, ya que resultó que tras el capitalismo de propiedad privada no venía necesariamente un régimen socialista sino que igualmente podía transformarse en un capitalismo controlado por el Estado, en el que la vieja burguesía es remplazada por una nueva clase dominante, cuyo poder se basa en su control colectivo del Estado y de los medios de producción.

Rosa sabía tan poco como Lenin sobre cómo construir una sociedad socialista; pero mientras este último actuó de manera pragmática a partir de las experiencias de control estatal de los países capitalistas en tiempos de guerra y concebía al socialismo como monopolio estatal sobre toda actividad económica, Luxemburg continuó afirmando que ese camino nunca podría dar lugar a la emancipación de la clase obrera. No podía imaginar que la nascente sociedad bolchevique representase una formación social nueva en la historia y sólo veía en ella una mala aplicación de los principios socialistas. Y temía la restauración del capitalismo a través de las reformas agrarias de los bolcheviques.

Como los hechos posteriores mostraron, el problema agrario siguió sacudiendo al Estado bolchevique, desembocando finalmente en la colectivización forzosa del campesinado, solución intermedia entre la propiedad privada de la tierra y la nacionalización de la agricultura. Esto no fue un verdadero cuestionamiento de la política agrícola de Lenin, que siempre había actuado en respuesta a necesidades inmediatas y no según sus convicciones. Salvo sobre el

papel, Lenin no se había atrevido a nacionalizar la tierra, y Stalin no se atrevió a ir más allá de la colectivización forzosa de los campesinos, a fin de aumentar su producción y su explotación, sin despojarlos de toda capacidad de iniciativa privada. Incluso dentro de estos límites, fue una operación aterradora que casi derribó al régimen bolchevique. Si Rosa Luxemburg tenía razón frente a Lenin en cuanto a la cuestión agraria, sus argumentos no fueron menos irrelevantes que los de Lenin, pues sólo faltaba un poco más de tiempo y un mayor reforzamiento del aparato del Estado para que los campesinos perdieran su reciente y relativa independencia y recayeran una vez más bajo el dominio de un régimen autoritario.

Debería haber sido obvio, dada la concepción leninista del partido y de su papel en el proceso revolucionario, que una vez en el poder este partido sólo podría funcionar de manera dictatorial. Aun obviando las condiciones específicas de Rusia, esta concepción del partido como conciencia de la revolución socialista concentraba claramente todo el poder en manos del aparato estatal bolchevique. Esta posición general fue aún más marcada en el contexto de la revolución rusa, tensionada entre sus aspiraciones burguesas y sus aspiraciones proletarias. Si el proletariado era, según Lenin, incapaz de ir más allá de una conciencia reformista (es decir, incapaz de hacer algo más que defender sus propios intereses dentro del sistema capitalista), sería aún más incapaz de realizar el socialismo, que supone una ruptura ideológica con toda su experiencia anterior. Haciéndose eco de Karl Kautsky, Lenin pensaba que la conciencia debía ser llevada al proletariado desde fuera, a través del saber propio de una clase media ilustrada. El partido era la organización de la inteligencia socialista, representante de la conciencia revolucionaria del proletariado, incluso aunque en sus filas sólo hubiese un pequeño número de trabajadores ilustrados. Era necesario que estos especialistas de la política revolucionaria se hicieran cargo

del Estado socialista aunque sólo fuese para evitar una derrota de la clase obrera a causa de su ignorancia. Y así como el partido dirigía al proletariado, los líderes del partido debían dirigir a sus miembros a través de una centralización casi militar.

Esta actitud arrogante de Lenin, impuesta a su partido, preocupó mucho a Rosa Luxemburg en cuanto a los posibles resultados de la toma del poder por parte de los bolcheviques. Ya en 1904 había criticado la concepción bolchevique del partido, por la separación artificial que introducía entre una vanguardia revolucionaria y la masa de los trabajadores y por su hipercentralización, tanto en los problemas generales como en los del partido.

"Nada contribuirá tanto al sometimiento de un joven movimiento obrero a una élite intelectual ávida de poder como este chaleco de fuerza burocrático, que inmovilizará al partido y lo convertirá en un autómata manipulado por un Comité Central", escribió Luxemburg [*Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa*, ed. Espartaco, 1946]. Al rehusar cualquier carácter revolucionario a la concepción leninista del partido, Rosa Luxemburg se anticipaba a la evolución del régimen bolchevique. Ciertamente, su acusación contra la concepción leninista de la organización tenía su origen en la comparación con la estructura organizativa del partido socialdemócrata alemán, que, aunque también estaba muy centralizado, aspiraba a una amplia base popular para llevar a cabo su obra reformadora. Este partido no pensaba en términos de toma del poder, sino que se contentaba con obtener éxitos electorales y difundir la ideología socialista, a fin de promover su propio crecimiento. En cualquier caso, Rosa Luxemburg no creía que ningún partido pudiera llevar a cabo una revolución socialista. El partido sólo podía ayudar a la revolución, que sería tarea de toda la clase obrera y que requería su participación activa. Ella no concebía el partido socialista como una instancia organizativa independiente del proletariado, sino como una

parte de él, sin funciones o intereses diferentes a los de la clase obrera.

Con esta convicción, Rosa Luxemburg simplemente fue fiel a sí misma y al marxismo al alzarse contra la política dictatorial del partido bolchevique. Aunque este partido conquistó su posición dominante reclamando demagógicamente todo el poder para los soviets, no tenía la intención de darles ninguna parcela de su poder, excepto quizás si estaban compuestos por bolcheviques. Es cierto que los bolcheviques en Petrogrado y algunas otras ciudades tenían mayoría en los soviets, pero esta situación podría cambiar posteriormente y dejar al partido en la posición minoritaria que había ocupado durante los primeros meses que siguieron a la revolución de febrero.

Los bolcheviques no veían los soviets como embriones de la sociedad socialista, sino sólo como un medio para lograr un gobierno bolchevique. Ya en 1905, cuando tuvo lugar la primera aparición de los soviets, Lenin reconoció su potencial revolucionario, pero esto sólo le llevó a tener una razón adicional para fortalecer su propio partido y prepararle para tomar las riendas del poder. Para Lenin, el potencial revolucionario de la *forma soviét* no cambiaba en nada su naturaleza espontánea, lo que implicaba el peligro de una dispersión de este poder en actividades estériles. Aunque fueran parte de la realidad social, pensaba Lenin, los movimientos espontáneos podrían, en el mejor de los casos, apoyar a un partido orientado hacia sus objetivos, y nunca reemplazarlo. En octubre de 1917 el problema de los bolcheviques no era elegir entre el poder de los soviets y el del partido, sino entre el poder del partido y la Asamblea Constituyente. Como no tenían ninguna posibilidad de obtener la mayoría en la Asamblea y tener acceso así al gobierno, había que prescindir de ella para realizar la dictadura del partido en nombre del proletariado.

Para Rosa Luxemburg toda la población debía participar de una u otra forma en la construcción del socialismo; pero no reco-

noció en los soviets la forma organizativa capaz de llevar a cabo este proyecto. Impresionada por las grandes huelgas de masas en Rusia en 1905, prestó poca atención a la forma soviét que tomaron. En su opinión, los soviets eran simplemente comités de huelga que paliaban la ausencia de otras organizaciones de trabajadores más permanentes. Incluso después de la revolución, ella pensaba que "la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y legal es algo que sigue estando completamente envuelto en las brumas del futuro" (*La Revolución rusa*). Sólo se conocía la orientación general hacia la que tender, estando aún por descubrir los detalles de la acción a emprender para consolidar y desarrollar la nueva sociedad. El socialismo no podía nacer de planes preestablecidos ni realizarse por decreto gubernamental. Exigía democracia real, es decir, la participación más amplia posible de todos los trabajadores, que era lo único que merecería el apelativo de "dictadura del proletariado". Para ella la dictadura del partido sólo era "la dictadura en el sentido burgués del término" [ibid], esto es, el poder de los jacobinos.

Todo esto es indiscutible en términos generales, pero el carácter burgués del poder bolchevique reflejaba, en la ideología y en la práctica, la naturaleza objetivamente no socialista de esta revolución tan particular, simplemente incapaz de llevar a la sociedad al socialismo desde las condiciones cuasi feudales del zarismo. Fue una especie de "revolución burguesa" sin burguesía, y también era una revolución proletaria con un proletariado insuficiente: una revolución en la que el papel histórico de la burguesía fue asumido por un partido aparentemente antiburgués que tomó el poder político.

En estas condiciones, el contenido revolucionario del marxismo occidental no podía aplicarse, ni siquiera en forma modificada. Esto puede explicar la debilidad de los argumentos de Rosa Luxemburg contra los bolcheviques, la crítica del desprecio que

mostraron por la Asamblea Constituyente y de su actitud terrorista hacia cualquier oposición, de derechas o de izquierdas.

Sus propias sugerencias sobre la manera de construir el socialismo, aunque correctas y válidas, no podían articularse con una Asamblea Constituyente en tanto que institución burguesa. Su actitud tolerante hacia todos los puntos de vista y su deseo de poder expresarse para influir en el curso de los acontecimientos no se pudieron satisfacer en condiciones de guerra civil. La construcción del socialismo está dictada por necesidades inmediatas, lo que implica acciones bien definidas; no puede ser conducida por el tranquilo método de *prueba y error*, que busca discernir el futuro a través de la "bruma" del presente.

La falta de realismo de Rosa Luxemburg con respecto al bolchevismo y la revolución rusa se explica por sus propias ambigüedades. Fue al mismo tiempo socialdemócrata y revolucionaria en un momento en que estas dos posiciones divergían. Veía a Rusia con ojos socialdemócratas y a la socialdemocracia con ojos revolucionarios. Lo que ella quería de hecho era una socialdemocracia revolucionaria. Ya en su famoso debate con Edward Bernstein se negó a elegir entre la reforma y la revolución y trató de combinar estas dos actividades de forma dialéctica en una misma política. Desde su punto de vista, se podría llevar la lucha de clases tanto en el Parlamento como en las calles, no sólo a través de los partidos y los sindicatos, sino también con los trabajadores no organizados. Los logros legales, conquistados en el marco de la democracia burguesa, debían consolidarse mediante la acción directa de las masas en su lucha de clases cotidiana. Sin embargo, daba prioridad a la acción de masas, en la medida en que desarrollaba la conciencia sobre su propia condición de clase y, por lo tanto, la conciencia revolucionaria. La lucha directa de los trabajadores contra los capitalistas era la verdadera "escuela del socialismo". En la extensión de las huelgas de masas en las que los tra-

bajadores actuaban como clase veía una condición previa necesaria para el advenimiento de la revolución que derrocaría a la burguesía e instalaría gobiernos apoyados y controlados por un proletariado maduro y consciente [R. Luxemburg, *Huelga general, partido y sindicatos*].

Hasta el estallido de la I Guerra Mundial Rosa Luxemburg no entendió completamente la verdadera naturaleza de la socialdemocracia. Había un ala derecha, un centro y una izquierda, a la que pertenecían Luxemburg y Liebknecht. Entre estas tendencias había una lucha ideológica tolerada por la burocracia del partido, precisamente porque seguía siendo sólo ideológica. La práctica del partido era reformista y oportunista, y se mantenía insensible a las apelaciones del ala izquierda, aunque éstas quizás le fortaleciesen. Pero subsistía la ilusión de que era posible transformar el partido y devolverle su original carácter revolucionario. Luxemburg rechazó cualquier idea de escisión, por temor a perder el contacto con la masa de trabajadores socialistas. Su confianza en estos trabajadores no se vio afectada por la desconfianza que alimentaba hacia sus líderes. Sólo *cayó del guindo* cuando se dio cuenta de que el chovinismo social desplegado en 1914 aunaba a dirigentes y dirigidos contra el ala izquierda del partido. Incluso entonces no estuvo dispuesta a dejar el partido hasta la escisión de 1917, en torno a los objetivos de la guerra, lo que dio lugar a la formación del Partido Socialista Independiente alemán USPD, en el que la Liga Espartaco, formada en torno a Liebknecht, Luxemburg, Mehring y Jogiches, sólo era una pequeña fracción. En la medida en que mantuvieron actividades independientes, éstas giraron en torno a la propaganda contra la guerra y contra la política de colaboración de clases del viejo partido. Hasta finales de 1918 Rosa Luxemburg no reconoció la necesidad de crear un nuevo partido revolucionario y una nueva Internacional.

La revolución alemana de 1918 no se debió

a ninguna organización de izquierda, aunque los miembros de todas ellas jugaron diversos papeles. Fue un levantamiento puramente político dirigido a detener la guerra y derrocar la monarquía, a la que se responsabilizaba de ella. Esta revolución se produjo como consecuencia de la derrota militar alemana y no encontró oposición seria en la burguesía y en el ejército, pues consideraban que la revolución les permitiría atribuir al movimiento socialista la responsabilidad de la derrota.

Esta revolución dio el poder a la socialdemocracia, que luego se alió con el ejército para aplastar cualquier intento de convertir la revolución política en revolución social. Bajo la influencia de la tradición y de la vieja ideología reformista, la mayoría de los consejos de trabajadores y soldados que surgieron espontáneamente apoyaron al gobierno socialdemócrata y declararon que estaban dispuestos a abdicar su poder en favor de una Asamblea Nacional en el marco de una democracia burguesa. Esta revolución fue, como se dijo con acierto, "una revolución socialdemócrata, confiscada por los dirigentes de la socialdemocracia: un proceso bastante excepcional en la historia" [Sebastian Haffner, *La Revolución alemana 1918-1919*, Barcelona, Inédita Editores, 2005].

Por supuesto, también había una minoría revolucionaria que actuaba y combatía por la formación de un sistema social basado en los consejos obreros como institución permanente. Pero pronto fue aplastada por los adiestrados militares. Para organizar a esa minoría revolucionaria con vistas a acciones sistemáticas, la Liga Espartaco, en colaboración con otros grupos revolucionarios, se convirtió en Partido Comunista de Alemania. Su programa fue escrito por Rosa Luxemburg.

Desde su primer congreso, quedó claro que el nuevo partido estaba dividido. Incluso en ese periodo ya tardío, Luxemburg aún no fue capaz de romper por completo con las tradiciones socialdemócratas. A pesar de declarar que la fase del programa mínimo

sin socialismo había terminado, se mantuvo vinculada a la política de "doble perspectiva": la incertidumbre de una revolución proletaria precoz requería que se definiese también una política en el marco de las organizaciones e instituciones existentes. En la práctica, eso significaba la participación en la Asamblea Nacional y los sindicatos. Sin embargo, la mayoría del congreso votó por el antiparlamentarismo y por la lucha contra los sindicatos. Aunque a regañadientes, Luxemburg se inclinó ante esta decisión y adaptó a ella sus hechos y palabras. Fue asesinada dos semanas después, por lo que es imposible saber si habría mantenido o no esa posición. Sea como sea, sus seguidores, alentados por Lenin, a través de su emisario Radek, rompieron el nuevo partido y reagruparon su facción parlamentaria con una parte de los socialistas independientes para constituir un "verdadero partido bolchevique", pero esta vez como organización de masas en el sentido socialdemócrata del término, en rivalidad con el antiguo partido socialdemócrata, para ganar a los trabajadores de cara al objetivo de forjar un instrumento para la defensa de Rusia bolchevique.

Pero todo esto ya pertenece a la historia. El fracaso de las revoluciones en Europa Central y el desarrollo del capitalismo de Estado en Rusia permitieron al capitalismo superar la crisis política que siguió a la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, las dificultades económicas persistieron, conduciendo a una nueva crisis internacional y a la Segunda Guerra Mundial. Dado que las clases dominantes, antiguas y nuevas, recordaban las repercusiones revolucionarias de la I Guerra Mundial, evitaron su posible repetición por medio de la ocupación militar. La enorme destrucción de capital ocasionada por la guerra y la consiguiente centralización, así como el aumento de la productividad laboral, permitieron un poderoso aumento de la producción capitalista después de la segunda guerra. Esto llevó a un eclipse casi total de las aspiraciones revolucionarias, excepción hecha de las

que tenían un carácter estrictamente nacionalista o capitalista de Estado. Este efecto se amplificó por el desarrollo de la "economía mixta", tanto a nivel nacional como internacional, con intervención de los gobiernos en la actividad económica.

Como todo lo que procede del pasado, el marxismo se convirtió en una disciplina académica, signo de su decadencia como teoría del cambio social. La socialdemocracia dejó de ser una organización de la clase obrera y se convirtió en un partido del pueblo, dispuesto a cumplir las funciones gubernamentales en beneficio de la sociedad capitalista. Las organizaciones comunistas asumieron entonces el papel clásico de la socialdemocracia, incluido su afán por constituir -o participar en- gobiernos sustentadores del sistema capitalista. Y desapareció el movimiento obrero, marcado por la escisión entre bolchevismo y socialdemocracia que había motivado las preocupaciones de Rosa Luxemburg.

Sin embargo, el capitalismo sigue expuesto a las crisis y amenazado por el colapso. Dados los nuevos medios de destrucción, podría incluso autodestruirse durante un nuevo conflicto. Pero también puede ser derrocado por una lucha de clases que conduzca a su transformación socialista. La alternativa *socialismo o barbarie* enunciada por Luxemburg sigue siendo válida. La situación actual del movimiento obrero, carente de cualquier tendencia revolucionaria, muestra con claridad que el futuro del socialismo depende más de las acciones espontáneas de la clase obrera en su conjunto que de expectativas ideológicas sobre este futuro socialista manifestadas a través de nuevas organizaciones revolucionarias. En esta situación, hay poco que aprender de experiencias anteriores, salvo la lección negativa de que la socialdemocracia y el bolchevismo no tienen nada que ver con la revolución proletaria. Al oponerse a ambos, y a pesar de todas sus inconsistencias, Rosa Luxemburg abrió un nuevo camino hacia la revolución socialista. A pesar de ciertos errores teóricos y de algunas ilusiones so-

bre la práctica socialista, su enfoque revolucionario contenía los elementos esenciales necesarios para una revolución socialista: un internacionalismo inquebrantable y el principio de autodeterminación de la clase obrera en sus organizaciones y en la sociedad. Al tomarse en serio la afirmación de que la emancipación del proletariado será obra del proletariado mismo, conectó el pasado y el futuro de la revolución. De este modo, sus ideas siguen tan vivas como la idea misma de revolución, mientras que todos sus oponentes en el antiguo movimiento obrero se han convertido en parte de la decadente sociedad capitalista.

Notas de traducción

nt1. Estos esquemas no describen el mundo real, son abstracciones en la ruta hacia el conocimiento de este. La propia división en dos sectores productivos, el de medios de producción y el de medios de consumo, es muy simplista. En la "reproducción simple del capital" no hay reinversión de ganancias, por lo que no habría acumulación de capital, lo que es incompatible con la naturaleza del capitalismo: "La reproducción simple en escala invariada aparece en este sentido como una abstracción, ya que por una parte sobre la base capitalista la ausencia de toda acumulación o reproducción en escala ampliada es una suposición peregrina, y por otra parte las relaciones en las que se produce no permanecen absolutamente incambiadas en años diferentes (que es lo que aquí se supuso)" [K. Marx, *El Capital*, Libro 2, Volumen 5, p. 483, Siglo XXI, trad. Pedro Scaron]. En la reproducción ampliada hay acumulación de capital y reinversión de ganancias, pero tampoco refleja el capitalismo real, pues supone un continuado equilibrio. Marx nunca pretendió que sus esquemas correspondiesen a la realidad social, los usaba para ilustrar de la manera más simplificada algunos aspectos parciales.

nt2. La distinción entre valor y precio de producción es compleja y origen de mu-

chos debates entre investigadores marxianos. Habitualmente se distingue entre valor y precio de producción como categorías diferentes, de forma que el valor y el precio de una mercancía serían con frecuencia diferentes. En el modelo más habitual, en cada proceso productivo particular se generaría valor, proporcional al tiempo de trabajo socialmente necesario empleado, pero la competencia y el movimiento de capitales desde los sectores con menores tasas de ganancia a los de mayores tasas generarían una tendencia hacia la igualación de las tasas de ganancia y a la constitución de un precio de producción igual a la inversión realizada más la ganancia correspondiente a la "tasa media". Sin embargo, investigadores como Fred Moseley [*Money and Totality*, Haymarket Books, Chicago, 2016] o Diego Guerrero [*Revista de Economía Crítica*, n° 21, primer semestre 2016], han resaltado que, siendo el valor una propiedad social de las mercancías, no se trata de que cada mercancía tenga un valor que, sumado al valor de las otras mercancías, luego se distribuye entre todas en la forma de precio de producción, sino que el valor es un concepto global vinculado al capital en general directamente, no una suma de valores individuales pre-existentes. Como señala Diego Guerrero "*es el capital en general el que obtiene o produce el plusvalor en cuanto tal, en su totalidad* (el montante de plustrabajo creado en el sistema durante un periodo de tiempo dado), mientras que son los múltiples capitales los que, al competir entre sí, terminan repartiéndose o distribuyéndose dicho plusvalor entre todos ellos, en forma de las ganancias o beneficios que llegan finalmente a los diferentes sectores y unidades productivas". Podría pensarse, pues, que más que una dualidad entre valor y precio de producción en cada mercancía, el valor es un concepto global, ligado al capital en general, que se distribuye entre capitales particulares en la forma de *precio de producción*.

nt3. Marx plantea que existe una tendencia, no lineal y compleja, a la disminución de la

tasa de ganancia, aunque describe muchos factores contrarrestantes. Varios investigadores de raíz marxiana cuestionan que las "demostraciones" de esa tesis sean rigurosas [Crítica de la economía política, Michael Heinrich, Escolar y Mayo Ed., Madrid, 2008] y que los datos históricos la confirmen [*Teorías económicas y datos empíricos*, José Tapia, Ediciones Maia, Madrid, 2017]. Otra cosa muy diferente es el papel crucial que en los movimientos del capitalismo, en sus crisis y en sus recuperaciones, tienen las oscilaciones de la tasa de ganancia, según Marx, tesis mucho más importante y sí verificable, pero mucho más ignorada en diversos "neomarxismos".

nt4. En sí mismas, las teorías del colapso inevitable del capitalismo pueden considerarse ciertas o falsas pero no tiene sentido que sean una medida de la actitud crítica ante la lógica del capital. Las profecías sobre el derrumbe del capitalismo no aportan nada a la lucha social ni a la creación de condiciones para superar el capitalismo, y no dejan de ser una variante en diferido de cierto tipo de *fin de la historia* mecanicista. Por otra parte, nada garantiza que una crisis catastrófica del capitalismo, que *puede* producirse, derive en un sistema mejor y no en uno mucho peor o en una variante del capitalismo mucho peor, como podría ocurrir con la catástrofe ambiental en marcha. De esto último Rosa Luxemburg era muy consciente, de ahí su alerta *socialismo o barbarie*. Hoy sabemos que algunas de las experiencias autodenominadas *socialistas* fueron también una forma de barbarie.



Marie Xaintrilles

Notas sobre el luxemburgismo (2011)

Original en francés en:

www.critique-sociale.info/311/notes-a-propos-du-luxemburgisme

¿Qué es el *luxemburgismo*? Se podría responder simplemente que es la corriente política inspirada por la teórica marxista Rosa Luxemburg (1871-1919). Pero la expresión es problemática y algunos de los actuales partidarios de Luxemburg rechazan el término. A priori no están equivocados, ya que la palabra se habría extendido durante la década de 1920 para condenar una versión simplificada y distorsionada de sus ideas. Pero si decidimos no usar términos inventados originalmente por sus adversarios para denostar a los que pretenden denotar, tampoco podríamos hablar de "comuneros" o "marxistas". Así, por ejemplo son luxemburgistas quienes han escrito: "*luxemburgismo*, como también *marxismo*, es un término muy imperfecto, en primer lugar porque se refiere a una sola persona. Pero los hechos están ahí, y desafortunadamente ningún término define claramente lo que es el *marxismo democrático*, el *luxemburgismo*" (1).

Podría ser preferible hablar de "espartaquismo" en vez de "luxemburgismo" (2), pero desde el final de la histórica Liga Espartaquista (Spartakusbund de 1918) ese término ha sido recuperado y tergiversado por muchos.

La afirmación de que Rosa Luxemburgo ignoró o rechazó ese término ha sido cuestionada. De hecho, según el historiador luxemburgista Alain Guillermin "Ya en 1898, cuando un periódico escribió '*los luxemburgistas contra los nacionalistas (polacos)*', es la propia Rosa quien reutiliza el término *luxemburgista* de manera positiva. Esto demuestra que ella misma aceptó tempranamente ese concepto" [Alain Guillermin, *Rosa Luxemburg, la rose rouge*, Picollec, 2002, p. 58].

En cualquier caso, los textos de Rosa Luxemburg no forman "sistema", por lo que no hay que pretender que el *luxemburgismo* es un sistema de pensamiento completo que fluye naturalmente de sus ideas políticas. Esto no resta valor a la calidad e interés de sus textos, que, por el contrario, no fueron escritos para crear un sistema, sino como contribuciones a la lucha de los trabajadores contra el orden capitalista y como parte implicada en el movimiento socialista y "marxista" en el sentido amplio del término.

Lo mismo puede decirse de Karl Marx, que nunca afirmó haber creado un sistema y que consideraba sus trabajos teóricos como contribuciones al movimiento comunista de los trabajadores, como aclaraciones al servicio del movimiento real, como la piedra que él aportaba al edificio de la autoemancipación mundial de los trabajadores. Por lo tanto, es contradictorio que algunos rechacen el término *luxemburgismo* y al mismo tiempo reivindiquen el *marxismo*, término que lógicamente debería generar las mismas reservas.

El *luxemburgismo* como movimiento efectivo cristalizó en Alemania durante la Primera Guerra Mundial, como conjunción de los socialistas revolucionarios, radicalmente opuestos a la guerra. Su principal teórica era Rosa Luxemburg. Este grupo adoptó inicialmente el nombre de su revista, *Die Internationale*, prohibida por el poder, pero posteriormente se les denominó "espartaquistas" para finalmente crear el Spartakusbund o Liga Espartaquista.

Al igual que los intentos revolucionarios de 1919, esta corriente fue reprimida y se diluyó paulatinamente después del asesinato de su principal teórica el 15 de enero de 1919. Además, la influencia nefasta de los bolcheviques sobre el joven Partido Comunista de Alemania, seguida a continuación por el estalinismo y, finalmente, por la dictadura nazi, destruyeron el movimiento de la clase trabajadora en Alemania, incluyendo al *luxemburgismo*. Las obras de Rosa Luxemburg fueron prohibidas e incineradas por la dictadura nazi. A nivel organizativo sólo sobrevivieron esencialmente las organizaciones socialdemócratas, que en realidad defendieron el capitalismo "regulado", y las organizaciones estalinistas, que en verdad defendieron un capitalismo de Estado.

¿Qué puede quedar hoy de la corriente *luxemburgista* que se encarnó históricamente en la Liga Espartaquista, cuyo legado político fue destruido por varios ataques sucesivos?

Se trata de recuperar lo esencial del pensa-

miento político *luxemburgista*, sin entrar en una estéril repetición, centrándose en lo que pueda ser fecundo para las movilizaciones actuales y para comprender la historia y la situación actual de la lucha de clases.

Si existe un *luxemburgismo*, necesariamente incluye un *internacionalismo* auténtico, que actúa por la indispensable unión del proletariado mundial, capaz de conducir una revolución socialista sin fronteras. Rosa Luxemburg fue verdaderamente una ciudadana del mundo. Fue miembro del buró de la Segunda Internacional, militó en varios países y fue miembro simultáneamente de los partidos socialistas de Alemania y Polonia.

En segundo lugar, forma parte de ese *luxemburgismo* posible la *lucha contra todas las opresiones y contra la represión de las potencialidades de cada persona*, como se refleja nítidamente en la correspondencia de Rosa Luxemburg.

Y, sobre todo, en el corazón del *luxemburgismo* está la *crítica radical de las estructuras económicas y sociales*, de las relaciones capitalistas de producción basadas en la explotación y la alienación de los trabajadores.

Todos estas convicciones llevan a la plena participación en la lucha por la *autoemancipación* del proletariado, con el propósito ya declarado por Marx: "En lugar de la vieja sociedad burguesa, con sus clases y antagonismos de clase, surge una asociación en la que el desarrollo libre de cada persona es condición del desarrollo libre de todas" [*Manifiesto Comunista*, 1848].

En 1918, Rosa Luxemburg afirmó la necesidad inmediata de abolir el trabajo asalariado, base económica de la explotación y del propio sistema capitalista. "¡Abajo el sistema salarial! Esa es la consigna de este momento", declara en *¿Qué quiere la Liga Espartaquista?* (14 de diciembre de 1918). Para poner fin a la división de la sociedad en clases sociales es indispensable abolir el sistema de trabajo asalariado. Para los *luxemburgistas* no es un objetivo vago a

largo plazo, sino una necesidad real derivada del análisis de la actualidad.

También forma parte de ese corpus del *luxemburgismo* el *espontaneísmo*, aunque se han dado interpretaciones muy equivocadas a ese término. De hecho, lo que implica ante todo es la capacidad creadora de las masas y la oposición a su sustitución por el partido o por la "vanguardia". El enfoque espontaneísta combate al "comunismo de partido" y reafirma que la emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los propios trabajadores. El espontaneísmo no es un automatismo: en 1915 Luxemburg escribió "socialismo o barbarie", lo que implica que nada está escrito de antemano. Este enfoque requiere un necesario trabajo informativo (sabemos que Rosa Luxemburg era periodista), de clarificación teórica y, especialmente, de acciones prácticas sin refugiarse en la espera pasiva de una revolución que llegaría mecánicamente y de manera inevitable.

Esto lleva a la lucha por la *democracia directa*. El funcionamiento del modo de producción capitalista se opone al florecimiento del *principio democrático*, que en el contexto de la sociedad actual necesita las luchas de clase, dirigidas directamente por quienes participan en ellas y se apropian de la política en sus movilizaciones auto-organizadas.

Esta perspectiva se opone a la subestimación de las posibilidades de la clase trabajadora. Al participar en el desarrollo de la auto-organización, de su cultura de clase, de la memoria y del análisis de las luchas, los movimientos sociales y revolucionarios pueden luchar contra el peso inhibitorio de la ideología dominante y, en realidad, contra toda "ideología" en el sentido "marxista" del término. La conciencia de clase surge de acciones dirigidas colectivamente, no sólo de la situación vivida cotidianamente. En esta perspectiva, no hay separación alguna entre militantes por un lado y trabajadores, desempleados, estudiantes, etc., por otro. Los activistas expresan abiertamente sus opiniones como trabajadores,

desempleados, estudiantes, etc. Su activismo se ejerce desde donde están, abiertamente. Los militantes *luxemburgistas* son parte de la clase social explotada y actúan a ese título. No se hacen pasar por "educadores" de esa clase, sino como parte de esta clase, participando en sus luchas, en sus debates. El *luxemburgismo* es consciente de que sólo la mayoría de esta clase social puede realizar por sí misma el socialismo.

En Rosa Luxemburg no hay una condena de la forma del partido -todo lo contrario-, sino una condena del funcionamiento burocrático y, sobre todo, una crítica de la subestimación de las masas por los auto-proclamados "líderes". Por lo tanto, algunos *luxemburgistas* siguen al pie de la letra a Luxemburg y se pronuncian a favor de un partido democrático. Por mi parte, considero que a lo largo de casi un siglo la *forma-Partido* ha mostrado su bancarrota. Intentando ser fiel a su método de análisis, y sabiendo que esta opción es cuestionable, no pienso que sea indispensable un partido y, en cualquier caso, no reconocería a ningún partido un papel dirigente.

Esta observación deja abierta la cuestión de las nuevas formas de organización que puedan permitir la información, el diálogo y la socialización, la reflexión teórica y la acción práctica en tiempos de reflujo. Debemos esforzarnos en mantener la coherencia política, pero sin crear conformismo u ortodoxia, que son factores de empobrecimiento político. La revista, o mejor aún la red de revistas, periódicos, folletos, me parece la fórmula más adecuada.

Rosa Luxemburg escribió en 1900: "La entrada de los socialistas en un gobierno burgués no es, como creemos, una apropiación parcial del Estado burgués por parte de los socialistas, sino una apropiación parcial del partido socialista por parte del Estado burgués ["Affaire Dreyfus et cas Millerand", 1899, *Cahiers de la Quinzaine*, n° 11].

Tras más de un siglo de experiencia, no sólo se ha confirmado la veracidad de este comentario, sino que hay que ir más lejos:

pretender avanzar hacia el socialismo mientras se conservan los mecanismos estatales es una contra-verdad, pretender convertir el Estado al socialismo sólo conduce a la conversión de los socialistas al Estado... y esto lleva a los "socialistas" a abandonar todo socialismo en la práctica. Marx también señaló en 1871 que "la clase trabajadora no puede contentarse con tomar la máquina del Estado tal como es y hacerla funcionar a su servicio. El instrumento político de su esclavitud no puede servir como instrumento político de su emancipación" [Karl Marx, La Guerra Civil en Francia, 1871].

El *luxemburgismo* se inscribe en el marco del *comunismo de los consejos* en sentido amplio, en oposición al "comunismo" de partido (leninismo), así como en el marco del socialismo democrático y revolucionario. Aspira al poder de los consejos de tra-

bajadores, aunque no debemos convertirlos en una forma fetichizada: lo que importa es el desarrollo de los medios de autoemancipación.

Parece que en este momento hay un renovado interés en Rosa Luxemburg, aunque aún no por el *luxemburgismo*. En Francia, hubo dos periodos anteriores en los que el interés por sus escritos se hizo más vivo, en torno al año 1936 y en torno al año 1968, periodos importantes de luchas sociales. El futuro pondrá a prueba la validez de este paralelismo. Sea como fuere, reafirmar en la práctica el método revolucionario y el principio del pensamiento de Rosa Luxemburg es una tarea de actualidad (3).

Si el "marxismo", el socialismo y el comunismo vuelven a ser lo que fueron, si esas palabras dejan de designar sus propias traiciones, la palabra *luxemburgismo* se volverá superflua



Notas

1. democom.alice.red/pourcommunisme.htm
2. Por esa razón el primer grupo nacido en Francia al que puede describirse como "luxemburgista" tomó el nombre de *Groupe Spartacus*. Publicó el periódico *Spartacus*. El nombre de ese pequeño grupo, creado en 1934 en la región de París por René Lefevre tras la disolución del *Cercle Communiste Démocratique* todavía sobrevive hoy en las *éditions Spartacus* creadas por el mismo Lefevre: <https://spartacus.athes.org>
3. www.critique-sociale.info/282/5-mars-1871-5-mars-2011-rosa-luxemburg-aujourd'hui

Raya Dunayevskaya

Luxemburg: revolucionaria, feminista (1978)

"La revolución es magnífica y todo lo demás son sandeces"

Rosa Luxemburg

Carta redactada por Dunayevskaya el 9/8/1978 y enviada por ella a diversas mujeres feministas antes de iniciar la escritura del libro *Rosa Luxemburg, Women's Liberation, and Marx's Philosophy of Revolution*. Original en inglés en *News & Letters*, volumen 43, n° 4, mayo de 1988, página 4.

<http://newsandletters.org/PDF-ARCHIVE/1998/1998-05.pdf>

Queridas hermanas:

Como la dialéctica siempre nos revela antes de empezar a escribir facetas en las que nunca habíamos pensado, he vacilado a la hora de decir algo sobre Rosa Luxemburg cuando ni siquiera he iniciado la escritura del libro sobre ella. Pero dado que la idea misma de una filosofía de la revolución en Marx genera polémica, me atreveré a enunciarla aunque aún no estoy satisfecha de la articulación que sobre ella me he hecho en mi cabeza.

Algunas investigadoras que hoy se niegan a considerar las teorías de Rosa por pensar que no escribió sobre la Liberación de la Mujer están utilizando la magnífica cita que abre esta carta como "prueba" de que ella minimiza la singularidad de las mujeres, ¡como si la revolución y las mujeres fueran polos opuestos! La verdad es que no se puede dar mayor prueba de la total amplitud de su concepto de la revolución como única vía para extirpar de raíz una sociedad explotadora, racista y sexista.

Hace poco encontré una carta que Rosa había enviado a Hans Diefenbach desde la cárcel, en la que habla, entre otras cosas, de una reseña sobre una representación de la obra "Como gustéis", de Shakespeare, escrita por el profesor Morganstern. La reseña le gustó tanto que reproduce una larga cita de ella: "Este no es el único caso en el que Shakespeare dibuja este tipo de joven segura de sí misma, lo hace varias veces en sus obras. No sabemos si alguna vez conoció a una mujer como Rosalyn, Beatrice o Portia, si se inspiraba en modelos reales o si sacaba esos personajes de su propia imaginación. Pero lo que sí sabemos es que, a través de estos personajes, nos habla de su propia visión de las mujeres. Estaba convencido de que la mujer puede ser tan magnífica a causa de su naturaleza especial. Al menos en una fase de su vida, ensalzó a la mujer como pocos poetas lo hicieron, viendo en ella una fuerza de la naturaleza a la que la cultura nunca podría echar a perder". Entonces Rosa comenta: "¿No es un buen análisis? ¡Si supieras el tipo de pez insípido, seco y extraño que el profesor Morganstern es en privado! Pero su penetración psicológica es justo lo que yo desearía para el futuro creativo del ensayismo alemán".

Llamo la atención sobre esto aunque no tenga nada que ver con las teorías de la revolución y muy poco que ver con el "papel" de las mujeres, ni tampoco tenga nada que ver con el asunto del derecho a voto de las mujeres, por el que Rosa luchó y escribió aunque eso suele ser ignorado en las investigaciones sociales sobre la mujer. Y no lo hago porque Rosa hubiera hablado poco sobre las mujeres, sino porque en esa carta las mujeres de las que habla no son las mujeres obreras y las mujeres socialistas con las que ella había trabajado. Más bien, habla de las mujeres como personajes en la literatura de un dramaturgo genial que ciertamente no fue un "revolucionario proletario"; y considera "insípido" al crítico que cita. ¿Por qué, entonces, le prestó atención y por qué lo destaca?

La respuesta tiene que ver con la multidimensionalidad de Rosa Luxemburg, como revolucionaria y como ser humano; al escribir desde la cárcel a un joven socialista, le preocupa que "el futuro creativo del ensayismo alemán" tenga una "profunda penetración psicológica" de lo magnificante de las mujeres.

En una palabra, cuando escribe sobre lo magnífica que es la revolución y dice que lo demás son sandeces no está menospreciando a las mujeres. Más bien, el futuro al que aspira es una totalidad. Lo que tenemos que entender, especialmente en la actualidad, es que no existe ninguna contraposición entre revolución y mujer. Todo lo contrario.

Si decidí cambiar el título de mi proyectado libro sobre Rosa Luxemburg y su relación con las teorías de Marx, de "Marx's theory of revolution" a "Marx's PHILOSOPHY of revolution", es porque cuando sólo hablamos de *teoría* estamos hablando sólo de la inmediata tarea de la revolución, el derrocamiento del capitalismo, pero cuando hablamos de *filosofía* de la revolución no nos referimos sólo a eso, sino a la creación de una nueva sociedad. Sólo teniendo esto en mente podrá la revolución ser verdaderamente total.

Al mismo tiempo, lo que da más amplitud al libro que he proyectado es que tomar la filosofía de la revolución de Marx como punto de partida nos da la oportunidad de considerar una revolución específica, la rusa de 1905, en la que tres grandes revolucionarios, Luxemburg, Lenin y Trotsky, se involucraron, destacando cada cual lo que consideraba el mayor logro de esa revolución y tomándolo como uno de los cimientos de la preparación de la revolución futura. Lo que queremos analizar para nuestra época es precisamente la posibilidad de construir sobre tales cimientos.

No hay ninguna duda de que Rosa estaba tan enamorada del proletariado en tanto que fuerza revolucionaria que parece que ella subsumía a la mujer en su concepto de lo revolucionario. Pero tampoco hay ninguna duda de que trabajó estrechamente con Clara Zetkin en todos los aspectos del movimiento de mujeres, desde el sufragio hasta el antiimperialismo. Y, de hecho, la mayoría de quienes participan en el movimiento antiguerra en centros industriales tan cruciales como Hamburgo adherían a sus teorías y actividades. No cabe duda de que las cartas que escribió a mujeres, especialmente desde la prisión, eran de una naturaleza tan profunda que revelaban toda su filosofía.

Consideremos su carta a Mathilde Wurm, que ya he citado en otras ocasiones:

"Os prometo que en cuanto salga de la cárcel llegaré con trompetas, látigos y lebreles para cazar y dispersar a vuestro coro de sapos -iba a decir como Pentesilea, pero, ¡por Dios!, no sois Aquiles- ¿Estáis hasta las narices de mi felicitación de Año Nuevo? Entonces procurad no dejar de ser seres humanos... Ser humanos significa poner la propia vida en la 'balanza del destino' si es necesario..." (*nt1*).

Esa es la cuestión, toda la cuestión.

Rosa Luxemburg no conocía los manuscritos de Marx de 1844. Pero no hay duda del hecho profundo, de que Rosa compartía ese nuevo continente de pensamiento propio de Marx que parte de la revolución. Una revo-

lución tan *total* y profunda que exige una reorganización total, empezando por las básicas relaciones entre hombres y mujeres. El énfasis de Marx en la necesidad de arrancar de raíz esa opresión sobre la mujer presente en todas las sociedades clasistas (y yo añadiría que también en las anteriores a ellas) da prueba de lo completa que era la idea de Marx de transformar la sociedad desde sus raíces. Tan completamente nueva era su filosofía de la revolución respecto a esa relación que Marx detectó la esclavitud de las mujeres incluso bajo el comunismo primitivo, al que admiró mucho al descubrirlo gracias a la obra de Henry Lewis Morgan sobre la vida comunal entre los iroqueses. Ciertamente estaba impresionado por la vida comunitaria y porque las mujeres tuvieran un papel muy superior al que tenían bajo el capitalismo. Sin embargo, para crear un nuevo tipo de relación entre hombre y mujer hacía falta mucho más que una "modernización".

Engels usó las extensas anotaciones de Marx para escribir, al año siguiente de la muerte de éste, su *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Pero Engels sólo glorificaba el comunismo primitivo, como si todo lo que necesitara fuera una especie de "actualización", allá donde Marx, el genio que descubrió un nuevo continente de pensamiento al desarrollar su filosofía de la revolución, percibió en la estructura familiar nada menos que elementos de "esclavitud" y de "servidumbre". (Este no es el lugar para desarrollar la diferencia entre Marx y Engels y por qué Marx es el genio que descubrió un continente completamente nuevo de pensamiento, mientras que Engels, pese a su talento y a ser el más cercano colaborador de Marx, no tuvo ese papel. Eso no excluye que a partir de la citada obra de Engels, dado que también se basa en las relaciones entre hombres y mujeres, las mujeres puedan alcanzar resultados verdaderamente nuevos si abordan su trabajo de manera multidimensional y dialéctica.)

Durante toda su vida Rosa, como revolu-

cionaria, como teórica, como mujer multidimensional, estuvo tan interesada en la espontaneidad de la revolución que, no sólo en contra de "los ilustrados" sino también contra los teóricos revolucionarios que pensaban que necesitaban "enseñar" la revolución a las masas, puso el foco en la gran verdad de que "la revolución no puede ser enseñada".

Ni la "magnificencia" de la revolución y de la espontaneidad la llevaron a descartar la necesidad de la teoría. Es cierto que puede haber minusvalorado la "filosofía" como algo "abstracto", pero nunca minimizó la teoría de la revolución.

Lo que nos concierne ahora es explorar qué impulsos podemos "captar" en el actual desarrollo del Movimiento de Liberación de la Mujer, impulsos de mujeres que pueden llegar a sentirse empoderadas y colaborar escribiendo o en diversas actividades, actuando al mismo tiempo en lo más inmediato (ya sea la Enmienda de Igualdad de Derechos, una huelga o cualquier otra cosa) y también profundizando en sus experiencias y en la teoría para encontrar un terreno común para el autodesarrollo universal e individual...

Seguramente hay un momento en la vida de cada cual en el que queremos lograr algo en el futuro. No dudo de que en la etapa histórica actual las mujeres quieren arrancar desde sus raíces esta sociedad sexista, racista y explotadora. Comencemos por ahí.

Vuestra, Raya

Notas de la traducción

nt1. Raya Dunayevska, ya en el libro *Rosa Luxemburg, Women's Liberation, and Marx's Philosophy of Revolution*, vuelve a citar esta carta y señala que la referencia de Luxemburg a la reina amazona Penthesilea no se basa en la versión de la leyenda griega en la que Aquiles mata a Penthesilea sino en la versión del dramaturgo alemán Heinrich von Kleist en la que Penthesilea mata a Aquiles.



Ana Muiña

Rosa Luxemburg, en la tormenta

Ana Muiña es editora del libro *Rosa Luxemburg, en la tormenta*, Colección Lo que no debe decirse, dedicada al pionero periodismo de combate. *La linterna sorda*, enero de 2019

Rosa Luxemburg ha sido una de las figuras más relevantes del siglo XX. Fue asesinada brutalmente, el 15 de enero de 1919, acrecentándose la aureola de "heroína de la revolución". Ahora, se cumplen los 100 años de la muerte de esta revolucionaria polaca que fue -según Erich Mühsam- "la llama de la revolución" alemana de 1918-1919. Sus enemigos lo sabían y la temían, las gentes de "orden" e incluso ciertos sectores proletarios (a los que ella quería liberar) deseaban su aniquilación para que la vida social y política germana retornara a la apacible "normalidad". Pero, en la República de Weimar, después de la represión gubernamental de signo socialdemócrata, nada volvió a ser como antes. Los focos revolucionarios del movimiento de los consejos obreros fueron ahogados durante varios años, al menos hasta 1924, con matanzas en las calles y ejecuciones sumarias en las casas de las y los militantes más significados. Al caminar por las aceras, se oían y se veían los cuerpos descompuestos de ahorcados colgando de los postes de la luz y de los árboles. Estas masacres fueron acometidas por los Freikorps, que, en palabras de Hannah Arendt (cuya madre era espartaquista y amiga íntima de Rosa Luxemburg), "era la formación paramilitar, ultranacionalista y 'oficialmente' ilegal, entre cuyas tropas de asalto el nazismo reclutaría poco después a sus matones más prometedores". Con estos métodos se fue restableciendo la autoridad. El 'orden' reina en Berlín, éste era el título premonitorio del último artículo que escribió Rosa un día antes de ser reventada a golpes, disparada y arrojada al canal Landwehr.

Rosa Luxemburg, el 'luxemburguismo' y sus escritos periodísticos

El 5 de marzo de 1871 viene al mundo Rosa (Róza o Rozalia) Luxemburg. (Fecha de nacimiento dudosa porque, al utilizar documentación falsa toda su vida, simulaba sus datos personales). Nace en Zamosc, una pequeña localidad de Polonia, entonces ocupada por el Imperio Ruso zarista. Su familia, de origen judío, era culta y cosmopolita. Su madre y su padre hablaban alemán y polaco, y Rosa también aprendió ruso y otros cuatro idiomas más, que los hablaba y escribía correctamente. También manejaba el castellano, se sabía muchas canciones populares españolas y, como otros muchos revolucionarios (Marx y Engels, incluidos), amaba nuestra literatura clásica.

Rosa, con 15 años de edad, se une a Proletariat (Partido Revolucionario del Proletariado), un partido clandestino fundado en 1882, que organizaba a miles de trabajadores en huelga, mucho antes de hacerlo el movimiento revolucionario en Rusia. Su trabajo militante entre el estudiantado de Varsovia pone en alerta a la policía y tiene que abandonar Polonia escondida entre la paja de un carro. Ayudada por un compañero de su círculo revolucionario, Marcin Kasprzak, huye a Zúrich (Suiza), una de las ciudades referentes para el exilio europeo. La Universidad de Zúrich, de carácter público, era una de las pocas que admitía a mujeres desde 1847 (en las clases de filosofía) y para obtener el doctorado desde 1866. Las revolucionarias europeas, sobre todo las rusas, formaron el primer grupo de mujeres que pudieron formarse en la Universidad.

Rosa estaba siguiendo los pasos de estas rebeldes emancipadas. Inicia estudios universitarios de filosofía, complementados con ciencias naturales, historia, matemáticas y economía, que culminarán con una tesis doctoral sobre 'El desarrollo económico de Polonia', publicada en Leipzig, 1898. Fue una de las primeras mujeres en doctorarse en economía, una ciencia netamente masculinizada.

En Zúrich, tomó parte activa en el movimiento obrero local y en la intensa vida intelectual de los grupos revolucionarios exiliados. Colabora activamente con la prensa obrera alemana y polaca en el exilio (firmando con seudónimo). A partir de 1891, Rosa ya era reconocida como una destacada teórica del Partido Socialista de Polonia (PPS) al que se unió en Zúrich.

Por esas fechas, se funda en París la II Internacional obrera. Su creación se produce tras la disolución de la I Internacional (AIT) por las discrepancias entre los sectores bakuninistas y marxistas. También nace el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), del que Karl Kautsky, Eduard Bernstein y August Bebel son sus más conocidos promotores, aunque sus militantes más desta-

cados provenían de otro partido fundado por Ferdinand Lassalle en 1863. Rosa Luxemburg estuvo involucrada desde sus inicios en estas dos grandes organizaciones. Su compromiso con la II Internacional, con su deriva reformista y burocratizada, se mantuvo hasta el final de su corta vida, aunque la criticó duramente a partir de 1915, reclamando la reconstrucción de la Internacional debido a "la decrepitud actual de la práctica socialista". No obstante, cuando en enero de 1919 Lenin propuso crear la III Internacional obrera, Rosa lo criticó porque, en su opinión, no era el momento de crear más divisiones. Por otra parte, respecto a la socialdemocracia Rosa siempre albergó la esperanza de que el SPD podría ser reformado. Con el cambio de las circunstancias se esperaba vanamente que las 'masas' obreras dejaran de seguir a sus miembros conservadores y apoyaran al ala izquierda del partido. Esto nunca ocurrió y abandonó el SPD en los albores de la Primera Guerra Mundial.

El 20 de febrero de 1914, Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht y el sector crítico del Partido Socialdemócrata difunden centenares de miles de folletos para movilizar a la población contra la guerra. Fue arrestada por incitar a los soldados a la rebelión y la desertión: "Si ellos esperan que asesine-mos a los franceses o a cualquier otro hermano extranjero, digámosles: No, bajo ninguna circunstancia".

El 4 de agosto de ese mismo año tiene lugar una primera reunión, en su casa, de los militantes opuestos a destinar créditos de guerra (bonos de emisión pública) pedidos por el Kaiser para financiarla. Al empezar la I Guerra Mundial, la fracción parlamentaria del SPD vota a favor de los créditos de guerra. Los responsables socialistas fueron devorados por la marea patriótica, que supuso el hundimiento del internacionalismo proletario socialista. Esa primera reunión con los militantes y periodistas Karl Liebknecht, Franz Mehring, Clara Zetkin, Mathilde Jacob y otros, da origen al Grupo Internacional (Internationale).

En todos los rincones, desde Sajonia, Wurtemberg, hasta el Rhur, las mujeres y la juventud se organizan clandestinamente contra la guerra. El 19 de septiembre se produce la primera declaración pública de Luxemburg, Zetkin, Liebknecht y Mehring, contra la vergonzosa actitud de la socialdemocracia apoyando la guerra. Rompen definitivamente con el SPD, acusándolo de "cadáver pestilente".

Rosa, que estuvo encarcelada en innumerables ocasiones, vuelve a pisar las sórdidas celdas, de 1915 a 1916. Por su antibelicismo pasa un año en la prisión de mujeres de Barnimstrasse, en Berlín. A su salida de la cárcel al inicio de 1916, el grupo Internationale pasa a llamarse Spartakusbund (Liga Espartaco) en homenaje a Spartacus, cabeza visible del mayor levantamiento de esclavos en la antigüedad romana con 60.000 rebeldes.

Rosa es apresada nuevamente. Tras un año de grandes huelgas obreras y de soldados y marinos, el 8 de noviembre de 1918 los comités de trabajadores y soldados controlaban la mayor parte del oeste de Alemania, dando lugar a la formación de la República de Consejos (Räterepublik), inspirada en los soviets rusos. En Múnich, un Consejo de Obreros y Soldados fuerza al último rey de Baviera, Luis III, a renunciar al trono. Se proclama la República Socialista Libre de Alemania que decreta una amnistía y Rosa sale de prisión.

La vida de Luxemburg, en el intervalo que va de noviembre de 1918 al 15 de enero de 1919, es arrastrada por los acontecimientos históricos.

Es un torbellino de acción encaminada a hacer posible "la revolución social del proletariado mundial". Ella (y otros muchos revolucionarios marxistas) creía, erróneamente, que el final del capitalismo estaba a la vuelta de la esquina. Así lo refleja en sus escritos, en particular en *¿Qué quiere la Liga Espartaco?* (1918): "¡Proletario, levántate! ¡A la lucha! Hay un mundo por ganar y un mundo por abatir. En esta última lucha de clases de la historia mundial en

torno a los objetivos más elevados de la humanidad [el socialismo]..."

Esta es, quizá, la faceta más conocida de Rosa Luxemburg, la de militante revolucionaria internacionalista. La Rosa roja, del *Epitafio* poético que le dedicó Bertolt Brecht.

Pero hay otras dimensiones de esta mujer menos conocidas aunque igual de relevantes. Rosa Luxemburg dedicó una parte considerable de su esfuerzo vital y su actividad política a redactar artículos periodísticos y folletos -sin olvidar sus obras teóricas en el campo de la economía política- porque otorgaba un significado crucial al trabajo teórico y a la polémica política en el proceso de la germinación revolucionaria. Aunque, como hemos visto, en su caso, pensamiento y acción iban de la mano porque, para ella, la acción generaba una conciencia transformada, nueva.

Empezó su labor periodística en 1893, en 'Sprawa Robotnicza' ('La Causa Obrera'), diario fundado por ella y Leo Jogiches. Se editó en Francia en lengua polaca, de 1893 a 1896, y fue muy popular entre el movimiento obrero de Varsovia. Siguió colaborando en el prestigioso 'Die Neue Zeit' (Nueva Era) editado en Stuttgart. Según afirma Ernest Mandel, este periódico fue muy importante para la revolucionaria polaca. Escribió centenares de ensayos en numerosas publicaciones de varios países y en varias lenguas. Fue responsable de varios diarios, cuando estaba prohibido que las mujeres editaran y dirigieran periódicos. Uno de ellos fue 'Sprawa Robotnicza'. Otra cabecera que estuvo a su cargo se llamaba 'Sächsische Arbeiter-Zeitung' (Boletín Sajón de los Trabajadores), editado en Dresde, de 1890 a 1908. Le siguió el 'Leipziger Volkszeitung' (Diario Popular de Leipzig), editado en Leipzig, de 1894 a 1933. Rosa entró en el comité editorial en 1902. Tenía una tirada de 53.000 ejemplares en esa época. El último periódico que cofundó lo hizo con Karl Liebknecht en Berlín, 'Die Rote Fahne' (La Bandera Roja), y estuvo funcionando desde el 9 de

noviembre de 1918 hasta 1933, cuando fue prohibido por los nazis.

El conjunto de la actividad de Rosa Luxemburg adquiere una clara unidad en sus análisis, por tener características propias, es lo que se ha denominado como 'luxemburguismo'. Debido a la envergadura de sus teorías, a través de sus escritos pueden encontrarse muchas de las ideas que, en las décadas de 1960 y 1970, inspiraron a los movimientos internacionales de rebeldía.

El 'luxemburguismo' influyó a la insurrección checoslovaca contra la URSS; al Mayo francés -donde las banderas negras y la nueva vigencia del pensamiento de Rosa Luxemburg y de Bakunin emergían del asfalto-; al movimiento estudiantil alemán de 1968-70 con Ulrike Meinhof y Rudi Dutschke; al Black Panther Party y The Weather Underground; a los movimientos de descolonización africanos, asiáticos y latinoamericanos; al indigenismo peruano de José Carlos Mariátegui; al empuje campesino de Ecuador, que organizado bajo el nombre de Grupo Rosa Luxemburgo, protagonizó la primera huelga general en Guayaquil, en 1922...

Albert Camus retoma la idea luxemburguista sobre la democracia, tan bien explicada por Juan Manuel Vera, estudioso luxemburguista. La Internacional Situacionista, Debord y Vaneigen, se reconocieron herederos de Luxemburg, Pannekoek, Bakunin y Gyorgy Lukács: este filósofo marxista húngaro siempre reconoció la influencia de las ideas de Luxemburg y de Roland-Holst en su obra. Lo mismo le sucedía a Herbert Marcuse, quien, después de abandonar el SPD alemán, se unió al espartaquismo y quedó marcado hondamente por el asesinato de Liebknecht y Luxemburg. Su marxismo, al igual que el de Max Horkheimer, tomaba como referente a la revolucionaria polaca. Angela Davis fue alumna de Adorno en Frankfurt y de Marcuse en Brandeis, y, quizá, por su influjo y por haber pertenecido a las Panteras Negras, también es una seguidora de Rosa; actualmente imparte ferencias y "conversa"

con ella sobre raza, género y reproducción del capital.

La querencia por Rosa es extensa: Victor Serge, Antonio Gramsci, Walter Benjamin, Cornelius Castoriadis y Claude Lefort, Foucault, Günther Anders, Paul Mattick, Noam Chomsky, Wilhelm Reich, Murray Bookchin, Janet Biehl, Frantz Fanon, Armand Gatti, Simone Weil, Peter Weiss, Mumia Abu-Jamal, Adrienne Rich...

Un siglo después de su muerte, hemos podido comprobar las dificultades considerables que hay a la hora de investigar tanto sus escritos (cerca de un 80% de su obra está todavía sin traducir) como sus datos biográficos y fotográficos, en su mayoría muy mal datados. Pero nos queda su ejemplo.

"Nosotros ya no podemos, como Rosa, tener confianza ciega en la espontaneidad de la clase obrera, y las instituciones se han derrumbado. Pero Rosa no extraía su alegría y su amor compasivo, hacia la vida y el mundo, de esperanzas engañosas; las extraía de la fuerza de su alma y de su espíritu. Por esta razón todavía ahora podemos seguir su ejemplo" (Simone Weil).

Rosa Luxemburg

El voto de la mujer (1902)

Este artículo, con el título “Una cuestión de táctica”, se publicó por primera vez el 4 de abril de 1902 en *Leipziger Volkszeitung*, diario socialdemócrata editado en Leipzig

Hace algunos años, cuando las alianzas con los partidos burgueses fueron objeto de un debate particularmente animado en nuestras filas, los partidarios de esas alianzas políticas tomaron como referencia y ejemplo al Partido Obrero belga. Pretendían que la alianza de éste con los liberales durante la larga lucha por el sufragio universal mostraba que las coaliciones entre la socialdemocracia y la democracia burguesa a veces podrían ser necesarias sin conllevar riesgos políticos.

De aquí en adelante podemos dar ya por fracasada esa demostración. Solamente aquellos que no eran conscientes de los constantes cambios de actitud de los liberales y de sus repetidas traiciones contra sus proletarios camaradas de lucha podrían no ser extremadamente pesimistas en cuanto al apoyo que la democracia burguesa brindaría a la clase obrera. Las resoluciones de la última conferencia del Partido Socialdemócrata belga [marzo de 1902] nos aportan hoy una contribución muy importante para abordar esta cuestión.

Sabemos que el proletariado belga se encuentra en un punto de inflexión en la lucha que ha librado durante quince años con extrema tenacidad por el sufragio universal. Se está preparando para un nuevo asalto contra la dominación clerical y contra el "voto plural" [esto es, votos adicionales otorgados a algunas personas privilegiadas académica o económicamente]. Bajo la presión de una clase obrera resuelta, una burguesía liberal bastante maltrecha ha reagrupado sus fuerzas y ha tendido su mano hacia la socialdemocracia para una campaña común.

Pero en esta ocasión se ha basado en un trueque: los liberales renuncian al "voto plural" y aceptan el sufragio universal bajo el criterio "un *hombre*, un voto". Por su parte, la socialdemocracia acepta el reconocimiento constitucional del escrutinio proporcional y renuncia a exigir el derecho de voto para todas las mujeres y a utilizar métodos revolucionarios en la lucha por el derecho al voto.

La Federación de Bruselas del Partido Obrero ya había aceptado las condiciones establecidas por los liberales en estos puntos esenciales, y la conferencia de Pascua de los socialdemócratas belgas aprobó y formalizó este acuerdo político.

Por lo tanto, está claro y es irrefutable que la alianza, o mejor dicho el compromiso, entre los socialdemócratas y los liberales ha conducido a la renuncia de una de las disposiciones fundamentales del programa de la socialdemocracia belga. Por supuesto, los camaradas belgas nos aseguran que sólo han dejado de lado la exigencia del voto femenino "por el momento" y que volverán a plantearla en cuanto se consiga el sufragio universal para los hombres. Pero para los socialdemócratas de todos los países es una novedad esto de considerar su programa como un menú cuyos platos deben disfrutarse consecutivamente. Aunque una situación política particular puede llevar temporalmente al partido obrero de cada país a movilizarse más por ciertos objetivos de su programa que por otros, la totalidad del programa sigue siendo la base permanente de nuestra lucha política.

Entre dejar temporalmente en segundo plano uno de los elementos del programa y renunciar expresamente a él, incluso temporalmente, como precio a pagar por la consecución de otro elemento del programa, existe la misma distancia que separa el combate basado en los principios de la socialdemocracia de las manipulaciones políticas de los partidos burgueses.

De lo que estamos hablando es del sacrificio del derecho de las mujeres a votar. Es cierto que la resolución del Congreso de Bruselas es lacónica: "La revisión constitucional se limitará al derecho al voto de los hombres". Sin embargo, se puede esperar que los clericales presenten un proyecto de ley sobre el voto de las mujeres durante la revisión, para sembrar la discordia entre liberales y socialdemócratas. La resolución de Bruselas recomienda que en este caso los representantes del Partido Obrero "frustren esta maniobra y mantengan la alianza entre los partidarios del sufragio universal". ¡Esto significa que tendrán que votar contra el derecho al voto de las mujeres!

No es bueno, ciertamente, tomar sólo en cuenta los grandes principios, y no nos planteamos exigir a un partido obrero que renuncie a un avances concretos inminentes en nombre de un esquema programático abstracto. Pero, como siempre, en este caso los principios se sacrifican ante ilusiones y no ante un progreso real y concreto. Como de costumbre, la afirmación de que la defensa de nuestros principios políticos nos priva de logros concretos sólo es una fantasía.

Se ha dicho que si los socialdemócratas belgas hubieran insistido en el derecho de las mujeres al voto, los liberales habrían roto con la socialdemocracia y toda la campaña habría quedado en peligro. Pero para juzgar la actitud del Partido Obrero hacia la coalición federal de los liberales y sus condiciones hay que tomar en cuenta también la forma en que aceptó con un encogimiento de hombros la tercera de estas condiciones, el abandono de los métodos revolucionarios.

Es evidente que la socialdemocracia belga nunca puede dejar que le aten las manos a la hora de elegir sus métodos de lucha. Sin embargo, ha dejado de lado su principal convicción: que la fuerza con la que cuenta en la batalla y la única sólida garantía para la victoria no reside en el apoyo que puedan brindar pusilánimes alcaldes y senadores liberales, sino en la capacidad de movilización de las masas proletarias, no en el parlamento, sino en la calle.

Sería bastante extraño que el Partido Obrero belga albergase la más mínima duda sobre esto, cuando todas sus victorias precedentes, como por ejemplo la supresión parcial del "voto plural", se han alcanzado gracias a una huelga de masas memorable y a la amenaza de manifestaciones en las calles. Como ya ha venido sucediendo, la entrada en acción del proletariado belga atronará sobre la burguesía "liberal", siendo previsible la velocidad con la que estos "aliados" de la socialdemocracia se precipitarán hacia sus ratoneras parlamentarias para traicionar sus compromisos y dejar la lucha por el sufragio universal en manos de los obreros. Esa bella perspectiva no es un misterio para el Partido Obrero belga.

Si éste, pese a todo, toma la decisión de guardar en un cajón la tercera condición del pacto con los liberales y se prepara para hacer frente a cualquier eventualidad, demostrará la importancia que atribuye al "apoyo de los liberales": el que corresponde a un ocasional y transitorio compañero de ruta con el que se acepta hacer juntos una parte común a los diversos caminos, pero, desde luego, sin separarse ni un paso del camino propio previsto.

Esto prueba lógicamente que los supuestos "avances concretos" a los que se ha sacrificado el derecho al voto de las mujeres no son más reales que "el hombre del saco". Y cada vez que se nos proponen imprudentes proyectos para compromisos que van en detrimento de nuestros principios fundamentales, lo que se observa, aquí y en el extranjero, es que lo que está en juego no son esos "avances concretos" sino el aban-

dono de las reivindicaciones de nuestro programa. Para nuestros "políticos realistas", éstas sólo son un amasijo formalista que puede darse como rehén al enemigo, pues las han citado y repetido ritualmente tantas veces que ya no creen que tengan alguna significación práctica

El universal derecho al voto de las mujeres no sólo ha sido reconocido ininterrumpidamente por la socialdemocracia belga, sino que los representantes obreros en el parlamento votaron unánimemente por él en 1895. Es cierto que hasta ahora esta reivindicación no ha sido satisfecha en Bélgica ni en los demás países europeos. Hoy, cuando por primera vez podría ser objeto de debate político, de repente parece que ya no hay unanimidad sobre esta vieja exigencia programática en las filas del Partido Obrero. Más aún, según la declaración realizada por Dewinne en el congreso de Bruselas, ¡"todo el partido ha adoptado una actitud negativa respecto al voto de las mujeres"! Este sorprendente espectáculo desenmascara la argumentación de los socialdemócratas belgas contra el derecho de las mujeres al voto. Es exactamente la misma utilizada por el zarismo ruso, la misma invocada por la doctrina alemana del derecho divino para justificar la injusticia política: "La población no está lo suficiente madura para ejercer el derecho al voto". ¡Como si hubiera otra escuela de madurez política que usar este derecho! ¡Como si la clase trabajadora masculina no hubiera tenido, y aún tiene, que aprender también a usar la papeleta electoral para defender sus intereses de clase!

Por el contrario, cualquier persona lúcida debe prever que, más pronto o más tarde, la inclusión de las mujeres proletarias en la vida política dará un fuerte impulso al movimiento obrero. Esta perspectiva abre un inmenso campo de acción al trabajo de agitación de la socialdemocracia. La emancipación política de las mujeres también traería viento fresco y estimulante a la vida política y social, un viento que disiparía esa rancia atmósfera de la vida familiar filisteo

que contamina incluso a los miembros de nuestro partido, ya sean obreros o dirigentes.

Es cierto que al principio las consecuencias políticas del derecho al voto de las mujeres podrían ser muy desagradables, tal vez reforzando en Bélgica la autoridad de los clericales. Toda la organización y la agitación del Partido Obrero debería ser completamente revisada. En pocas palabras, la igualdad política de las mujeres será una experiencia política valiente y de gran alcance.

Sin embargo, curiosamente, todos aquellos que rebosan de admiración y halagos hacia "experimentos" como el de Millerand [el primer socialista en ser ministro de un gobierno burgués] no tienen nada que decir a los camaradas belgas que han renegado del derecho al voto de las mujeres. Sí, incluso Anseele, ese dirigente belga que fue el primero en felicitar al "camarada" Millerand por su experiencia ministerial "valerosa", es hoy uno de los más resueltos opositores a que las mujeres tengan en Bélgica el derecho a votar. Una vez más se demuestra, entre otras cosas, cual es el tipo de "coraje" que los "políticos realistas" nos piden regularmente. Claramente, es sólo el coraje para embarcarse en experimentos oportunistas en detrimento de los principios socialdemócratas. Pero cuando se trata de la implementación valiente de nuestras reivindicaciones programáticas, estos mismos políticos no intentan impresionarnos con su coraje, sino que buscan todo tipo de pretextos para renunciar a tal o cual de nuestros elementos programáticos, "temporalmente" y "con dolor".



Se pensaba que para establecer el socialismo bastaba con derrocar al antiguo gobierno, poner un gobierno socialista en su lugar y publicar decretos. Una vez más, esto sólo era una ilusión. El socialismo no se hace y no se puede hacer por decretos, incluso aunque éstos emanen de un gobierno socialista, por perfecto que sea. El socialismo debe ser hecho por las masas, por cada proletario. La cadena debe ser rota allá donde ésta les ata al capitalismo. El socialismo es eso y nada más, esa es la única forma de hacer socialismo

Rosa Luxemburg, 1/1/1919. Fragmentos del discurso

"Nuestro programa y la situación política"

Congreso de fundación del Partido Comunista de Alemania

Rosa Luxemburg

La jornada de ocho horas (1902)

Publicado originalmente en el diario *Leipziger Volkszeitung*, 19 septiembre 1902, con el título "Der Achtstundentag auf dem Parteitag" ("La jornada de 8 horas en el Congreso del Partido")

Al informe sobre la actividad parlamentaria presentado en nuestro congreso siguió un extenso debate sobre la jornada de ocho horas. Terminó con la habitual remisión de preguntas a nuestra delegación parlamentaria, pero espero que nuestros representantes hayan tomado nota de que su actuación en lo que se refiere a la jornada de 8 horas ha causado cierta insatisfacción en gran parte del Partido (socialdemócrata alemán). Este debate, iniciado por el camarada Eichhorn y por muchos delegados de Berlín fue, por lo tanto, bastante útil. Pero tal vez no se trataron algunos aspectos importantes.

De hecho, reducir este debate a una simple polémica sobre la agenda del Reichstag, como hicieron algunos de nuestros representantes, minimizaría de manera grotesca la problemática de nuestras tácticas parlamentarias respecto a la jornada de 8 horas. Incluso admitiendo que para nuestros camaradas, comunes mortales, fuera difícil tener una comprensión correcta de esa misteriosa y complicada agenda del Reichstag [asamblea parlamentaria del imperio alemán], eso, no obstante, sólo podría influir en cuándo y en qué forma presentamos en el Reichstag la reivindicación de la jornada de 8 horas. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, el meollo del asunto es que nuestros representantes no están reivindicando la jornada de 8 horas, limitándose a pedir la jornada de 10 horas.

El informe del camarada Rosenov sobre la actividad parlamentaria, así como los comentarios del camarada Edmund Fischer, dejaron claro que nuestra delegación considera que distinguir entre pedir las 8 horas y pedir las 10 horas con el horizonte de una futura reducción a ocho horas es una mera formalidad y una pedantería estrecha de miras. Sin embargo, no se trata de una cuestión de forma, sino que afecta a lo esencial de nuestra táctica.

Está claro que no debemos reivindicar la jornada de 10 horas si queremos la de 8 horas. Lo correcto es precisamente hacer todo lo contrario: la única posibilidad de conseguir la jornada de 10 horas es presionar constantemente por la jornada de 8 horas. Toda nuestra experiencia nos lo indica. Sólo exigiendo a la sociedad burguesa todo aquello que es capaz de dar hemos obtenido una pequeña parte de ello. En nuestro partido, lo de esperar grandes efectos a través de reivindicaciones en sordina y más moderadas es un nuevo principio introducido a través de las denominadas "políticas prácticas".

Por lo tanto, consideramos que el argumento de Bebel, citado por Edmund Fischer, es completamente erróneo. Bebel sugiere que exijamos la jornada de 10 horas para obligar a los partidos burgueses a cumplir sus repetidas promesas de esta reforma. Por muy popular y atractivo que pueda parecer este giro táctico, no lleva a nada. Nadie puede creerse que los partidos burgueses no hayan podido demostrar su buena voluntad porque nuestras exigencias sean demasiado extremas; por el contrario, todo el mundo sabe muy bien que apoyaríamos una ley que estableciese la jornada de 10 horas si la mayoría burguesa del Reichstag la presentase.

Exigiendo una ley por las 8 horas de jornada es como podemos obligar a la burguesía a mostrar su buena voluntad con una reforma más modesta. En esto, como en otros casos, sólo nuestra presión, nuestro impulso a las reformas burguesas más avanzadas, puede sacar de la burguesía un cuarto de onza de "buena voluntad". Obviamente, contar con una supuesta buena voluntad renunciando a ejercer presión es muy mala lógica.

Es cierto que nuestra facción no ha renunciado formalmente a su reivindicación de la jornada de 8 horas, pero sólo la mantiene formalmente. El Partido Socialdemócrata ha sido el único partido que ha defendido sistemáticamente el proyecto de ley por la jornada de ocho horas sin ningún tipo de enmienda que lo limite. Si nuestro propio partido pospone ahora este proyecto de ley en favor de un proyecto de ley diferente, más fácilmente alcanzable, entonces admitimos su actual imposibilidad. En tal caso, es evidente que la sociedad burguesa ya no tomará en cuenta la reforma. Si relegamos al futuro la jornada de 8 horas por considerar más fácil conseguir la jornada de 10 horas, estaremos eliminando de nuestra práctica política la jornada de 8 horas. No debemos autoengañarnos.

Sin embargo, la jornada legal de ocho horas es una de las demandas de nuestro programa mínimo; es decir, es la reforma social mínima que, como representantes de los intereses de los trabajadores, debemos exigir y esperar del actual estado. La fragmentación de estas reivindicaciones en trocitos aún más pequeños va contra todas nuestras tácticas. Debemos mantener nuestras exigencias mínimas sin rebajarlas. Incluso aunque estemos dispuestos a aceptar cualquier logro parcial de ellas, son los propios partidos burgueses los que, al tratar de proteger sus intereses, deben ceder aunque sea sólo una parte de lo que reivindicamos.

Si, por en contrario, seguimos por el camino tomado por nuestra delegación en relación a la jornada de 8 horas, dejaremos de ser el partido que encarna el más avanzado

progreso social. De hecho, ¿cómo nos veríamos defendiendo el proyecto de las 10 horas, al compararnos con la petición de la jornada de 8 horas hecha por la Asociación de Mineros Cristianos de la Alta Silesia? Y, sobre todo, ¿en qué situación dejaríamos a nuestros sindicatos, que ya están luchando por la jornada de ocho o nueve horas, incluso consiguiéndolo en algunos lugares!

Pero dejemos de lado las consideraciones prácticas. La transformación de nuestras reivindicaciones mínimas en mera calderilla de demandas burguesas también es alarmante porque muestra una tendencia peligrosa. Los comentarios de nuestros delegados Rosenov, Edmund Fischer y otros demostraron sin lugar a dudas que, simplemente, han sido hipnotizados para creer que no hay posibilidad de que el Reichstag apruebe el proyecto de ley de 8 horas. Pero si empezamos por creer que nuestras reivindicaciones son excesivas y prácticamente imposibles, entonces estaremos haciendo la más lamentable concesión moral a la sociedad burguesa.

No tenemos muchas esperanzas en que las propuestas hechas a nuestros representantes influyan inmediatamente sobre su comportamiento en el Reichstag, lo que aporta más razones a la necesidad de atender a los excelentes argumentos con los que la camarada Zetkin explica que el corazón de nuestra lucha por la jornada de 8 horas no debe estar en el Reichstag, sino fuera de él, entre la población, en la agitación. Nuestras acciones parlamentarias en cuanto a la jornada de trabajo deben basarse en el impulso y el brío masivo de los trabajadores, que no saben de trucos diplomáticos y sostienen firmemente la jornada de 8 horas, una causa por la que la socialdemocracia internacional ha abogado durante décadas y por la que se han llevado a cabo, con grandes sacrificios, doce primeros de mayo.

Rosa Luxemburg

Dirigentes y dirigidos (1903)

Artículo publicado en la revista teórica socialdemócrata *Die Neue Zeit*, 22.1903-1904, con el título "Esperanzas decepcionadas" (*Geknickte Hoffnungen*)

Una vez más, la actitud de toda la prensa burguesa hacia lo que está sucediendo en nuestro partido demuestra la infalibilidad con la que en los partidos burgueses el instinto de clase se impone a todas sus superficiales diferencias. Una vez más están de acuerdo los nacional-liberales y el centro católico. Tanto Georg Oertel, que glorifica el látigo desde su revista *Deutsche Tageszeitung*, como las páginas del diario *Vossische Zeitung*, muestran su sensiblero júbilo por los infortunios de la socialdemocracia. Los unos muestran alegría al ver que los socialistas se desgarran entre sí; ¿acaso ellos no habían previsto siempre que la socialdemocracia, pese al fracaso de todos los ungüentos preparados contra ella por la farmacología burguesa, terminaría "devorándose a sí misma"? Los otros se muestran satisfechos de las desventuras experimentadas por algunos "académicos, miembros del Partido Socialista, prueba definitiva" (según ellos) del "abismo que separa al hombre cultivado de la ciega masa" y de la imposibilidad de cruzar ese abismo sin "romperse el cuello". Y hay otros que no pueden contener su alegría porque, por fin, los socialistas ya no podrán mirar con soberbia al mundo burgués, ya que la corrupción se habría asentado entre los socialistas al igual que entre ellos.

Con una sola voz, repiten el estribillo: se ha acabado el halo, el resplandor fascinante que rodeaba al Partido Socialista. Acabado para siempre.

Esta jubilosa comedia está bien interpretada. Hasta el punto de que un diario de nuestro partido se ha dejado arrastrar por ella y, con un patético suspiro, se ha dedicado a implorar la regeneración del partido, aunque sólo fuera para no ofrecer al adversario semejantes satisfacciones.

Sin embargo, basta con no ser totalmente sordo para distinguir entre las notas de ese concierto estridente y ostensiblemente jubiloso otras notas de amarga decepción, de rabia contenida. Precisamente, la simpatía que la prensa burguesa prodiga constantemente a los dos o tres "hombres cultos" maltratados por una horda bárbara y estas indignadas invectivas contra la "masa ciega" que se atrevió "a rebelarse contra los académicos" muestran claramente cuál es la herida en la que el partido ha hurgado sin miedo.

Indudablemente, los círculos burgueses de hoy pueden considerar como una exageración ridícula y bárbara el escándalo suscitado entre los socialistas por "bagatelas" que en cualquier partido burgués habrían saldado con un encogimiento de hombros y una miradita al cielo. No cabe duda de que en ese entorno social resulta grotesco que un partido compuesto por tres millones de personas adultas se altere tanto por algunas "faltas de sinceridad", cuando éstas, en proporción a las mentiras que un conservador suelta en sólo uno de sus discursos electorales, viene a ser como la luz de una linterna de minero comparada con el sol de mediodía.

El conflicto con el revisionismo ha provocado que muchas personas nos hagan preguntas humillantes. No podemos negarlo, tenemos que admitirlo con profunda contricción. Así es: no estamos en la misma cómoda situación que los nacional-liberales o el centro, que los conservadores agrarios prusianos o los popular-liberales; para todos ellos la corrupción política y el arte de engañar a las masas son los fundamentos mismos de su existencia política, océano en el que las pequeñas infamias individuales desaparecen como una gota de agua.

Por otra parte, en la enorme ira de la burguesía se expresa un marcado instinto de clase. La insurgencia proletaria contra casos aislados de corrupción entre los "académicos" irrita mucho a los burgueses porque perciben en ella el aspecto más pernicioso, para ellos, del movimiento obrero

moderno, es decir, el cambio radical que la socialdemocracia aporta desde hace medio siglo en cuanto a las relaciones entre "masa" y "dirigentes".

Las palabras de Goethe sobre una "mayoría odiosa", compuesta por unos pocos cabecillas vigorosos, bastantes pícaros que se adaptan a ellos, unos cuantos débiles fácilmente asimilables y la masa que "trota tras todos ellos sin saber lo que quiere", son las mismas con las que los plumíferos burgueses querrían poder caracterizar a las masas socialistas pero que, en realidad, sólo son el esquema clásico de las "mayorías" en los partidos burgueses.

En todas las anteriores luchas de clases, que fueron conducidas en interés de algunas minorías y en las que, como decía Marx, "todo su desarrollo tuvo lugar en oposición a la gran masa del pueblo", una de las condiciones esenciales de la acción fue la inconsciencia de las masas en cuanto a los verdaderos objetivos, al contenido material y a los límites del movimiento. Esta discordancia fue, además, la base histórica específica de un "papel dirigente" de la burguesía "ilustrada", al que correspondía el seguidismo de la gente común.

Pero, como Marx ya escribió en 1845, "al aumentar la profundidad de la acción histórica aumentará también el número de personas comprometidas en esta acción". La lucha de clases del proletariado es "la más profunda de todas las acciones históricas que han tenido lugar hasta ahora", abarca a todos los estratos inferiores del pueblo y, desde que existe una sociedad dividida en clases, es la primera acción que corresponde a los intereses propios de la multitud.

Esta es la razón por la cual la inteligencia propia de "la masa" en cuanto a sus tareas y medios es una condición histórica indispensable para la acción socialista, así como su inconsciencia fue antes una condición para las acciones de las clases dominantes. Por ello, en la socialdemocracia ha sido abolida la oposición entre "dirigentes" y esa supuesta mayoría que "trotaría tras ellos", esa relación ha sido invertida. El

único papel de los pretendidos "dirigentes" de la socialdemocracia es informar a la multitud sobre su misión histórica. En la democracia socialista la autoridad e influencia de los "dirigentes" sólo crece en proporción al trabajo educativo que llevan a cabo. En otras palabras, su prestigio y su influencia sólo aumentan en la medida en que destruyen la ceguera masiva que hasta ahora ha sido la base de cualquier función dirigente; sólo aumentan en la medida en que se despojan de su calidad de líderes y contribuyen a que las propias masas sean las que dirigen y a que ellas mismas se constituyan en los órganos ejecutivos de su acción consciente.

La "dictadura" de un Bebel, es decir, su inmenso prestigio e influencia, se basa únicamente en el inmenso esfuerzo que ha hecho para que la masa sea políticamente importante. Y Bebel recoge hoy los frutos de este largo esfuerzo y si las masas le apoyan con entusiasmo es precisamente porque expresa la voluntad y el pensamiento de esas masas.

Sin duda, la adquisición por las masas de un "liderazgo" con confianza en sí mismas, consciente y lúcido, la fusión entre ciencia y clase trabajadora en que soñaba Lassalle, sólo puede ser un proceso dialéctico, ya que el movimiento obrero absorbe continuamente a nuevos proletarios, así como a transfugas de otros estratos sociales. Sin embargo, la tendencia dominante en el movimiento socialista es y seguirá siendo la abolición de los "dirigentes" y de las masas "dirigidas" en el sentido burgués, esto es, la abolición del fundamento histórico de toda dominación de clase.

Sin embargo, sería un insulto a las almas de los viejos paladines burgueses de la libertad intentar asimilarlos a los "líderes" de los actuales partidos burgueses.

El desarrollo de la socialdemocracia también ha tenido profundas repercusiones en las relaciones entre masas y dirigentes más allá de la lucha de clases proletaria, incluso en los propios círculos burgueses. El movimiento de clase de la burguesía ascendente

se basó no sólo en la inconsciencia de las masas populares en cuanto a los objetivos de la acción emprendida, sino también, en gran medida, en la confusión de los propios jefes. Ahora, cuando los verdaderos intereses de las masas han quedado al descubierto, la burguesía sólo puede retener los votos del pueblo si oculta deliberadamente sus propias aspiraciones de clase y manipula los intereses de las personas que se oponen a ella. Los tribunos de las revoluciones burguesas de antes eran líderes populares en virtud de una auto-ilusión histórica. Los actuales Karl Bachem (líder del católico Partido del Centro), Ernst Bassermann (líder de los nacional-liberales) o Eugene Richter (líder del Partido Popular Liberal), cuyos plumíferos mercenarios no dejan de tronar contra la "dictadura" de Bebel, sólo son representantes del pueblo por medio de una estafa política.

Una prueba entridente del cambio producido en sólo medio siglo, tanto en el panorama histórico como en el talante de estos caballeros, reside en el hecho de que, entre todos estos partidos fundados en la mistificación metódica de las masas, los liberales superan a los demás por la vehemencia de sus diatribas contra la "masa ciega" del partido socialista y contra la rebelión de las "manos callosas" contra el "Espíritu Santo de la Educación Superior".

Anteriormente, el hegeliano Bruno Bauer, tras haber roto con el movimiento radical en 1840, sostenía, contra los "portavoces liberales de la masa popular" que el "verdadero enemigo del espíritu" sólo residía en "la masa". Los "voceros del liberalismo" de la época no veían al "verdadero enemigo del espíritu" en "la masa" que tomaba en serio su fraseología liberal, sino en el reaccionario Estado prusiano. Hoy, tras largo tiempo aliados a la reacción prusiana contra el pueblo, los "portavoces del liberalismo" ven al "verdadero enemigo del espíritu" en esa masa que se ha alejado de ellos con desprecio y que lleva por su cuenta la lucha contra la reacción prusiana y contra el liberalismo burgués.

¡Las uvas están verdes! Desde que la burguesía fue abandonada por sus votantes de las clases populares, que pasaban a colocarse -cada día en mayor número- bajo la bandera del socialismo, esa burguesía sólo alimentaba la esperanza de que, con la mediación del revisionismo, la clase obrera socialista vuelva a los caminos trillados de la política burguesa, para así romper la espinosa dorsal de la lucha de clases y tomarse una débil revancha por las derrotas sufridas por la burguesía en el escenario histórico.

Mientras la burguesía mantuvo esa esperanza, pensó también que la masa socialista era susceptible de adquirir cierta "cultura" y cierta "educación", transformándose gradualmente en una fuerza "civilizada". Pero resulta ahora que esa masa, a ojos de esa burguesía, ha demostrado ser salvaje y brutal hasta el punto de hacer una tortilla con los huevos puestos con tanta precaución por el cuco burgués en el nido socialista. ¡Sin duda!, dicen, ese desafortunado "rebaño ciego" se ha dejado manipular por sus líderes y dictadores para cometer ese acto indigno de seres civilizados.

Algo de comedia hay sin duda en esta imagen, pero admitimos con gusto que el dolor experimentado por los "cazadores cazados" tiene esta vez razones particularmente serias. Aunque los congresos precedentes sólo condenaron algunas pocas manifestaciones aisladas del revisionismo práctico y teórico, desde el Congreso de Dresde de 1903 hasta ahora el partido no sólo ha repetido y reforzado las críticas anteriores, sino que ha puesto en el banquillo a otro de los aspectos del revisionismo, examinando su moralidad política y los vínculos personales con ciertos círculos burgueses que derivaron de esta moralidad.

Podría ser que el artículo sobre la "moralidad partidaria", publicado por Georg Bernhard en la revista *Die Zukunft* editada por Maximilian Harden, sea resultado de circunstancias fortuitas y que no caracterice la conducta real de todos los camaradas revisionistas. Pero quien haya reflexionado

sobre los acontecimientos de los últimos días no puede evitar encontrar en este artículo la expresión adecuada de la moralidad del revisionismo, ya que corresponde a sus ideas con una lógica irresistible. En ese artículo se considera que la multitud es como un niño educado a quien no se le puede contar todo y al que hay que ocultar la verdad en su propio interés, mientras que los "jefes", estadistas consumados, amasan esa suave arcilla para erigir el templo del futuro de acuerdo con sus propios grandes proyectos. Esta es la ética de los partidos burgueses, así como del socialismo reformista, por diferentes que puedan ser sus intenciones.

La aplicación práctica de esta forma de considerar las relaciones entre masas y "líderes" nos la han ofrecido el "jauresismo" en Francia y las fantasías de la facción Turati en Italia (*nt1*).

Las "federaciones" autónomas y heterogéneas del partido jauresista o la moción de Turati en el congreso de Imola, proponiendo abolir el comité central del partido, no significan otra cosa que la disolución de una base del partido fuertemente organizada, para que, perdiendo su potencia directiva autónoma, se transforme en instrumento dócil de los parlamentarios y se degrade al estado de "masa ciega" que "trota tras el líder", sin saber lo que quiere, o que, en caso de saberlo, no disponga de fuerza para hacerlo triunfar, como ocurrió en el congreso de Burdeos [abril 1903].

Los diputados jauresistas tienden incluso a emanciparse del control y la influencia de las organizaciones del partido, a las que deben sus escaños en el parlamento, apelando a un supuesto electorado amorfo y desorganizado. Estas condiciones de organización de las relaciones entre base y líderes son las que defiende el artículo publicado en *Zukunft*, como necesidad psicológica y norma para cualquier movimiento popular.

El proyecto de indiferenciación en la base entre la élite de proletarios conscientes del objetivo y la base popular desorganizada va

de la mano, en la cúpula, de la supresión de los tabiques que deben separar a los "dirigentes" del partido y al entorno burgués, fomentando así el acercamiento entre parlamentarios socialistas y burgueses letrados en el ámbito de las "humanidades".

Bajo los auspicios de lo que ellos denominan "cultura" o "humanidades", estos diputados socialdemócratas se reunían en agradables veladas invernales con periodistas burgueses para distraerse un poco de los "problemas profesionales" y de la "vulgaridad del juego político". Si en Atenas se reunían en torno a Pericles todos aquellos que eran considerados eminentes en política, artes, filosofía o literatura para alzarse, en perfecta libertad de espíritu, hasta las cimas supremas del pensamiento y de los sentimientos refinados, en una taberna de Berlín los hombres de Estado de la socialdemocracia se mezclan con damas elegantes y novelistas espirituales en torno a ese moderno Pericles que es Maximilian Harden. Durante unas horas exquisitas, olvidan la bárbara contienda de la lucha de clases y el fuerte aroma de la plebe, cruzándose palabras sutiles sobre los hechos del día y las obras de arte. Las cabezas no estaban coronadas con coronas de rosas y los vinos de Samos y Mitilene habían sido reemplazados por la vulgar cerveza de Munich, pero el verdadero espíritu de la antigua amistad y de la cultura más refinada también flotaba allí, como un ligero halo de luz alrededor de ese cenáculo elegido, en el que, con una tolerancia que sólo las mentes superiores saben gustar y practicar, se confiaban mutuamente opiniones muy independientes y, a veces, también informaciones detectivescas sobre camaradas inoportunos. "Todo sucedía como es costumbre entre las personas ilustradas", ha declarado el camarada Wolfgang Heine.

Y entonces aparece el áspero puño proletario, carente de comprensión hacia la cultura refinada y la era periclesiana, para romper brutalmente todos esos "tiernos vínculos de sublime humanidad".

Los portadores de las pequeñas antenas que

la sociedad burguesa había incrustado en el mismo corazón de nuestro partido se han visto obligados a retirarse a toda prisa, quejumbrosamente ofendidos y horrorizados. El eminente economista Ignaz Jastrow hace de ello una enfermedad, desde el diario *Vossische Zeitung* aullan, los liberales al servicio del publicista Rudolf Mosse profieren oleadas de injurias; esas son sus diversas maneras de confesar la pérdida de preciadas esperanzas. La niebla revisionista se ha disipado y ante los ojos de la burguesía, llena de rencor y odio, se eleva, tan inexpugnable y tan sólida como antes, la roca abrupta de los bastiones proletarios. El abismo se ha abierto de nuevo entre ellos y el mundo burgués, y en lugar de la penetración pacífica esperada por los conductores de una pérvida política éstos se encuentran ante la necesidad de pensar en un asalto azaroso y peligroso.

Ha quedado clara la conexión entre los "acontecimientos morales" de los últimos días y los métodos del reformismo. El alegre ir y venir a través del foso que separa el campo del proletariado del de sus enemigos, el amable comercio establecido por la "crítica libre", los "libres desahogos" y la "libre colaboración" de los revisionistas en la prensa burguesa prepararon el terreno del que ha surgido, junto a otros curiosos sarpullidos, la conspiración contra Franz Mehring. Se había establecido un flujo intelectual entre la socialdemocracia y el mundo burgués, y los jugos venenosos de la descomposición burguesa podían penetrar libremente en la circulación del cuerpo del partido proletario.

De aquí aquellas lágrimas. De aquí provienen las contorsiones de la prensa burguesa, que predice que de ahora en adelante la socialdemocracia verá cortada la afluencia de simpatías "académicas" e "ilustradas". Un periódico liberal espera que el camarada y ex-pastor protestante Paul Göhre entienda ahora, una vez forzado a dimitir como diputado, "el error que cometió" al adherirse a la socialdemocracia.

Obviamente, la generosa mentalidad de los

liberales entiende que uno puede "confundirse" al adherirse al socialismo, como uno se equivoca en la Bolsa de Valores al especular con café en vez de hacerlo con algodón. Estas personas ni siquiera sospechan que al actuar así confiesen su costumbre de equipar política y prostitución.

Pero si los "académicos" que vinieron a la socialdemocracia con esa mentalidad decidieran dejar nuestras filas, podríamos ver con toda tranquilidad cómo se unen a las sirenas liberales. Que se unan los que se asemejan. Sólo temeríamos que al querer aprovechar los saldos de liquidación de la "casa rival", el pobre partido liberal no logre hacer buenos negocios, ya que sería sorprendente que los "académicos" dotados del espíritu práctico que nuestro liberal les supone fueran a sumarse a un partido en bancarrota.

Al parecer, a los Junkers [antigua nobleza terrateniente prusiana] les preocupa que ya no podamos cumplir nuestra misión intelectual, una vez que las "manos callosas" se han "alzado contra los académicos", pero podemos asegurar a estos terratenientes amantes de la cultura que, pronto, la acción del socialismo para salvar a la civilización de las garras feudales prusianas se desplegará con mayor vigor precisamente por haber liquidado al revisionismo. Porque la conexión íntima del movimiento socialista con el impulso intelectual no se realiza gracias a desertores que nos llegan de la burguesía, sino gracias a la promoción de la propia masa proletaria. Esta conexión no se basa en ninguna afinidad de nuestro movimiento con la sociedad burguesa, sino en su oposición a esta sociedad. Su razón de ser y su objetivo final es el socialismo, la restauración de todos los valores de la civilización para la totalidad de la raza humana. Y cuanto más aumenta el carácter proletario de la socialdemocracia, más probable es que la civilización alemana se salve de la presión agobiante de sus fanáticos feudales y que la propia Alemania escape de la inmovilización, al estilo chino, en que quieren mantenerla los conservadores.

Por el momento lo más urgente es la depuración del partido. Es necesario poner fin a los fenómenos de descomposición que se han manifestado durante el último lustro. Porque, "con la profundidad" de esta "acción histórica" - y en cierto sentido, esta es una acción histórica - veremos crecer el "volumen de la masa" que nos seguirá con confianza porque sólo en nuestro bando se lucha por los intereses reales de la clase trabajadora bajo una bandera sin tacha.

Notas de traducción

nt1. Jaurès y Turati defendieron un socialismo humanista, reformista y gradualista, sin embargo a la vista de su vida ejemplar no es posible confundirlos con quienes sin convicciones se acomodan al calor de los privilegios del sistema capitalista. Jaurès fue asesinado tres días después del comienzo de la I Guerra Mundial por su firme oposición a ésta, como lo sería Rosa Luxemburg en 1919; por el contrario, su rival en el socialismo francés desde una "ortodoxia revolucionaria", Jules Guesde, fue ferviente partidario de la "unión nacional" probélica y participó del gobierno formado para dirigirla. Turati, socialista italiano reformista muerto en el exilio en 1932, mantuvo una continuada actividad antifascista, a la vez que mantuvo una tenaz oposición al régimen establecido en la URSS.

Rosa Luxemburg

La huelga de masas no es un producto artificial, sino histórico (1906)

Fragmento del libro *Huelga de masas, partido y sindicato* (*Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*, Ed. Erdmann Dubber, Hamburgo, 1906)

La experiencia rusa nos lleva a revisar nuestras ideas sobre la huelga de masas, comenzando por las que se refieren a la concepción general del problema.

Actualmente, tanto los más fervientes partidarios de promover la huelga de masas en Alemania (Bernstein, Eisner y otros) como los sindicalistas que se oponen a ello con más tesón (Bomelburg) comparten una misma concepción, de raíz anarquista (*ntl*).

Los polos aparentemente opuestos no se excluyen mutuamente, sino que se condicionan y complementan, en este caso en torno a un pensamiento que especula directamente sobre el "gran cataclismo" y sobre la revolución social como una mera característica externa y no esencial. Este pensamiento considera como esencial una visión abstracta y ahistórica de la huelga de masas y, en general, de todas las condiciones de la lucha proletaria.

Para este pensamiento sólo hay dos supuestos materiales de sus especulaciones "revolucionarias": en primer lugar, la imaginación, y en segundo lugar la buena voluntad y el valor para rescatar a la humanidad del valle de lágrimas capitalista.

Este fantástico modo de razonar tuvo como resultado que desde hace unos sesenta años algunos conciben la huelga de masas como el camino más corto, seguro y fácil para alcanzar un mejor futuro social. También, más recientemente, ha llevado a la idea sostenida por sindicalistas franceses e italianos de que la lucha sindical era la única verdadera "acción directa de masas" y la única lucha revolucionaria real.

El problema es que los métodos de lucha fantaseados como castillos en el aire dan lugar a planes sin fundamento, puramente utópicos, así como que, aunque no se haya contado con la funesta realidad, ésta aparece inesperadamente y lo que antes sólo eran, principalmente, especulaciones revolucionarias, pueden terminar favoreciendo en la práctica a la reacción.

Estos métodos abstractos y ahistóricos los comparten hoy tanto aquellos que marcan en el calendario una fecha para la huelga de masas, al modo de cita en la agenda de un consejo de administración, como aquellos que quieren eliminar el problema de la huelga de masas de la faz de la tierra prohibiendo su "propaganda", como pretendían los participantes en el congreso sindical de Colonia en 1905.

Ambas tendencias comparten el supuesto de origen anarquista según el cual la huelga de masas es un medio de lucha puramente técnico, que puede "decidirse" por un simple acto de conciencia o que puede ser "prohibido", como una navaja con el rótulo "usar en caso de emergencia" para sacar o guardar su hoja cuando queramos.

Los adversarios de la huelga de masas se atribuyen el mérito de tomar en cuenta la situación histórica y las condiciones materiales actuales en Alemania, frente a los "revolucionarios románticos" que están en las nubes y que no toman en cuenta las duras realidades ni diferencian lo posible de lo imposible. Gritan "¡Hechos y cifras, cifras y hechos!", como el señor Gadgring en la novela *Tiempos difíciles* de Dickens.

Cuando los sindicalistas que se oponen a la huelga de masas hablan de "base histórica" y de "condiciones materiales" se están refiriendo a la debilidad del proletariado y a la fuerza del militarismo prusiano-germano. Estos dirigentes sindicales basan su política práctica respecto a la huelga de masas en la inadecuada organización de los trabajadores y en la imponente bayoneta prusiana; esos son los hechos y cifras de los que hablan.

Ahora bien, aunque es cierto que la "hucha" de los sindicatos y la bayoneta prusiana son fenómenos materiales e históricos, la concepción que se basa en ellos no es materialismo histórico en el sentido marxista sino materialismo policial a lo Puttkammer [ex ministro del Interior].

Los representantes del Estado policial capitalista evalúan las situaciones tomando muy en cuenta, a veces de manera casi

exclusiva, tanto el poder real que en ocasiones pueda tener el proletariado organizado como el poderío material de las bayonetas. Tras comparar ambos poderes, siempre sacan como conclusión que el movimiento obrero revolucionario es provocado por demagogos y agitadores aislados y que, por tanto, las prisiones y las bayonetas son medios adecuados para derrotar a ese desagradable "fenómeno pasajero".

Los obreros alemanes con conciencia de clase han entendido por fin lo grotesco de la teoría policial para la cual todo el moderno movimiento obrero es un producto artificial y arbitrario de un puñado de "demagogos y agitadores" sin escrúpulos.

Sin embargo, esa es precisamente la misma idea que se manifiesta cuando dos o tres nobles camaradas forman una brigada de vigilantes con el propósito de poner en guardia a la clase trabajadora alemana contra la peligrosa agitación de unos pocos "románticos revolucionarios" y su "propaganda de la huelga de masas"; o, en el otro bando, cuando asistimos a una campaña indignada y llorona lanzada por aquellos que, decepcionados por la demora del estallido de la huelga de masas en Alemania, culpan de ello a no se sabe qué acuerdos "secretos" entre la dirección del partido y la Comisión general de los sindicatos.

Si la huelga de masas dependiera de la incendiaria "propaganda" de románticos revolucionarios o de las decisiones secretas o públicas de la dirección del partido, en Rusia no se hubiera dado aún ninguna verdadera huelga de masas. Como ya señale en marzo de 1905 en *Sachische Arbeiterzeitung* [Gaceta obrera de Sajonia], no hay país en el mundo donde se haya "difundido" o "discutido" sobre la huelga de masas menos que en Rusia. Los ejemplos aislados de decisiones o acuerdos del comité ejecutivo del partido ruso en los que realmente pretendía proclamar por su propia cuenta la huelga de masas, como el intento hecho en agosto de este año tras la disolución de la duma, fracasaron casi totalmente.

Por lo tanto, si algo nos enseña la Re-

volución Rusa, es, sobre todo, que la huelga de masas no se "fabrica" artificialmente, no se "decide" al azar, no se hace "propaganda" de ella, sino que es un fenómeno histórico que, en un momento dado, emana de manera históricamente ineludible de determinadas condiciones sociales.

La cuestión de la huelga de masas no puede ser comprendida o discutida a través de especulaciones abstractas sobre si es posible o no lo es, ni a partir de apreciaciones subjetivas sobre su utilidad o sus peligros; esta cuestión sólo puede ser comprendida por medio del estudio de los factores y de la situación social que la provocan o que la pueden hacer inevitable en la fase actual de la lucha de clases.

En el ámbito del análisis lógico abstracto ajeno a la realidad, puede proclamarse con igual fuerza que la huelga de masas es absolutamente imposible y será derrotada o que es posible y que su triunfo es incuestionable. En ambos casos el valor de las pruebas aducidas es el mismo: ninguno, nulo. El temor a la "propagación" de la huelga de masas, que ha llegado a producir anatemas formales contra las personas culpables de tal crimen, sólo es la consecuencia de una ridícula confusión. Es tan imposible "propagar" la huelga de masas como medio abstracto de lucha como lo es propagar la "revolución". La "revolución" y la "huelga de masas" son modos de aparición de la lucha de clases que sólo tienen sentido y significado en su relación con ciertas situaciones políticas.

Empeñarse en llevar a cabo una sistemática agitación a favor de la huelga de masas como forma de acción proletaria yendo de puerta en puerta para difundir esa "idea" y ganar para ella, poco a poco, a la clase obrera, sería una ocupación tan vacía, vana e insípida como emprender una campaña de agitación a favor de la idea de revolución o de la lucha en las barricadas.

Si la huelga de masas se ha convertido ahora en centro de interés de la clase obrera alemana y mundial es porque es una forma nueva de lucha y porque, en cuanto

tal, es síntoma indiscutible de una completa revolución interna en las relaciones entre las clases y en las condiciones de la lucha de clases. El que el proletariado alemán, pese a la resistencia obstinada de sus dirigentes sindicales, manifieste tanto interés por esta nueva faceta de la lucha de clases da testimonio de su seguro instinto revolucionario y de su viva inteligencia.

Sin embargo, el que exista entre los trabajadores ese interés, junto a un excelente afán intelectual y un deseo de actos revolucionarios, no justifica someterles a una gimnasia mental abstracta sobre la posibilidad o imposibilidad de la huelga de masas. Lo que necesitan comprender es el desarrollo de la revolución rusa, su importancia internacional, la exasperación de los conflictos de clase en Europa Occidental, las nuevas perspectivas políticas de la lucha de clases en Alemania, el rol y las tareas de las masas en las luchas futuras. Sólo de esta manera el debate sobre la huelga de masas ampliará el horizonte intelectual del proletariado, avivará su pensamiento, impulsará su energía.

Desde esta perspectiva se evidencia lo ridículo del proceso criminal que los adversarios del "romanticismo revolucionario" han intentando hacer contra éste bajo la acusación de no respetar estrictamente el texto de la resolución tomada en el congreso socialdemócrata de Jena de 1905.

Estos políticos "prácticos" se remiten a la resolución cuando les conviene, aprovechando que relaciona la huelga de masas con la defensa del sufragio universal, de lo que deducen que la huelga de masas debe ser puramente defensiva y subordinarse al parlamentarismo, como un simple anexo de él. Sin embargo el verdadero fondo de la resolución de Jena está en un análisis de la coyuntura alemana según el cual un ataque de la reacción y del poder contra el sufragio universal en las elecciones del Reichstag podría ser el factor desencadenante de un periodo de luchas políticas tempestuosas y también podría desencadenar la primera huelga de masas en Alemania.

Pero intentar utilizar una resolución de un congreso del partido para mutilar y limitar artificialmente el alcance histórico de la huelga de masas como fenómeno y problema de la lucha de clases da prueba de una estrechez tan obtusa como la resolución del Congreso sindical de Colonia que prohibió discutir en torno a la huelga de masas.

Lo que realmente ha hecho la socialdemocracia alemana en la resolución de Jena ha sido tomar acta oficialmente de la profunda transformación llevada a cabo por la revolución rusa en las condiciones internacionales de la lucha de clases. Con ella, se manifestaba su capacidad de evolución revolucionaria, de adaptación a las nuevas exigencias de la fase de las luchas de clases que se está iniciando. En eso reside la importancia de la resolución de Jena. En cuanto a la aplicación práctica de la huelga de masas en Alemania, la historia decidirá, como lo ha hecho en Rusia. Para la historia, la socialdemocracia y sus resoluciones son un factor importante, ciertamente, pero sólo un factor entre otros muchos.

Notas de traducción

nt1. A la luz de lo que hoy conocemos sobre los debates y aportaciones de los movimientos anarquistas y del sindicalismo revolucionario, incluyendo la experiencia histórica principal de carácter libertario (la CNT española en los tiempos en que agrupaba a una gran parte de la clase trabajadora) convendría matizar que, siendo cierto que el anarcosindicalismo y el sindicalismo revolucionario dieron un papel estratégico fundamental a la perspectiva de huelga general, y en algunos sectores se convirtió en una especie de fetiche, no puede afirmarse como característica general del pensamiento anarquista el ser fantástico en el ámbito de la "huelga general", y menos aún es propio del anarquismo haber preconizado la prohibición de las huelgas. Por otra parte, ese concepto no tenía para el sindicalismo revolucionario el significado trivial que tiene hoy (día o días en el que hay una convocatoria de huelga generaliza-

da por tal o cual reivindicación, bajo control de las cúpulas sindicales) sino que se consideraba como una herramienta estratégica a través de la cual la clase trabajadora se haría con el control social. De hecho, en el II Congreso de Solidaridad Obrera y fundacional de la CNT se mantuvo mucha cautela al respecto, pues por entenderse que la huelga general de la que se hablaba debía tener ese contenido revolucionario no era algo que pudiera convocarse a tontas y a locas. El Congreso de Amiens de 1906 de la CGT francesa preconizaba la huelga general como medio para la expropiación del capitalismo. El anarquismo es un movimiento muy plural y la visión fantasiosa de la huelga de masas no es patrimonio exclusivo de sectores del anarquismo. Aunque más bien como farsa respecto a las grandes polémicas en el seno del movimiento obrero anarquista o socialista y respecto a la misma idea de huelga general, cada primero de mayo escuchamos, año tras año, durante décadas, a grupos ajenos al anarquismo gritar "hace falta ya una huelga general" sin tomar en cuenta las condiciones reales del momento.



Rosa Luxemburg

Y ahora, ¡condenadme! (1914)

El 20 de febrero de 1914 Rosa Luxemburg fue juzgada por el Tribunal de Frankfurt acusada de haber incitado la desobediencia de los soldados e incitarles a matar a los oficiales. Fue condenada a un año de prisión, que cumplió entre el 18 de febrero de 1915 y el 18 de febrero de 1916 en la prisión de mujeres de Barnimstrasse, Berlín. Este es su alegato durante el juicio, un auténtico discurso político.

Tanto en el discurso acusatorio pronunciado hoy por el fiscal como en el acta de inculpación lo que juega el papel principal no son las declaraciones que se me atribuyen sino la manera en que se interpretan y el sentido que se les atribuye. En varias ocasiones y de manera muy insistente el fiscal ha resaltado cuáles serían, según él, mis verdaderas intenciones al hacer esas declaraciones. Pues bien, nadie mejor que yo para informar sobre el aspecto psicológico de mi discurso y sobre mi propia conciencia.

De antemano les digo que estoy muy dispuesta a dar al fiscal y al jurado toda la información que deseen. Pero volviendo a lo principal, declaro que todo lo que el fiscal, basándose en las declaraciones de sus testigos, ha presentado como mis ideas, intenciones y sentimientos sólo es una caricatura bastante decepcionante de mis discursos y de las ideas de la socialdemocracia.

Hace un rato, escuchando al fiscal, no pude evitar reírme internamente y pensar que estaba de nuevo ante un clásico ejemplo de hasta qué punto la cultura puramente formal es insuficiente para comprender las ideas socialdemócratas en toda su complejidad, su finura científica y su profundidad histórica, cuando los intereses de la clase a la que se pertenece se oponen a esas ideas. Cualquier obrero, el más simple e inculto entre los miles que asistieron a los encuentros a los que se refiere el fiscal, habría dado una idea diferente de mis declaraciones. Sí, los hombres y mujeres más simples del pueblo trabajador son capaces de asimilar nuestras ideas, esas que en el cerebro de un fiscal prusiano adquieren un aspecto completamente caricaturesco, como reflejo en un espejo deformante. Lo demostraré con algunos ejemplos.

El fiscal ha repetido en varias ocasiones que, antes de hacer la declaración por la que se me inculpa y que según él fue el punto culminante de mi intervención, me entregué a "excitaciones inauditas". A esto respondo que los socialdemócratas no nos permitimos ningún tipo de excitación.

¿Qué significa eso de "entregarse a excitaciones? ¿Acaso se me ha ocurrido decir a quienes me escuchaban que si iban a guerrear al extranjero, a China por ejemplo, atacasen de tal manera que ningún chino se pudiera atrever mil años después a mirar mal a un alemán? [palabras dirigidas por Guillermo II el 27 de julio de 1900 a las tropas enviadas a China contra la Rebelión de los Boxers].

Si hubiera dicho eso, ciertamente habría sido una excitación por mi parte. ¿Pero cuándo he tratado de inculcar prejuicios nacionales para infundir el chovinismo, el desprecio y el odio a otras razas y pueblos? Eso, ciertamente, habría sido una excitación por mi parte.

Pero no es así como hablé ni como habla un socialdemócrata consciente. Lo que hice en esos encuentros de Frankfurt, y lo que los socialdemócratas hacemos siempre al hablar y al escribir, fue sólo desarrollar la educación de las masas, para que entiendan sus intereses de clase y sus tareas históricas, para mostrarles las principales líneas de desarrollo, las tendencias de las transformaciones económicas, políticas y sociales, que actúan en la sociedad actual y que conducen necesariamente a que el orden social existente deba ser derrocado y remplazado por una superior sociedad socialista.

Así es como llevamos a cabo nuestra agitación, que, gracias al efecto ennoblecedor de las perspectivas históricas en que nos situamos, eleva gradualmente la altura moral de las masas. Nuestra agitación contra la guerra y el militarismo la llevamos a cabo desde esos mismos grandes puntos de vista, porque para los socialdemócratas todo está subordinado a una concepción del mundo armónica, sistemática, respaldada por una base científica sólida. Y si el fiscal, con sus miserables testigos de cargo, considera todo esto como una mera excitación, el carácter simplista de esa concepción se debe únicamente a su incapacidad total para asimilar ideas socialdemócratas.

Posteriormente, el fiscal ha aludido, en

diferentes ocasiones, a mis incitaciones a "asesinar a los mandos superiores". Las alusiones enmascaradas, pero que todos hemos entendido, a mis llamamientos al asesinato de oficiales deberían revelar muy en particular la perversidad de mi alma y la naturaleza extremadamente peligrosa de mis intenciones. Vale, crean ustedes por un momento en que las palabras que se me atribuyen son exactas. Sin embargo, al pensarlo, ustedes tendrán que concluir que, en su encomiable esfuerzo para pintarme con los colores más oscuros, el fiscal se ha extraviado completamente, pues tendrán que preguntarse ¿cuándo y contra qué "superiores" he llamado a asesinar? La propia acusación afirma que yo abogaba por la introducción del sistema de milicias en Alemania y que dije que lo esencial en este sistema era la obligación de que, como hacen en Suiza, cada hombre tuviera su rifle en su propia casa. Y es a eso, precisamente a eso, a lo que se supone que he vinculado la indicación de que el rifle podría apuntar en una dirección bastante diferente a la que desean los dirigentes. Entonces está claro: el fiscal me acusa de haber incitado al asesinato, pero no contra los mandos del actual sistema militar alemán, sino ... ¡contra los de los futuros ejércitos de las milicias alemanas!

Se nos reprocha violentamente nuestra propaganda a favor del sistema de milicias, y la fiscalía incluso me acusa de tal delito, pero, al mismo tiempo, el fiscal se siente obligado a proteger la vida, amenazada por mí, de los oficiales de este sistema de milicias contra el que él combate. Un paso más y el fiscal, en el fragor de la lucha, me acusará de haber incitado ataques contra el presidente de la futura república alemana. Pero, ¿qué dije realmente sobre lo de "matar a los superiores"? Algo muy diferente. Mostré en mi discurso que quienes defienden el militarismo actual se basan en la supuesta necesidad de la defensa nacional. Si esa preocupación por la defensa nacional, dije, fuera realmente sincera, las clases dominantes no deberían tener nada más

apremiante que realizar la vieja demanda del programa socialdemócrata para la introducción del sistema de milicias. Porque sólo ese sistema puede garantizar realmente la defensa del país, ya que sólo las personas libres, que marchan por iniciativa propia a la batalla contra el enemigo, pueden ser un baluarte seguro y suficiente para la libertad y la independencia de la patria. Solo entonces se podrá decir: ¡Querido país, puedes descansar tranquilo!

¿Por qué, pregunté yo, nuestros patriotas oficiales no quieren oír hablar de este sistema verdaderamente efectivo? Por la simple razón de que, de hecho, ellos no se proponen defender la patria, sino librar guerras de conquista imperialista, en las cuales, efectivamente, las milicias no sirven para nada. Y, además, si las clases dominantes temen dejar las armas en manos de los trabajadores es porque temen que las apunten en una dirección diferente a la que desean. Así, lo que yo presenté como muestra del miedo que padecen las clases dominantes, el fiscal lo interpreta, basándose en sus testigos, como incitación al asesinato. Tienen ante ustedes una nueva prueba de la confusión que crea en el cerebro del fiscal su incapacidad absoluta para comprender las ideas de la socialdemocracia.

Igualmente falsa es la afirmación de que yo habría recomendado seguir el ejemplo del ejército colonial holandés, en el que cada soldado tiene derecho a matar al superior que lo maltrate. De hecho, en lo que se refiere al militarismo y al maltrato sufrido por los soldados, lo que hice fue hablar de nuestro inolvidable dirigente, August Bebel, y recordar que uno de los capítulos principales de su actividad fue su lucha en el Reichstag contra las humillaciones infligidas a los soldados, citando a modo de ejemplo y siguiendo las actas estenográficas de las sesiones del Reichstag -lo que no está prohibido por ley- varios de los discursos de Bebel, entre otros sus declaraciones de 1893 sobre la norma antes citada del ejército colonial holandés. Verán ustedes que en esto también el fiscal se ha equivo-

cado, movido por su exceso de celo. No es contra mí, sino contra otro, que tendría que haber hecho su acusación.

Pero ya llego al punto principal de la acusación. El fiscal me acusa de haber aconsejado a los soldados que se nieguen a obedecer las órdenes de disparar contra el enemigo en caso de guerra. Basa esa acusación en una deducción que le parece con fuerza lógica demostrativa absolutamente convincente e irrefutable. Ha razonado de la siguiente manera: como yo estaba agitando contra el militarismo, ya que quería evitar la guerra, obviamente no dispondría de medios más efectivos que decirles a los soldados que, si se les ordena disparar, ¡no lo hagan! ¡Qué conclusión tan convincente, qué lógica irrefutable! Y, sin embargo, me permito decir que esa lógica y esa conclusión surgen de la concepción del fiscal, no de la mía, no de la de la socialdemocracia. Préstense especial atención ahora. La conclusión de que la única forma efectiva de prevenir la guerra es dirigirse directamente a los soldados y pedirles que no disparen sólo es otra faceta de la concepción según la cual todo irá de maravilla en el Estado mientras el soldado obedezca las órdenes de sus superiores; es decir, la concepción de que la base del poder del Estado y del militarismo es la obediencia pasiva del soldado.

Esta concepción del fiscal también armoniza, en particular, con la declaración oficial del jefe supremo del ejército, con motivo de la recepción al rey de Grecia, en Potsdam, el 6 de noviembre del año pasado, según la cual el éxito de los ejércitos griegos prueba "que los principios defendidos por nuestro Estado Mayor y nuestras tropas, aplicados de manera justa, siempre garantizan la victoria". El Estado Mayor con sus "principios" y el soldado con su obediencia pasiva serían las bases para la conducción de la guerra y la garantía de victoria. Pues bien, los socialdemócratas pensamos lo contrario.

Creemos que no es el ejército ni las "órdenes" de arriba y la "obediencia ciega" de

abajo lo que decide el resultado de las guerras, sino que lo hace el pueblo trabajador. Creemos que las guerras sólo pueden librarse porque la mayoría de los trabajadores participan en ella con entusiasmo, si la consideran justa y necesaria, o al menos la soportan con paciencia. Por el contrario, si la gran mayoría del pueblo trabajador llega a convicción -y despertarla es la tarea de la socialdemocracia- de que las guerras son fenómenos bárbaros, profundamente inmorales, reaccionarios y contrarios a los intereses del pueblo, entonces serán imposibles aunque el soldado siga obedeciendo las órdenes de sus superiores. Según la concepción del fiscal, el ejército hace la guerra, según la nuestra la hace todo el pueblo. Es el pueblo quien decide si las guerras tienen lugar o no. Son los trabajadores, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, quienes deciden la existencia del militarismo actual, y no la pequeña parte de este pueblo que porta el uniforme del rey.

Dispongo de una prueba clásica de que esta es en verdad mi concepción y la de mi partido. Da la casualidad de que puedo responder a la pregunta formulada por el fiscal de Frankfurt en la que quiere que le diga a quien aludí cuando dije "no haremos eso". El 17 de abril de 1910 hablé aquí, en Frankfurt, en el Circo Schumann, ante unas 6000 personas, sobre la competición electoral en Prusia -en ese momento, como saben, nuestra lucha había llegado a su clímax- y encuentro en el resumen de este discurso, página 10, el siguiente pasaje:

"En la lucha electoral actual, como en todas las cuestiones políticas importantes para el progreso en Alemania, sólo debemos confiar en nosotros mismos. ¿Quiénes somos *nosotros*? Somos los millones de proletarios de Prusia y Alemania. Sí, somos más que un número, somos millones de personas que con nuestro trabajo permitimos que la sociedad viva. Y bastará con que este simple hecho arraigue en la conciencia de las amplias masas del proletariado alemán para que llegue el momento en que demostraremos en Prusia a la reacción dominante

que el mundo puede vivir sin los junkers de Pomerania, sin condes católicos, sin asesores secretos e incluso sin fiscales, pero no podría vivir 24 horas si los trabajadores se cruzaran de brazos".

Como pueden ver, ahí explico claramente cual es el eje de la vida política y de la suerte de la nación: la conciencia, la voluntad claramente formulada, la resolución de la gran masa de trabajadores. De la misma manera consideramos la cuestión del militarismo. Si la clase trabajadora toma la decisión de no tolerar las guerras, las guerras se volverán imposibles.

En ninguna decisión de nuestros congresos encontrarán llamamientos a que los soldados no disparen. ¿Por qué? ¿Porque tememos las consecuencias de tal agitación y del código penal? No, sería muy triste que por miedo a las consecuencias callásemos lo que es útil y necesario decir. Si no lo hacemos es porque nos decimos a nosotros mismos que quienes visten "el uniforme del rey" son sólo una parte del pueblo trabajador, y si éste llega a la comprensión necesaria sobre el carácter dañino y criminal de las guerras entonces los soldados también comprenderán por sí mismos lo que tendrán que hacer llegado el caso sin ningún llamamiento especial nuestro.

Verán ustedes que nuestra agitación contra el militarismo no es tan pobre y simplista como la imagina el fiscal. Tenemos muchos medios de acción y muy variados: la educación de la juventud, a la que nos dedicamos con celo y éxito constante, a pesar de las dificultades que enfrentamos; propaganda a favor del sistema de las milicias; reuniones masivas; manifestaciones callejeras...

Miremos hacia Italia. ¿Cómo respondieron los trabajadores conscientes a la aventura bélica en Tripolitania? Mediante una huelga de masas que tuvo un alcance notable. ¿Y cómo reaccionó la socialdemocracia alemana? El 12 de noviembre, la clase obrera de Berlín adoptó en 12 encuentros diferentes una resolución felicitando a los camaradas italianos por su huelga de masas.

Sí, ¡la huelga de masas!, ha exclamado el fiscal. Piensa que ahí me ha atrapado en mi idea más peligrosa y más subversiva. El fiscal ha basado particularmente su acusación en mi agitación por la huelga de masas, a la que él vincula con perspectivas tan espantosas de revolución violenta que sólo caben en la imaginación de un fiscal prusiano. Señor fiscal, si pudiera atribuirle la más mínima capacidad para comprender las ideas de la socialdemocracia, esa noble concepción histórica, le explicaría lo que explico a mis oyentes en cada reunión popular, a saber, que las huelgas de masas, en tanto que representan un cierto periodo del desarrollo de las condiciones actuales, no se "hacen", como tampoco se "hacen" las revoluciones. Las huelgas de masas son una etapa en la lucha de clases a la que, con la fuerza de una necesidad natural, conduce nuestro desarrollo actual. Todo el papel de la socialdemocracia ante ellas es llevar a la conciencia de la clase trabajadora la comprensión de esta tendencia del desarrollo, para que los trabajadores estén a la altura de sus tareas, como una masa popular educada, disciplinada, madura, decidida y vigorosa.

Como pueden ver, cuando el fiscal introduce el fantasma de la huelga de masas en la acusación, tal y como él la entiende, lo que pretende es golpearme por sus propias ideas, no por las mías.

Terminaré aquí, tras un último comentario.

El fiscal, en su acusación, ha prestado gran atención a mi modesta persona. Me presenta como un gran peligro para la seguridad del orden público, ni siquiera ha temido rebajarse al nivel de esos folletines que me llaman "la Rosa roja". Ha llegado a atacar mi honor personal al insinuar que huiría si el tribunal acepta la sentencia propuesta por él. Señor fiscal, desdén responder a sus ataques. Sólo quiero decirle una cosa: no conoce usted a la socialdemocracia.

Durante el año 1913, muchos de sus colegas trabajaron esforzadamente para conseguir que se condenase a los editores de nuestra prensa a un total de 60 meses de prisión. ¿Han oído que alguno de ellos haya huido por miedo al castigo? ¿Creen que estas condenas han hecho que un solo socialdemócrata vacile o haya cejado en el desempeño de su deber? No, nuestra obra se burla de todas las sutilezas de sus párrafos, ¡crece y prospera a pesar de todos los fiscales!

Una palabra más para terminar con este inculcable ataque. El fiscal dijo textualmente que pedía mi arresto inmediato, porque "sería incomprensible que la acusada no huya". Eso significa, en otras palabras, que si el fiscal tuviera que ir a prisión por un año, se escaparía. Le creo, usted huiría. Pero un socialdemócrata no lo hace, acepta la responsabilidad de sus actos y se ríe de vuestros castigos.

Y ahora, ¡condenadme!





Rosa Luxemburg

La revolución rusa y la democracia (1918)

Este texto reproduce la parte final del ensayo *La revolución rusa*, escrito por Rosa Luxemburgo en la cárcel de Breslau en el verano de 1918. No llegó a terminarlo. El manuscrito se lo entregó a Paul Levi que lo publicó en Alemania en 1922

Tomemos algunos ejemplos para analizar más profundamente la cuestión de la supresión de la democracia.

La disolución de la Asamblea Constituyente

En la política de los bolcheviques ocupa un lugar destacado la conocida disolución de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917 (*nt1*). Esta medida fue decisiva respecto a las posiciones que tomaron posteriormente. En cierta medida, representa un punto de inflexión de su táctica.

Es un hecho que, hasta su victoria de octubre, Lenin y su camaradas exigían con mucha firmeza la convocatoria de la Asamblea Constituyente. La política dilatoria del gobierno de Kerenski (*nt2*) constituía uno de los blancos favoritos en la crítica de los bolcheviques y fue la base de algunos de sus ataques más virulentos. Trotski, en su interesante folleto *De la Revolución de Octubre al Tratado Brest-Litovsk*, dice que el giro de Octubre representó la salvación de la Asamblea Constituyente tanto como la de la revolución en su conjunto. Continúa afirmando:

"Fuimos sinceros cuando dijimos que no era posible llegar a la Asamblea Constituyente a través del Pre-Parlamento de Tsereteli (nt3), sino solamente a través de la toma del poder por los soviets"

Y después, pese a esas afirmaciones, el primer paso de Lenin después de la Revolución de Octubre fue... la disolución de esa misma Asamblea Constituyente a la cual, supuestamente, se había abierto el camino. ¿Cuáles fueron las razones de un giro tan desconcertante? Trotski discute el asunto en el folleto mencionado. Exponemos aquí sus argumentos.

"Los meses anteriores a la Revolución de Octubre se caracterizaron por una continua orientación de las masas hacia la izquierda, los obreros, soldados y campesinos se volcaron espontáneamente hacia los bolcheviques. En el Partido Social Revolucionario ese mismo proceso se expresó en el fortalecimiento de su ala izquierda. Sin embargo, tres cuartas partes del total de los puestos en las listas de candidatos socialrevolucionarios pertenecían a los viejos nombres de los dirigentes de su ala derecha (...)"

Además, las elecciones se celebraron en las primeras semanas posteriores a la Revolución de Octubre. Las noticias de los cambios se extendían muy lentamente, en círculos concéntricos que iban de la capital hacia las provincias y de las ciudades hacia las aldeas. En muchos distritos las masas campesinas tenían una idea muy vaga de lo que sucedía en Petrogrado y en Moscú. Votaban por Tierra y libertad y elegían como representantes a los comités locales que permanecían bajo la bandera de los naródniki (nt4). Pero también votaban por Kerenski y Avkxéntiev (nt5), los gobernantes que habían disuelto los comités locales y hacían arrestar a sus componentes (...) Este estado de cosas da una idea de hasta qué punto la Asamblea Constituyente había quedado atrás en el desarrollo de la lucha política y de los agrupamientos de los partidos".

Toda esa descripción está muy bien, y resulta bastante convincente. Pero una no puede por menos que preguntarse cómo es que personas tan inteligentes como Lenin y Trotski no llegaron a la conclusión que derivaría inmediatamente de esos hechos. Dado que la Asamblea Constituyente reflejaba una elección muy anterior al viraje decisivo que representa la insurrección de Octubre, y dado que, asimismo, su composición reflejaba un pasado ya desvanecido y no la nueva situación, se desprende automáticamente que tendría que haberse anulado la Asamblea Constituyente ya obsoleta, y convocar de forma inmediata nuevas elecciones a una nueva Asamblea Constituyente. No querían, ni debían, confiar el destino de la revolución a una Asamblea que reflejaba la Rusia kerenskista de ayer, del periodo de las vacilaciones y las alianzas con la burguesía. Por lo tanto, lo único que quedaba por hacer era convocar una Asamblea que surgiera de la nueva Rusia y seguir con ella adelante.

En lugar de esta conclusión, Trotski extrae de las características específicas de la inadecuación de la Asamblea Constituyente que se formó en octubre una conclusión

general: la inutilidad, durante la revolución, de cualquier representación surgida de elecciones populares basadas en el sufragio universal.

"Gracias a la lucha directa y abierta por el poder -escribe- las masas trabajadoras acumulan en un brevísimo periodo de tiempo una gran experiencia política, y en su desarrollo político ascienden con rapidez de un escalón a otro. Cuanto más extenso es un país, y más rudimentario su aparato técnico, menores son las posibilidades del engorroso mecanismo de las instituciones democráticas de seguir el ritmo de ese desarrollo".

Aquí encontramos un cuestionamiento del "mecanismo de las instituciones democráticas" como tales.

Ante ello, debemos manifestar inmediatamente que en esa consideración de las instituciones representativas subyace una concepción algo rígida y esquemática que es contradicha expresamente por la experiencia histórica de toda época revolucionaria. Según la teoría de Trotski, toda asamblea electa no hace sino reflejar, de una vez, y para siempre, sólo la mentalidad, la madurez política y el estado de ánimo del electorado justo en el momento en que éste concurre a las urnas. De acuerdo con esto, un cuerpo democrático es el reflejo constante de las masas al final del periodo electoral, del mismo modo que los espacios celestiales de Herschel siempre muestran los cuerpos celestes no como son en el momento en que los contemplamos, sino como eran en el momento en que enviaron hacia la tierra sus mensajes luminosos desde las inconmensurables distancias siderales. Se niega así toda relación espiritual viva, toda interacción permanente, entre el electorado y sus representantes una vez que han sido electos.

Sin embargo, eso contradice toda la experiencia histórica. La experiencia demuestra justamente lo contrario, es decir, que el fluido vivo del ánimo popular circula y se vuelca continuamente en los organismos representativos, los penetra y los guía. De

otra manera, ¿cómo sería posible el espectáculo que, a veces, presenciamos en todo parlamento burgués de las divertidas cabriolas de "los representantes del pueblo" que se sienten, súbitamente, inspirados por un nuevo "espíritu" y pronuncian discursos totalmente inesperados?, ¿o encontrarse, en determinadas oportunidades, con que las momias más resacas se comportan como jovencitos, o con los pequeños *Scheidenmann* (nt6) más diversos que, de repente, empiezan a usar un tono revolucionario... todo esto, claro está, siempre que hay alboroto en las calle, en las fábricas, en los talleres.

¿Habría que renunciar, en medio de la revolución, a la influencia siempre viva del ánimo y del nivel político de las masas sobre los organismos electos, en favor de un rígido esquema de emblemas y consignas de partido? ¡Todo lo contrario! Precisamente es la revolución la que crea, con su calor ardiente, esa atmósfera política delicada, vibrante, sensible, en el que las olas del sentimiento popular, el pulso del pueblo, actúa de la forma más maravillosa, al momento, sobre los órganos representativos. De este hecho dependen, con toda seguridad, los conocidos cambios de escena que invariablemente se presentan en las primeras etapas de toda revolución, cuando los viejos reaccionarios, o los extremadamente moderados, que surgieron de una elección parlamentaria con sufragio limitado realizada bajo el antiguo régimen, súbitamente se transforman en ardientes y heroicos portavoces del levantamiento. El ejemplo clásico es el del famoso "Parlamento Largo" de Inglaterra que fue electo y se reunió en 1642, permaneciendo en su puesto siete años completos. En ese periodo reflejó en su vida interna todos los desplazamientos y alteraciones del sentimiento popular, de la madurez política, de las diferenciaciones de clase, del progreso de la revolución hasta su culminación, desde las devotas escaramuzas iniciales cuando el *Speaker* del Parlamento permanecía arrodillado (nt7), hasta la abolición de la Cámara

de los Lores, la ejecución de Carlos I en 1649 y la proclamación de la República.

¿Acaso no se repitió la misma maravillosa transformación en los Estados Generales franceses, en el Parlamento censitario de Luis Felipe, e incluso durante la Cuarta Duma rusa (y este último ejemplo, el más sorprendente, le fue muy cercano a Trotski) que, electa en el año de gracia de 1909 (nt8), bajo el más rígido dominio de la contrarrevolución, sufrió súbitamente una regeneración ante el aliento ardiente de la revuelta que se preparaba y se convirtió en un punto de partida para la revolución?

Todo esto sirve para demostrar que "el engorroso mecanismo de las instituciones democráticas" cuenta con un poderoso correctivo, el movimiento vivo de las masas con su incansable presión. Y cuanto más democráticas son las instituciones, cuanto más fuerte y vivo es el pulso de la vida política de las masas, tanto más directa y completa es su influencia, a pesar de los anquilosados consignas partidarias, de las superadas y caducas listas electorales, etc. Es evidente que toda institución democrática tiene sus límites y deficiencias, como sucede con todas las instituciones humanas. Pero el remedio que encontraron Lenin y Trotski, la eliminación de la democracia como tal, es peor que la enfermedad que se supone que va a curar, pues seca la única fuente viva de la cual puede surgir la corrección de todos los males innatos a las instituciones sociales. Esa fuente es la vida política activa, sin trabas, enérgica, de las más amplias masas populares.

El derecho al sufragio

Tomemos otro ejemplo llamativo: el derecho electoral tal como es entendido por el gobierno soviético (nt9). No queda nada claro cuál es la significación práctica que se atribuye al derecho al sufragio. Por la crítica que Lenin y Trotski hacen a las instituciones democráticas parecería que rechazan por principio la representación popular basada en el sufragio universal y que quieren apoyarse únicamente en los

soviets. ¿Por qué, entonces, mantienen un sistema de sufragio universal? Realmente no queda claro. No sabemos si este derecho al sufragio ha llegado a ponerse en práctica en algún lugar; no hemos oído hablar de ninguna elección para ningún tipo de organismo popular representativo realizada con este sistema. Lo más probable es que se trate, por así decirlo, de un producto teórico, sobre el papel; pero, tal como lo han presentado, constituye un producto notable de la teoría bolchevique de la dictadura.

Todo derecho al sufragio, como cualquier derecho político en general, no debe medirse aplicando alguna suerte de patrón abstracto de "justicia" o de cualquier otro término democrático-burgués, sino por las relaciones sociales y económicas a las que se debe aplicar. El derecho al sufragio elaborado por el gobierno soviético está diseñado para el periodo de transición de la sociedad burguesa capitalista a la socialista, o sea, para el periodo de la dictadura del proletariado. Pero, conforme a la interpretación de esta dictadura por Lenin y Trotski, se garantiza el derecho al voto solamente a aquellos que viven de su propio trabajo y se les niega a todos los demás. Ahora bien; es obvio que un derecho al voto de ese tipo tiene sentido solamente en una sociedad que está en condiciones económicas de garantizar a todos los que quieren trabajar, cualquiera que sea la tarea que realizan, una vida decente y digna de la civilización. ¿Es ese el caso de Rusia en la actualidad? Rusia se enfrenta con tremendas dificultades, aislada, como está, del mercado mundial y de sus fuentes de materias primas más importantes. La economía y las relaciones productivas han sufrido una sacudida terrible como resultado de la transformación de las relaciones de propiedad en la tierra, la industria y el comercio. En tales circunstancias, es evidente que un gran número de personas se encuentran súbitamente desarraigadas, a la deriva, sin ninguna posibilidad objetiva de encontrar un empleo para su fuerza de trabajo en el mecanismo económico. Esto no sucede

solamente a los capitalistas y los terratenientes sino, también, a amplios sectores de la clase media e incluso en la misma clase obrera. Es un hecho conocido que la reducción de la actividad industrial provocó un regreso masivo del proletariado urbano al campo, en busca de un lugar de trabajo en la economía rural. En tales circunstancias, otorgar el derecho político al sufragio en función de la obligación de trabajar constituye una disposición bastante incomprensible. De acuerdo a la tendencia general, se supone que solamente los explotadores se verían privados de los derechos políticos. Ahora bien, a la vez que la fuerza de trabajo se ve desarraigada a escala masiva, el gobierno soviético se ve obligado a menudo a poner la industria nacionalizada en manos de sus anteriores propietarios, en arrendamiento, por así decirlo. Del mismo modo, el gobierno soviético se vio forzado a concluir compromisos con las cooperativas de consumo burguesas. Más aún, se demostró inevitable la utilización de los especialistas burgueses. Otra consecuencia de esta situación es que el Estado mantiene con recursos públicos a sectores cada vez más amplios del proletariado, como los guardias rojos, etcétera. De hecho, amplias y crecientes capas de la pequeña burguesía y del proletariado, a las que el mecanismo económico no les proporciona los medios para cumplir con la obligación de trabajar, se ven privadas de sus derechos políticos. No tiene sentido considerar el derecho al sufragio como un producto utópico de la fantasía, desligado de la realidad social. Y por esta razón no es un instrumento clave de la dictadura proletaria. [*En el margen izquierdo del manuscrito de Rosa Luxemburgo, sin ninguna referencia, figura un comentario que se reproduce a continuación: "Es un anacronismo, una anticipación de la situación jurídica adecuada a una economía socialista ya realizada, no al periodo de transición representado por la dictadura proletaria"*].

La clase media y la *intelligentsia* burguesa y pequeño-burguesa boicotearon durante

meses al gobierno soviético después de la Revolución de Octubre haciendo sabotaje en los ferrocarriles, las líneas postales y telegráficas, el sistema escolar y el aparato administrativo, oponiéndose de esta manera al gobierno obrero. Naturalmente estaba justificado que se ejercieran sobre estos sectores todas las medidas de presión posibles. Estas incluían la privación de los derechos políticos, de los medios económicos de subsistencia, etc., a fin de quebrar su resistencia con puño de hierro. Fue precisamente de esta manera que se expresó la dictadura socialista, que no puede abstenerse de usar la fuerza para garantizar o evitar determinadas medidas que afectan a los intereses del conjunto. Pero cuando se trata de una ley electoral que resulta en la privación del derecho del voto para amplios sectores de la sociedad, a los que políticamente se coloca fuera de los marcos sociales y, al mismo tiempo, no se está en condiciones de ubicar aunque sea económicamente dentro de esos marcos; cuando la privación de los derechos no es una medida concreta para lograr un objetivo concreto sino una ley general de largo alcance y efecto duradero, entonces no se trata de una necesidad de la dictadura sino de una improvisación artificial a la que no se le puede insuflar vida. *[En el margen izquierdo del manuscrito de Rosa Luxemburgo, sin ninguna referencia, hay el siguiente comentario: "Esto se aplica tanto a los soviets como a la Asamblea Constituyente y a la ley del sufragio general"]*. *[En una hoja suelta, sin numerar, aparece la siguiente nota: "Los bolcheviques tildaban de reaccionarios a los soviets porque su mayoría estaba constituida por campesinos (delegados campesinos y delegados soldados). Una vez controlados por los bolcheviques, los soviets se convirtieron en los correctos representantes de la opinión popular. Este cambio repentino está relacionado con la paz y con la cuestión agraria"]*.

Pero el tema no se agota con la Asamblea Constituyente y la ley del sufragio. No hemos considerado hasta ahora la destruc-

ción de las garantías democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras: libertad de prensa, derechos de asociación y reunión, que les son negados a los adversarios del gobierno soviético. Ante estos ataques a los derechos democráticos los argumentos de Trotski ya citados sobre el carácter engorroso de los organismos democráticos electos distan mucho de ser satisfactorios. Por el contrario, es un hecho bien conocido e indiscutible que sin una prensa libre y sin trabas, sin el derecho ilimitado de asociación y reunión, es imposible pensar en un gobierno de las amplias masas del pueblo.

La cuestión de la dictadura

Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento para la opresión de la clase obrera, y el Estado socialista un instrumento para oprimir a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista invertido y puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista olvida el aspecto esencial: el dominio de la clase burguesa no necesita de la instrucción y la educación política de las masas populares, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria, en cambio, ése es el elemento vital, el aire sin el cual no puede subsistir.

"Gracias a la lucha abierta y directa por el poder -escribe Trotski- las masas trabajadoras acumulan en un tiempo muy breve una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un pel-daño tras otro."

Aquí Trotski se refuta a sí mismo y a sus amigos de partido. ¡Justamente porque es así, al suprimir la vida pública bloquearon la fuente de la experiencia política y de ese desarrollo! De otro modo tendríamos que convencernos de que la experiencia y el desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques y después, alcanzada la cima, se volvieron ya superfluos. (El discurso de Lenin: ¡Rusia ya está ganada para el socialismo!).

En realidad, ¡es todo lo contrario! Las tareas gigantescas que los bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen la más intensa educación política y acumulación de experiencias de las masas.

[Los siguientes párrafos aparecen en el margen izquierdo del manuscrito de Rosa Luxemburgo, sin ninguna referencia]. La libertad reservada sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numerosos que sean) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la "justicia" sino porque todo lo que puede ser instructivo, saludable y purificador en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la "libertad" se convierte en un privilegio.

El presupuesto tácito de la teoría de la dictadura de Lenin-Trotsky es que para la transformación socialista hay una receta prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que sólo requiere ser enérgicamente aplicada.

[Los siguientes párrafos aparecen al margen izquierdo del manuscrito de Rosa Luxemburgo, sin ninguna referencia]. Los mismos bolcheviques no se atreverán a negar, con la mano en el corazón, que ellos tienen que tantear paso a paso el terreno, ensayar, probar, experimentar, intentar ahora un camino, luego otro, y que muchas de sus medidas no son precisamente perlas de sabiduría. Las cosas son así y así nos ocurrirá a todos nosotros cuando nos encontremos en la misma situación de ellos, aunque tampoco es necesario que en todas partes las circunstancias sean tan difíciles.

Por desgracia -o tal vez por suerte- ésta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas que sólo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico yace totalmente oculta en la niebla del futuro. En nuestro programa no tenemos más que unas pocas indicaciones

generales que señalan la dirección general en la que tenemos que buscar las medidas necesarias, y las señales son principalmente de carácter negativo. Así sabemos aproximadamente lo que hay que suprimir en primer término para dejar libre el camino a una economía socialista. Sin embargo, cuando se trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas, necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, en el derecho y en todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que proporcione la solución. Esto no es una carencia, sino precisamente lo que hace al socialismo científico superior a todas sus variedades utópicas.

El sistema social socialista será, y sólo puede ser así, un producto histórico, surgido de las propias experiencias en el curso de su realización, un resultado del desarrollo de la historia viva, la cual (al igual que la naturaleza orgánica, de la que, en última instancia, forma parte) tiene la saludable costumbre de producir, al mismo tiempo, la necesidad social real y los medios de satisfacerla, el objetivo simultáneamente a la solución. Si las cosas son así, es evidente que el socialismo, por su propia naturaleza, no puede ser impuesto, no se puede introducir por decreto.

El socialismo exige como requisito previo una cantidad de medidas de fuerza contra la propiedad, etc. Lo negativo, la destrucción, puede decretarse; lo positivo, la construcción, no. Territorio nuevo. Miles de problemas. Sólo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, puede imaginar miles de formas nuevas, improvisar, liberar la fuerza creadora, corregir espontáneamente las equivocaciones. Es por ese motivo que la vida pública de los países con libertad limitada es tan deficiente, tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque, al excluirse la democracia, se taponan la fuente viva de toda riqueza espiritual y progreso. (Una prueba: el año 1905 y los meses de febrero a octubre de 1917). Lo

que es verdadero y de carácter político en esto, se aplica también a la vida económica y social. Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales.

El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias se estanca en el círculo cerrado de los funcionarios del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (Palabras de Lenin, boletín n° 29 de la Unión de Sociedades de Votantes Socialdemócratas de Berlín). La práctica del socialismo exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominación burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etc. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más obstinadamente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror... todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino que conduce al renacimiento pasa por la escuela de la vida pública, la democracia más amplia posible y la opinión pública. Es el gobierno por el terror lo que desmoraliza.

Cuando desaparece todo esto, ¿qué queda realmente? En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotski implantaron los soviets como única representación auténtica de las masas trabajadoras. Pero con el sofocamiento de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin un libre debate, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo. La vida pública se adormece gradualmente, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes

del partido dotados de una energía inagotable y un idealismo ilimitado. Entre ellos, en realidad dirigen efectivamente sólo una docena de cabezas brillantes y, de vez en cuando, se convoca a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes, y aprobar por unanimidad las resoluciones presentadas. En el fondo, entonces, se trata de una camarilla. Es una dictadura, es cierto, pero no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del dominio de los jacobinos (¡la postergación del Congreso de los Soviets de periodos de tres meses a periodos de seis meses!). Sí, esta situación puede ir aun más lejos; esas condiciones deben causar inevitablemente una deshumanización de la vida pública: atentados, fusilamiento de rehenes, etc.

Contra la corrupción y el lumpenproletariado

[El contenido de este apartado aparece en una hoja suelta del manuscrito]

Un problema muy importante en toda revolución es el de la lucha contra el lumpenproletariado. En Alemania, como en cualquier otra parte, tendremos que enfrentarnos a ello. El elemento lumpenproletario tiene raíces profundas en la sociedad burguesa. No es solamente una categoría especial, una especie de escoria social, que crece enormemente cuando se derrumban los cimientos del orden social sino, también, una parte integrante de dicho orden. Los acontecimientos de Alemania -y en mayor o menor medida los de otros países- demuestran con qué facilidad todos los sectores de la sociedad burguesa pueden degradarse. Los matices entre las especulaciones comerciales y bursátiles, los negocios ficticios, la adulteración de alimentos, el fraude, la malversación de fondos públicos, el robo, el hurto, el asalto, se confunden de tal modo que desaparece la línea divisoria entre la ciudadanía honorable y la delincuencia. Se repite el mismo fenómeno que conduce a la rápida degradación de las aparen-

tes virtudes de los dignatarios burgueses cuando son trasplantados al terreno social extraño de las colonias de ultramar. Con el derrumbe de las barreras y soportes convencionales de la moralidad y de la ley, la sociedad burguesa, cuya norma íntima de existencia es la más profunda de las inmoralidades, la explotación del hombre por el hombre, recae directa y desenfrenadamente en la delincuencia. La revolución proletaria tendrá que luchar en todas partes contra este enemigo, instrumento de la contrarrevolución.

También en relación a este aspecto, el terror constituye una espada sin punta, por no decir de doble filo. Las medidas más duras de la ley marcial son impotentes frente al estallido del desorden lumpenproletario. Por cierto, todo régimen persistente de estado de sitio prolongado lleva inevitablemente a la arbitrariedad, y toda forma de arbitrariedad tiende a depravar a la sociedad. Las únicas medidas efectivas en manos de la revolución proletaria son, como siempre, medidas radicales de carácter político y social, la transformación lo más rápida posible de las condiciones sociales de la vida de las masas; despertar el idealismo revolucionario, que puede mantenerse durante un largo tiempo sólo si las masas llevan una vida intensamente activa en condiciones de una ilimitada libertad política.

Así como la libre acción de los rayos solares constituye el remedio más efectivo, purificador y curativo contra las infecciones y los gérmenes, así también, el único sol curativo y purificador es la revolución misma y su principio renovador, la vida espiritual, la actividad y la iniciativa de las masas que surgen con la revolución y que deben desarrollarse en la más amplia libertad política. *[Los siguientes párrafos aparecen en el manuscrito en el margen izquierdo como si fueran el esquema de los párrafos que anteceden]* Discurso de Lenin sobre la disciplina y la corrupción.

En nuestro caso, como en cualquier otro, será inevitable la anarquía. El elemento lumpenproletario está profundamente en-

quistado en la sociedad burguesa y es inseparable de ella.

Pruebas:

- 1- Prusia Oriental, los saqueos "cosacos".
- 2- La irrupción generalizada del saqueo y el robo en Alemania (trampas, personal postal y ferroviario, policía, disolución total de límites entre la sociedad bien ordenada y la delincuencia).
- 3- La rápida degeneración de los dirigentes sindicales.

Contra esto son impotentes las medidas draconianas del terror. Por el contrario, producen una corrupción aun mayor. La única antitoxina: el idealismo y la actividad social de las masas, en libertad política ilimitada. Es una ley objetiva todopoderosa a la que no puede escapar ningún partido.

Democracia y dictadura

El error fundamental de la teoría de Lenin y Trotski es que ellos, igual que Kautsky, contraponen dictadura y democracia. "Dictadura o democracia", es como plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Éste se decide naturalmente en favor de "la democracia", es decir, de la democracia burguesa, precisamente porque la opone a la alternativa de la transformación socialista. Lenin y Trotski, por el contrario, optan por la dictadura frente a la democracia, se deciden a favor de la dictadura de un puñado de personas, es decir de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos contrapuestos, ambos igualmente alejados de una auténtica política socialista.

El proletariado, cuando toma el poder, no podrá nunca seguir el buen consejo que le da Kautsky, de renunciar a la revolución socialista y dedicarse a la democracia, con el pretexto de "la inmadurez del país". No puede seguir este consejo sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Tiene el derecho y el deber ineludible de acometer inmediatamente medidas socialistas, de la manera más enérgica, inflexible y firme, en otras palabras, ejercer la dictadura, pero una dictadura de la clase, no de un partido o de una camarilla.

Dictadura de la clase significa, en el sentido más general, la participación más activa y amplia posible de las masas populares, en un régimen de democracia ilimitada.

"Como marxistas -escribe Trotski- nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal" Es cierto que nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal. Tampoco fuimos nunca adoradores fetichistas del socialismo ni tampoco del marxismo. ¿Se desprende de esto que también debemos tirar el socialismo o el marxismo por la borda, a la manera de Cunow, Lensch y Parvus (*nt10*), si nos resulta incómodo? Trotski y Lenin constituyen la negación viva de esta respuesta.

"Nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal" significa: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia burguesa, siempre hemos denunciado el amargo contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Nuestro objetivo no ha sido repudiar la igualdad y la libertad, sino impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura y cumplir su misión histórica, conquistar el poder político no para eliminar la democracia sino para crear una democracia socialista que sustituya a la democracia burguesa.

La democracia socialista no es algo que comienza en la tierra prometida, después de creados los fundamentos de la economía socialista, no llega como una especie de regalo navideño para el heroico pueblo que, hasta entonces, apoyó fielmente a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento exacto de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la dictadura del proletariado.

¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en una manera de aplicar la democracia, no en su eliminación. Consiste en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien

arraigados en las relaciones económicas de la sociedad burguesa, intervenciones sin las cuales no puede llevarse a cabo una transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser obra de la clase y no de una pequeña minoría de dirigentes que actúan en nombre de la clase; es decir, debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas; debe estar bajo su influencia directa, debe estar sujeta al control público; debe surgir de la educación política creciente de las masas populares.

Con seguridad, también los bolcheviques hubieran actuado de esta manera de no haber sufrido la terrible presión de la guerra mundial, la ocupación alemana y todas las dificultades extraordinarias que trajeron consigo esos hechos, lo que inevitablemente tenía que distorsionar cualquier política socialista, por más que estuviera imbuida de los mejores principios e intenciones.

Un claro argumento en este sentido lo constituye el uso tan extendido del terror que hace el gobierno soviético, especialmente en el periodo más reciente, antes del colapso del imperialismo alemán y después del atentado contra la vida del embajador alemán. El lugar común de que en las revoluciones no todo es de color de rosa resulta bastante insuficiente.

Todo lo que ocurre en Rusia es comprensible y refleja una cadena inevitable de causas y efectos, que comienza y termina en el fracaso del proletariado en Alemania y la invasión de Rusia por el imperialismo alemán. Sería exigirles algo sobrehumano a Lenin y sus camaradas pretender que en tales circunstancias, como por encanto, apliquen la mejor de las democracias, la más ejemplar dictadura del proletariado y dispongan de una floreciente economía socialista. Con su decidida posición revolucionaria, su energía ejemplar en la acción y su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, hicieron todo lo posible en unas condiciones endiabladamente difíciles.

El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, y pretenden cristalizar en un sistema teórico acabado todas las tác-

ticas que se han visto obligados a adoptar debido a esas fatales circunstancias y pretenden recomendarlas al proletariado internacional como el modelo de la táctica socialista. Cuando actúan de esta manera, ocultando su genuino e incuestionable papel histórico bajo la hojarasca de los pasos en falso que la necesidad les obligó a dar, prestan un mal servicio al socialismo internacional por el que lucharon y sufrieron. Y es que pretenden introducir como nuevos descubrimientos todas las distorsiones producidas en Rusia por necesidad y fuerza mayor, distorsiones que, en última instancia, son sólo un producto secundario de la bancarrota del socialismo internacional en la actual guerra mundial.

Los socialistas gubernamentales alemanes pueden clamar que el gobierno bolchevique de Rusia es una expresión distorsionada de la dictadura del proletariado. Si lo ha sido, o lo es todavía, se debe a la forma de actuar del proletariado alemán, que a su vez representa una expresión distorsionada de la lucha de clases socialista. Todos estamos sujetos a las leyes de la historia, y el ordenamiento socialista de la sociedad sólo podrá realizarse internacionalmente. Los bolcheviques demostraron ser capaces de dar todo lo que se puede pedir a un partido verdaderamente revolucionario dentro de los límites de las posibilidades históricas. No pueden hacer milagros. Y una revolución proletaria modelo en un país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo y traicionado por el proletariado mundial, sería un milagro.

Lo importante es saber distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial de lo accesorio, el meollo de las excrescencias accidentales. En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en el mundo entero, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de la energía para actuar de las masas, de la voluntad socialista de tomar el poder. Desde esta perspecti-

va, Lenin, Trotski y sus amigos fueron los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial, son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten: "*Me he atrevido!*" (nt11). Esto es lo esencial y duradero de la política bolchevique. En este sentido, suyo es el mérito imperecedero de haberse colocado en la vanguardia del proletariado internacional en la conquista del poder político y haber planteado en la práctica el problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al "bolchevismo".

Notas de la traducción

(nt1) La convocatoria de una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal que redactase una Constitución y estableciese una forma democrática de gobierno del país fue una de las principales exigencias de todos los partidos liberales y socialistas desde la revolución rusa de 1905. Con la caída del zar Nicolás II durante la Revolución de Febrero de 1917, el poder del Estado fue asumido por el Gobierno Provisional de Rusia, que se comprometió a la convocatoria de una Asamblea Constituyente con el apoyo de todos los partidos liberales y socialistas. El Gobierno Provisional retrasó a lo largo de meses dicha convocatoria. El 25 de octubre de 1917 los bolcheviques derribaron al Gobierno Provisional por medio del Soviet de Petrogrado y el Comité Militar Revolucionario. La fecha de comienzo de las elecciones a la Asamblea Constituyente continuó siendo la fijada por el derrocado Gobierno provisional, y se celebraron entre el 12 y el 14 de noviembre de 1917. A pesar de los retrasos, y las dificultades en el recuento, el resultado de las elecciones a la Asamblea fue una clara victoria de los socialrevolucionarios que obtuvieron una mayoría tanto de los votos de los electores como de escaños,

mientras que los bolcheviques lograron poco menos de un cuarto de los sufragios. La única sesión de la Asamblea Constituyente se celebró el 5 de enero de 1918. Al día siguiente, los diputados encontraron el edificio cerrado y la Asamblea Constituyente declarada disuelta por el Gobierno bolchevique, mediante un decreto. Dos días más tarde, se reunió el III Congreso de los Soviets, formado por una abrumadora mayoría de bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda que aprobaron la disolución. La supresión de la Asamblea y la creciente represión contra los partidos de oposición al Gobierno bolchevique facilitaron el desencadenamiento de la guerra civil.

[Todas las fechas indicadas en la nota corresponden al calendario juliano]

(nt2) Aleksánder Fiódorovich Kérenski (1881-1970) fue un destacado político del partido social-revolucionario, abogado de profesión, que desempeñó un importante papel político tras el derrocamiento del régimen zarista en Rusia. Fue el segundo y último primer ministro del Gobierno Provisional instaurado tras la Revolución de Febrero y su figura principal. Fue capaz de hacer fracasar el golpe derechista del general Kornílov, pero no pudo evitar que los bolcheviques tomaran el poder.

(nt3) El Pre-Parlamento fue una asamblea de 1198 delegados designados por el gobierno provisional a propuesta de distintas organizaciones políticas y sociales para paliar el retraso de la elección de la Asamblea Constituyente. Se reunió por primera vez en septiembre de 1917 en Petrogrado.

(nt4) Los *narodniki* o populistas fueron revolucionarios rusos anti-zaristas que tuvieron mucha importancia en las décadas de 1860 y 1870. Defendían una especie de socialismo construido a partir de las comunas locales. Su primera organización se llamaba Tierra y Libertad.

(nt5) Nikolái Dmítrievich Avxéntiev (1878-1943) fue un importante dirigente del ala derecha del partido socialrevolucionario y presidente del Pre-Parlamento. Fue ministro del Interior del gobierno provisio-

nal durante los meses del verano de 1917. Sus medidas de represión de los comités locales, que menciona Rosa Luxemburgo, mermaron la popularidad de su partido entre campesinos y soldados y facilitaron la propaganda bolchevique.

(nt6) Philipp Heinrich Scheidemann (1865-1939) fue destacado dirigente del partido socialdemócrata alemán. Periodista y diputado. Durante la I Guerra Mundial, junto con Friedrich Ebert, fue líder de la fracción mayoritaria del partido, que apoyó la continuación de la guerra, limitándose su oposición a exigir la rápida negociación de un compromiso de paz. Cuando los socialdemócratas fueron incluidos en el gobierno, Scheidemann fue ministro sin cartera. Participó en la proclamación de la República el 9 de noviembre de 1918 y ocupó el puesto de primer canciller de la república de Weimar.

(nt7) Referencia a un célebre episodio del Parlamento Largo cuando era su *Speaker* William Lenthall. Carlos I, violando los derechos del Parlamento, penetró en la Cámara e interrogó a Lenthall sobre la presencia de determinados miembros acusados de traición. Lenthall se arrodilló y, con gran coraje, dijo: "No tengo otros ojos para ver ni otra lengua para hablar que los que la Cámara me proporciona".

(nt8) En realidad, 1912.

(nt9) Se refiere a los preceptos de la Constitución Soviética aprobada por el V Congreso Pan-Ruso de los Soviets el 10 de julio de 1918.

(nt10) Heinrich Cunow (1862-1936) y Paul Lensch (1873-1926) fueron miembros del partido socialdemócrata alemán, escritores y editores. Alexander Parvus (1867-1924), nacido en Bielorrusia, escritor y periodista, tuvo una destacada participación en las actividades del partido socialdemócrata alemán y del ruso.

(nt11) Referencia al título de una poesía de Ulrich von Hutten (1488-1523) y a una expresión presente en muchas de sus composiciones que evoca la rebelión de la Reforma frente al Papado.



Rosa Luxemburg

Contra la pena de muerte y otras cuestiones de honor (1918)

Publicado en *Die Rote Fahne*, 18 de noviembre de 1918

No pedíamos ni el perdón ni la amnistía para los presos políticos prisioneros del viejo orden. Exigíamos a través de la lucha y la revolución el derecho a la libertad para los cientos de personas valientes y leales que gemían en las cárceles y fortalezas porque, bajo la dictadura de los criminales imperialistas, habían luchado por el pueblo, por la paz y por el socialismo. a través de la lucha y la revolución.

Ahora estamos todos en libertad. Nos encontramos nuevamente en las filas, listos para el combate. No fue la camarilla de Scheidemann y sus aliados burgueses, con el príncipe Max von Baden a la cabeza, quienes nos liberaron. Fue la revolución proletaria la que hizo saltar las puertas de nuestras celdas.

Pero hay otra clase de infelices habitantes de esas sombrías mansiones que han sido completamente olvidados. Nadie piensa ahora en las figuras pálidas y tristes que suspiran tras los barrotes de la prisión por haber cometido delitos menores. Sin embargo, también ellos son víctimas desgraciadas del orden social infame contra el cual lucha la revolución. Víctimas de la guerra imperialista que ha llevado la desgracia y la miseria hasta los límites más extremos, víctimas de esa terrible carnicería que liberó los instintos más bajos.

La justicia de las clases burguesas fue nuevamente como una red que permitió escapar a los tiburones voraces, atrapando únicamente a las pequeñas sardinas. Los especuladores que ganaron millones durante la guerra han sido absueltos o han recibido penas ridículas. Los ladronzuelos, hombres y mujeres, han sido castigados con severas penas de cárcel. Agotados por el hambre y el frío, en celdas sin calefacción, estos seres abandonados por la sociedad esperan piedad y compasión. Esperan en vano. El último de los Hohenzollern olvidó a estos infelices en medio del baño de sangre entre las naciones y la erosión del poder imperial. Durante cuatro años, desde la conquista de Lieja, no ha habido una sola amnistía, ni siquiera en la festividad oficial de los esclavos alemanes, el cumpleaños del káiser.

La revolución proletaria debería iluminar la oscura vida de las prisiones con un pequeño acto de piedad. Debe reducir las sentencias draconianas, abolir los bárbaros castigos disciplinarios -las cadenas y los castigos corporales-, mejorar en lo posible la atención médica, la alimentación y las condiciones de trabajo. ¡Es una cuestión de honor! El sistema penal imperante, impregnado de un brutal espíritu de clase y de barbarie capitalista, debería modificarse radicalmente. Se debe emprender una reforma radical del sistema de penas. Pero un sistema completamente nuevo, acorde con el espíritu del socialismo, sólo puede basarse en un nuevo orden social y económico. Todos los crímenes y los castigos hunden sus raíces profundamente en la organización social.

Sin embargo, hay una medida radical que puede tomarse sin complicados procesos legales. La pena de muerte, la vergüenza mayor del ultrarreaccionario código alemán, debería ser eliminada de inmediato. ¿Por qué vacila en hacerlos este gobierno de obreros y soldados?

Hace doscientos años Beccaria denunció la ignominia de la pena capital. ¿No existe esta ignominia para vosotros, Ledebour, Barth, Däumig? No tenéis tiempo, tenéis mil problemas, mil dificultades, mil tareas os aguardan. Ciertamente. Pero, calculad, reloj en mano, el tiempo que se necesita para decir: "¡Queda abolida la pena de muerte!" ¿Diréis que para resolver este problema se requieren largas deliberaciones y votaciones? ¿Os perderías así en la maraña de las complicaciones formales, los problemas de jurisdicción, la burocracia departamental? ¡Ah! ¡Qué alemana es esta revolución! ¡Qué charlatana y pedante! ¡Qué rígida, inflexible y carente de grandeza!

La olvidada pena de muerte es sólo un pequeño detalle aislado. Pero, ¿cuántas veces son esos pequeños detalles los que traicionan el espíritu profundo de la totalidad!

Tomemos cualquier historia de la Gran Revolución Francesa, por ejemplo, la aburrida crónica de Mignet. ¿Es posible leerla sin que el corazón nos lata con fuerza y nos arda la frente? Quien la haya abierto en una página cualquiera, ¿puede cerrarla antes de haber oído, conteniendo el aliento, la última nota de esa grandiosa tragedia? Es como una sinfonía de Beethoven elevada a lo grandioso y a lo grotesco, una tempestad tronando en el órgano del tiempo, grande y soberbia en sus errores al igual que en sus hazañas, en la victoria tanto como en la derrota, en el primer grito de júbilo ingenuo y en el último suspiro. ¿Y qué ocurre en este momento en Alemania? En todo, sea grande o pequeño, uno siente que nos encontramos siempre con los viejos y cautelosos ciudadanos de la vieja socialdemocracia, para quienes el carnet de afiliado es todo, y el hombre y el espíritu, nada. No

debemos olvidar, sin embargo, que no se hace Historia sin grandeza de espíritu, sin una elevada moral, sin gestos nobles.

Al abandonar Liebke y yo las hospitalarias salas donde hemos vivido en los últimos tiempos -él entre sus pálidos compañeros de penitenciaría, y yo con mis pobres, queridas ladronas y mujeres de la calle, con quienes pasé tres años y medio de mi vida- pronunciamos este juramento, mientras nos seguían con sus ojos tristes: "¡No os olvidaremos!"

¡Exigimos al Comité ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados que tome medidas inmediatas para mejorar la situación de los prisioneros en las cárceles alemanas! ¡Exigimos que se elimine inmediatamente la pena de muerte del código penal alemán! Durante los cuatro años de masacre imperialista de los pueblos, la sangre fluyó en torrentes. Hoy, cada gota de ese precioso fluido debería preservarse devotamente en urnas de cristal.

La más inflexible energía revolucionaria y el humanismo más generoso son la verdadera esencia del socialismo. Hay que cambiar el mundo completamente, pero cada lágrima vertida que pudiera haber sido evitada es una acusación y comete un crimen quien, en su afán por cumplir una tarea importante, aplasta, por falta de cuidado, a un pobre ser indefenso.

Rosa Luxemburg

La única manera de hacer socialismo es que lo haga cada trabajador

Fragmentos del discurso "Nuestro programa y la situación política" ante el Congreso de fundación del Partido Comunista alemán, 1/1/1919

Puede encontrarse una traducción al castellano del discurso completo, aunque diferente a la aquí realizada, en:

<https://www.marxists.org/espanol/luxem/1918/12/31.htm>

(...) Como sabéis, el Manifiesto Comunista consideraba que el socialismo, la realización de los objetivos socialistas, era la tarea inmediata de la revolución proletaria. Esta fue la concepción que Marx y Engels defendieron durante la revolución de 1848. La consideraban el fundamento de la acción proletaria internacional. Ambos, junto a las mentes más relevantes del movimiento proletario, creían que su tarea inmediata era introducir el socialismo y que para que el socialismo se realizase inmediatamente bastaba con llevar a cabo la revolución política, tomar el poder del Estado. Posteriormente, Marx y Engels revisaron por completo este punto de vista (...).

"En muchos aspectos este pasaje (*n1*) se escribiría hoy de manera muy diferente. Dado el inmenso progreso de la gran industria en los últimos 25 años y el progreso paralelo que ha logrado la clase obrera en su organización como partido, y dadas las experiencias de la revolución de febrero de 1848 y, especialmente, de la Comuna de París, que por dos meses puso el poder político en manos del proletariado por primera vez, este programa ha envejecido en ciertos aspectos. La Comuna, en particular, ha demostrado que no es suficiente que la clase trabajadora se apodere de la máquina de Estado para que ésta sirva a sus propios fines " [prefacio redactado para la edición del Manifiesto Comunista en 1872].

En aquel entonces, al revisar los errores e ilusiones de 1848, se creía que el proletariado aún tenía un camino casi infinito por recorrer antes de que el socialismo se hiciera realidad. Por supuesto, los teóricos serios nunca han fijado una fecha determinada e imperativa para el colapso del capitalismo; pero se suponía vagamente que el camino aún sería muy largo; eso es lo que se deduce de cada línea del prefacio que Engels escribió en 1895. Pero ahora podemos hacer un balance. ¿No ha sido muy breve el lapso de tiempo transcurrido si lo comparamos con el desarrollo de las antiguas luchas de clases? Setenta años de desarrollo del gran capitalismo han bastado para pensar seriamente en la posibilidad de erradicar el capitalismo. Más aún: no sólo podemos abordar esa tarea, no sólo es nuestro deber para el proletariado, sino que resolverla es la única salida posible para la supervivencia de la sociedad humana.

(...) El socialismo se ha convertido en una necesidad, no sólo porque el proletariado no quiera vivir en las condiciones materiales reservadas para él por las clases capitalistas, sino porque estamos en peligro de extinción si el proletariado no cumple con su deber de clase realizando el socialismo.

(...) Creo poder decir con orgullo que este es el congreso constitutivo del único partido socialista revolucionario alemán; coincide, aunque no por casualidad, con un punto de inflexión en el desarrollo de la revolución alemana. Se puede decir que con los acontecimientos de los últimos días ha finalizado la fase inicial de la revolución alemana y que estamos entrando en una segunda etapa más avanzada de su desarrollo; hacer nuestra autocritica, emprender un examen crítico exhaustivo de lo que hemos logrado, creado o descuidado, es nuestro deber común, así como la fuente de un conocimiento mejor y más profundo de cara al futuro. Esto nos permitirá tomar impulso para seguir adelante.

Echemos un vistazo a la primera fase de la revolución que acaba de terminar. Comenzó el 9 de noviembre de 1918. No debe sor-

prendernos que estuviera llena de insuficiencias y debilidades. Tuvo lugar tras cuatro años de guerra, cuatro años durante los cuales el proletariado alcanzó un nivel de infamia y de negación de sus tareas socialistas sin igual en ningún otro país, a causa de la educación que había recibido de la socialdemocracia y de los sindicatos.

Si como marxistas y socialistas nos situamos en la perspectiva del desarrollo histórico, no podíamos esperar el surgimiento repentino, el 9 de noviembre de 1918, de una revolución grandiosa, animada por la conciencia de clase y por los objetivos a alcanzar, en una Alemania que ofreció una imagen espantosa desde aquel 4 de agosto de 1914 [fecha en la que la socialdemocracia votó a favor de los créditos de guerra]. Lo que vivimos el 9 de noviembre fue, en sus tres cuartas partes, un colapso del imperialismo existente, más que la victoria de un nuevo principio. Simplemente, para el imperialismo, coloso con pies de barro, podrido desde dentro, había llegado el momento, tenía que desmoronarse; lo que siguió fue un movimiento más o menos caótico, sin un plan de batalla, muy poco consciente. El único vínculo coherente, el único principio constante y liberador se resumía en un lema: creación de consejos de trabajadores y soldados. Fue la consigna de esta revolución, a la que inmediatamente dio un especial tinte de revolución socialista proletaria, a pesar de las insuficiencias y debilidades de los primeros momentos (...).

Precisamente en ese lema, que distingue fundamentalmente nuestra revolución de todas las revoluciones burguesas que la precedieron, reside el vínculo de la unidad internacional presente en nuestra acción. Un hecho caracteriza las contradicciones dialécticas en las que, como todas las demás revoluciones, se movió esta revolución: el 9 de noviembre, al emitir su primer grito, la revolución encontró los términos que nos conducirán al socialismo: consejos de trabajadores y soldados; una expresión que nos agrupó a todos.

El 9 de noviembre, muy desde abajo, la revolución encontró instintivamente esta fórmula. A causa de sus insuficiencias y debilidades, de la falta de iniciativa personal y de carencia de ideas claras sobre lo que era necesario hacer, dejó escapar, en sólo dos días, la mitad de los instrumentos de poder conquistados el 9 de noviembre. Esto muestra, por un lado, que la actual revolución está sujeta a la todopoderosa ley de la necesidad histórica; alcanzaremos nuestro objetivo paso a paso, a pesar de las dificultades, las complicaciones y los errores personales. Por otro lado, al cotejar ese claro lema con las insuficiencias de su realización práctica, debe decirse que hablamos de los primeros balbuceos de la revolución y que ésta tendrá que hacer un gran esfuerzo y recorrer un largo camino antes de madurar lo bastante como para ser capaz de realizar plenamente sus primeros lemas.

El proletariado ha perdido toda ilusión en la conjunción Ebert-Scheidemann-Haase en un gobierno "socialista" (nt2). Ebert-Scheidemann han perdido la ilusión de poder domesticar a la larga a los proletarios en sus monos de trabajo con la ayuda de los proletarios enfundados en uniformes de soldado. La burguesía ha perdido la ilusión en que, con la mediación de Ebert-Scheidemann-Haase, pueda conseguir confundir a la revolución socialista en Alemania respecto a cuales son sus objetivos. Pero si la primera fase de la revolución sólo ha dejado tras de sí estos miserables jirones, de ello podría aprovecharse el proletariado, porque nada es más perjudicial para la revolución que las ilusiones. Nada es más útil que la verdad franca y clara.

¿Cuáles son las perspectivas futuras de desarrollo, ahora que hemos pasado la primera fase? Por supuesto, no se trata de hacer profecías, sino de extraer las consecuencias lógicas de lo que hemos vivido hasta ahora y deducir los caminos previsibles de la evolución futura para configurar nuestra táctica y nuestros métodos de lucha.

¿Por dónde prosigue el camino? Las declaraciones del nuevo gobierno Ebert-

Scheidemann son un claro indicador al respecto. ¿Qué curso puede seguir el "gobierno socialista" cuando todas las ilusiones han desaparecido? Cada día que pasa este gobierno pierde algo más de apoyo en las grandes masas del proletariado. Ya sólo le sostienen, además de la pequeña burguesía, algunos pobres residuos proletarios, pero no está claro cuanto tiempo seguirán apoyando a Ebert-Scheidemann. Estos perderán cada vez más el apoyo de los soldados, porque los soldados ya han entrado en el camino de la crítica y comienzan a tomar conciencia de sí mismos; por supuesto, este proceso comienza lentamente, pero no puede detenerse hasta la plena conciencia socialista.

Ebert-Scheidemann perdieron su crédito con la burguesía porque no se mostraron lo suficientemente fuertes. ¿Qué harán ahora? Muy pronto dejarán de lado la farsa de la política socialista; leyendo su nuevo programa se observa enseguida que avanzan a toda máquina hacia la segunda fase, la de contrarrevolución abierta e incluso podría decir que irán hacia la restauración de las condiciones anteriores a la revolución.

(...) Ebert-Scheidemann, pura y simplemente, se han involucrado en la línea de restauración de las condiciones existente antes del 9 de noviembre. Pero por eso mismo se han arrojado por un plano inclinado y terminarán con los miembros rotos en el fondo del abismo, ya que la restauración de las condiciones previas al 9 de noviembre había sido ya superada en esa misma fecha y hoy Alemania está a kilómetros de esa posibilidad. El gobierno se verá obligado a seguir una política contrarrevolucionaria cada vez más violenta para mantener el apoyo de la burguesía, la única clase cuyos verdaderos intereses defienden; ese apoyo ya ha sido quebrantado seriamente por los acontecimientos recientes.

(...) El cierre de este primer periodo de la revolución podríamos fecharlo en el 24 de diciembre de 1918 [fecha en la que Ebert ordenó un ataque militar contra la División de Marina del Pueblo, dando lugar a lo que

denominó la "Navidad sangrienta de Ebert"]. Como ya he dicho, esta primera fase fue exclusivamente política; debemos ser plenamente conscientes de ello. Eso explica los balbuceos, las insuficiencias, las medias tintas y la falta de conciencia de esta revolución. Fue la primera etapa de una transformación cuyas tareas principales se encuentran en el dominio económico: el vuelco de las relaciones económicas. La revolución fue ingenua, inconsciente como una criatura que anda a gatas sin saber a dónde va: como he dicho, aún tenía un carácter puramente político. Sólo en las últimas semanas han empezado a hacerse notar las huelgas.

(...) La naturaleza misma de esta revolución hace que las huelgas adquieran necesariamente más amplitud, convirtiéndose cada vez más en el centro y en la esencia de la revolución. Es una revolución económica y por ello se convierte en una revolución socialista. Pero la lucha por el socialismo sólo puede ser dirigida por las masas, en una lucha cuerpo a cuerpo contra el capitalismo, en las propias empresas. Sólo entonces será una revolución socialista.

Ciertamente, por falta de reflexión, teníamos otra idea de cómo evolucionarían las cosas. Se pensaba que para establecer el socialismo bastaba con derrocar al antiguo gobierno, poner un gobierno socialista en su lugar y publicar decretos. Una vez más, esto sólo era una ilusión. El socialismo no se hace y no se puede hacer por decretos, incluso aunque éstos emanen de un gobierno socialista, por perfecto que sea. El socialismo debe ser hecho por las masas, por cada proletario. La cadena debe ser rota allá donde ésta les ata al capitalismo. El socialismo es eso y nada más, esa es la única forma de hacer socialismo.

¿Y cuál es la forma externa de la lucha por el socialismo?: la huelga. Por eso la fase económica se ha puesto en primer plano al comenzar la segunda fase de la revolución. Por tanto, las huelgas no sólo seguirán extendiéndose en la próxima fase de la revolución, sino que ocuparán el centro, el

punto neurálgico de la revolución, dejando en segundo plano las facetas puramente políticas. Se va a producir un enorme agravamiento de la situación en la lucha económica. La revolución llega así a un punto en el que la burguesía ya no está para bromas. La burguesía puede permitirse mistificaciones en el ámbito político, donde todavía es posible una mascarada y personas como Ebert-Scheidemann pueden presentarse con la etiqueta socialista, pero no puede permitírsele donde está en juego la ganancia. La burguesía pondrá al gobierno de Ebert-Scheidemann frente a esta alternativa: o ponéis fin a las huelgas y elimináis la amenaza de estrangulamiento derivada del movimiento huelguista o vosotros, señores Ebert & Scheidemann, seréis expulsados del campo de juego.

También creo que las medidas políticas que han tomado son ya suficientes para que queden fuera de juego. Ebert-Scheidemann sufren por no haberse ganado la confianza de la burguesía. La burguesía se lo pensará mucho antes de engalanar con la capa de armiño la silueta de patán advenedizo de Ebert. Si en algún momento llega a considerarlo, se dirá que para eso, a fin de cuentas, no basta con tener sangre en las manos, pues también hay que tener sangre azul en las venas; y se dirá a sí misma que si quiere un rey no necesita un arribista que ni siquiera sabe actuar como un rey.

Sobre el futuro no podemos decir nada definitivo, ni hacer declaraciones afirmativas sobre lo que ocurrirá. Pero poco nos importan las formas externas, el momento en que este o aquel elemento intervendrá; sólo necesitamos conocer las principales líneas del desarrollo futuro, que nos conducen a la siguiente hipótesis: la primera fase de la revolución, la de la lucha especialmente política, será seguida por una fase de lucha reforzada, crecida, esencialmente económica y, tras un lapso de tiempo más o menos largo, el gobierno de Ebert-Scheidemann está destinado a desaparecer en las tinieblas de los infiernos.

Es igualmente difícil predecir qué pasará

con la asamblea nacional en la segunda fase de la revolución. Si llega a constituirse es posible que se convierta en una nueva escuela educativa para la clase obrera, pero también es posible que no haya asamblea nacional, no se puede predecir. Para que se entienda la perspectiva en que se encuadran las opiniones que defendimos ayer, agregaré sólo esto: simplemente, nos negamos a hacer que nuestras tácticas dependan de inciertas circunstancias (...) No queremos que nuestras tácticas hacia la asamblea nacional dependan de una circunstancia probable pero no necesaria, la de que la asamblea nacional se esfume (*nt3*). Queremos basar nuestra táctica tomando en cuenta todas las situaciones posibles, incluida la de un uso revolucionario de la asamblea nacional en caso de que se constituya.

(...) Mientras que en Alemania estos canallas fingen esforzarse en conseguir la paz, y tratan de hacer ver que nosotros somos los aguafiestas, que somos quienes despertamos el desagrado de la Entente y quienes retrasamos el advenimiento de la paz, ellos se están preparando para reavivar la guerra con sus propias manos, la guerra en el Este, a la que seguirá inmediatamente la guerra en suelo alemán. Esa es la situación que nos obliga a entrar en un periodo de conflictos violentos. Al mismo tiempo que defendemos el socialismo y los intereses de la revolución, también debemos defender los intereses de la paz mundial.

Esto confirma precisamente las tácticas que los espartaquistas hemos defendido incansablemente y en todas las ocasiones durante los cuatro años de la guerra. La paz es la revolución mundial del proletariado. La victoria del proletariado socialista es la única forma de establecer y garantizar realmente la paz.

¿Qué significa esto para nuestra línea táctica general en la situación en la que nos encontraremos pronto? Una de las consecuencias que quizá saquéis de ello puede ser la esperanza en ver pronto la caída del gobierno de Ebert-Scheidemann, reemplazado por un gobierno expresamente revolu-

cionario, socialista y proletario. Sin embargo, me gustaría llamar vuestra atención hacia la base de la pirámide, no hacia su cúspide. No podemos caer en el error de la primera fase de la revolución del 9 de noviembre, alimentando la ilusión de que para la revolución socialista basta con derrocar al gobierno capitalista y reemplazarlo por otro. La revolución socialista sólo puede vencer si se procede de manera opuesta, si debilitamos gradualmente al gobierno de Ebert-Scheidemann por medio de una lucha social y revolucionaria de masas.

Recordaré ciertas deficiencias de la revolución alemana que no han desaparecido aún y que demuestran que, por desgracia, todavía no estamos en condiciones de asegurar la victoria del socialismo derrocando al gobierno. He tratado de demostrar que la revolución del 9 de noviembre fue ante todo una revolución política y que debe llegar a ser esencialmente económica. Pero también fue una revolución urbana, que hasta ahora no ha llegado al campo.

Sería una locura querer lograr el socialismo sin la agricultura. Desde el punto de vista de la economía socialista es absolutamente imposible reestructurar la industria sin fusionarla con una agricultura reorganizada de acuerdo con los principios socialistas. La idea más importante del orden económico socialista es suprimir la oposición y separación entre la ciudad y el campo, que es un fenómeno puramente capitalista que debe suprimirse de inmediato desde un punto de vista socialista. Si de verdad queremos una reestructuración socialista, será necesario prestar tanta atención al campo como a los centros industriales, y en eso no estamos, por desgracia, ni siquiera al principio del principio.

Tenemos que tomar en serio la cuestión rural, no sólo porque no podemos socializar sin la agricultura sino también porque, si bien hemos venido considerando las últimas fuerzas de reserva con las que cuenta la contrarrevolución contra nosotros, le queda una reserva que no hemos tenido en cuenta: el campesinado. Precisamente por

no haber sido influido por la revolución hasta ahora, todavía puede ser una reserva para la burguesía contrarrevolucionaria. Y cuando la llama de las huelgas socialistas roce los pies de ésta, lo primero que hará será movilizar al campesinado, a los fanáticos partidarios de la propiedad privada. No hay otra forma de contrarrestar la amenaza de esta potencia contrarrevolucionaria que llevar la lucha de clases al campo, movilizar al proletariado sin tierra y a los pequeños campesinos contra los terratenientes.

De todo esto tenemos que extraer conclusiones respecto a qué nos queda por hacer para garantizar las condiciones previas al éxito de la revolución. Trataré de resumir nuestras tareas inminentes: ante todo, en el futuro debemos extender el sistema de consejos de trabajadores y soldados, principalmente los consejos de trabajadores. Lo que comenzamos el 9 de noviembre fue un tímido inicio; incluso hemos perdido durante la primera fase de la revolución algunos importantes instrumentos de poder que obtuvimos en sus comienzos. La contrarrevolución ha emprendido un desmantelamiento sistemático del sistema de consejos de trabajadores y soldados.

(...) No podemos contentarnos con extender el sistema de consejos de trabajadores y soldados, también tendremos que incorporar a los obreros agrícolas y a los pequeños campesinos en este sistema de consejos. Debemos tomar el poder, debemos enfocar así la cuestión de la toma del poder: ¿qué hace, qué puede hacer, qué debe hacer cada consejo de trabajadores y soldados en toda Alemania? Ahí reside el poder; debemos socavar el Estado burgués desde la base, poner fin a la separación de poderes para ponerlos en manos de los consejos de obreros y soldados. En mi opinión y en la de mis compañeros más cercanos, la lucha económica debe ser dirigida por los consejos de trabajadores. También corresponderá a los consejos obreros dirigir el conflicto económico por vías cada vez más amplias. Los consejos obreros deben tener todo el poder del Estado.

En los próximos tiempos tenemos que actuar con esa perspectiva; si asumimos esa tarea, se producirá un refuerzo gigantesco de la lucha. Pues se trata de luchar cuerpo a cuerpo en cada Estado, en cada ciudad, en cada pueblo, para entregar a los consejos de obreros y soldados todos los instrumentos de poder que habrá que arrebatarse a la burguesía. Con ese objetivo, primero habrá que educar a nuestros camaradas y a los proletarios. Se desconoce la función de los consejos de obreros y soldados incluso donde ya existen. Es preciso hacer entender que el consejo de obreros y soldados debe ser, en todos los ámbitos, la palanca de la mecánica estatal y que los consejos deben tomar todos los poderes para que converjan en un flujo común, hacia la transformación socialista.

Incluso las masas trabajadoras ya organizadas en los consejos de obreros y soldados están aún a kilómetros de distancia de ese horizonte, excepto, por supuesto, algunas pequeñas minorías proletarias que tienen una clara conciencia de sus tareas. Esto no es una deficiencia, es bastante normal. Sólo se aprende a ejercer el poder ejerciéndolo. No hay otra manera de adquirir esa ciencia. Afortunadamente, hemos superado los tiempos en los que había que enseñar socialismo al proletariado. Por lo visto, los marxistas de la escuela de Kautsky se han quedado en aquellos tiempos; para ellos educar a las masas proletarias es dar discursos, distribuir panfletos y folletos. No, no es eso lo que necesita la escuela socialista del proletariado, en la que la educación tiene lugar al pasar a la acción. Al principio era la Acción, ese es el lema; y la acción consiste en que los consejos de obreros y soldados se sientan llamados a convertirse en el único poder público en el Imperio y aprendan a serlo. Esa es la única forma de preparar el terreno para la gran transformación.

(...) La historia hace que nuestra tarea sea más difícil que la de las revoluciones burguesas, en las que bastaba con derrocar al poder oficial central y reemplazarlo con unas pocas docenas de nuevos hombres

como máximo. Debemos actuar desde la base, lo que corresponde al carácter de masas de nuestra revolución, cuyos objetivos apuntan a los fundamentos y a las raíces mismas de la constitución social, dado el carácter de la revolución proletaria actual. Debemos conquistar el poder político desde abajo, no desde arriba.

El 9 de noviembre se intentó hacer tambalear a los poderes públicos y a la hegemonía de clase, pero fue un intento débil, incompleto, inconsciente y caótico. Lo que debe hacerse ahora es dirigir, con plena conciencia, todo el poder del proletariado contra los fundamentos de la sociedad capitalista. Es en la base, allá donde se confrontan el Capital y la esclavitud salarial, donde los órganos ejecutivos de la dominación de clase se confrontan con quienes sufren esa dominación, es allí, en la base, donde debemos arrancar, cacho a cacho, los instrumentos del poder de los gobernantes para apropiarnos de ellos.

Tal y como lo estoy describiendo, el progreso de esta operación parece que será más lento que lo que habíamos pensado antes. Pero creo que es conveniente que hagamos frente con total claridad a todas las dificultades y complicaciones de esta revolución.

(...) No intentaré predecir cuánto tiempo ocupará este proceso. ¿Quién de entre nosotros se va a poner a estimarlo o quién va a preocuparse por saber si nuestras vidas durarán lo suficiente como para ver cumplido el objetivo? Lo único importante es saber lo que tenemos que hacer, con claridad y precisión. Espero haberlo expuesto a grandes rasgos, con mis escasas fuerzas.

Notas de traducción

nt1. Se refieren a los párrafos del Manifiesto Comunista en los que se describen diez medidas a aplicar al comienzo de la dominación política del proletariado, "medidas que parecen insuficientes e insostenibles económicamente, pero que durante el movimiento se sobrepasarán y serán indispensables como medio de trastornar todo el modo de producción".

nt2. Luxemburg hace referencia al Consejo de Representantes del Pueblo constituido el 10 de noviembre, con tres miembros del Partido Socialdemócrata SPD (entre ellos Friedrich Ebert y Philipp Scheidemann) y tres del Partido Socialdemócrata Independiente USPD (entre ellos Hugo Haase). Haase y sus dos compañeros abandonaron el Consejo tras la brutal represión contrarrevolucionaria ordenada por Ebert. Haase fue asesinado por un sicario que no fue sometido a juicio gracias a una apresurada declaración de incapacidad mental.

nt3. Las elecciones a la Asamblea Nacional se realizaron el 19 de enero de 1919, cuatro días después del asesinato de Rosa Luxemburg a manos de los *freikorps*, cuerpos paramilitares ultrareaccionarios utilizados por Noske, ministro del Interior socialdemócrata, para reprimir las movilizaciones populares.

Bibliografía sobre Rosa Luxemburgo en castellano

A) Obras de Rosa Luxemburgo

- *Cartas de amor y revolución*; Barcelona, El Viejo Topo, 2019. Edición y prólogo de Pepe Gutiérrez. Incluye cartas a Leo Jogiches y a Louise y Karl Kautsky. Otras ediciones de su correspondencia, que incluyen distintas selecciones: *Cartas de la prisión*, Madrid, Cénit, 1931; *Cartas de la prisión*, Buenos Aires, Distribuidora Baires, 1974; *Cartas a Karl y Luisa Kautsky*, Barcelona, Galba, 1975; *Cartas desde la cárcel a Sophie Liebknecht*, Madrid, Abada editores, 2017.
- *Debate sobre la huelga de masas*; Buenos Aires, Ediciones Pasado y Presente, 1975.
- *El desarrollo industrial de Polonia y otros escritos sobre el problema nacional*; México, Ediciones Pasado y Presente, 1979.
- *El pensamiento de Rosa Luxemburg*; Barcelona, Ediciones del Serbal, 1983. Antología a cargo de María José Aubet.
- *Escritos políticos*; Barcelona, Grijalbo, 1977, Antología de textos.
- *Huelga de masas, partido y sindicatos*; Madrid, Siglo XXI, 1974.
- *Introducción a la economía política*; Madrid, Siglo XXI, 1974.
- *La acumulación del capital*; Mexico, Grijalbo, 1967. Primera edición española: Madrid, Cénit, 1933; reedición de la edición de Grijalbo en: Madrid, Orbis, 1995, dos tomos.
- *La crisis de la socialdemocracia*, Madrid, Akal, 2017.
- *La cuestión nacional y la autonomía*; Barcelona, El Viejo Topo, 1998. Prólogo y edición de María José Aubet.
- *La revolución rusa*; Barcelona, Página Indómita, 2017. Prólogo: Hannah Arendt. Otras ediciones: *La revolución rusa y otros escritos*, Madrid, Castellote, 1975; *La revolución rusa*, Akal, 2017.
- *Obras escogidas* (dos tomos); Bogotá, Ed. Pluma, 1976. Introducción de Mary-Alice Waters.
- *Obras escogidas* (dos tomos); México, Editorial Era, 1978.
- *Obras escogidas* (dos tomos), Madrid, Editorial Ayuso, 1978.
- *Reforma o revolución*; Madrid, Capitán Swing y Nórdica Libros, 2019, Ilustrado por Fernando Vicente. Primera edición española: *Reforma o revolución*, Zeus, 1931; otras ediciones: *¿Reforma o revolución? y otros escritos*, Fontamara, 1978; *Reforma o revolución*, Madrid, Público, 2009; *Reforma o revolución*, Madrid, Akal, 2015.
- *Rosa Luxemburgo en la tormenta*; Madrid, La Linterna Sorda, 2019. Edición y texto introductorio sobre Rosa Luxemburgo de Ana Muiña.
- *Textos sobre la cuestión nacional*; Madrid, Ed. de la Torre, 1977.

B) Trabajos biográficos sobre Rosa Luxemburgo

- Ettinger, Elzbieta; *Rosa Luxemburgo. Su vida*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988.
- Evans, Kate; *La Rosa Roja*. Ediciones IPS- Izquierda Diario, Pan y Rosas, 2017. Biografía gráfica sobre Rosa Luxemburgo.
- Nettl, J. P., *Rosa Luxemburgo*, Mexico, Ediciones Era, 1974.
- Frölich, Paul; *Rosa Luxemburgo. Vida y obra*, Barcelona, Fundamentos, 1976.
- Seidemann, Maria; *Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches*, Barcelona, Muchnick editores, 2001.

Bibliografía sobre Rosa Luxemburgo en castellano

C) Obras sobre Rosa Luxemburgo

- Aubet, María José; *Rosa Luxemburg y la cuestión nacional*, Barcelona, Anagrama, 1977.
- Basso, Lelio; *El pensamiento político de Rosa Luxemburg*, Barcelona, Península, 1976.
- Bisceglie, Anna y Renzi, Dario; *Rosa Luxemburgo*, Madrid, Prospettiva, 2000.
- Cliff, Tony; *Rosa Luxemburg (Introducción a su lectura)*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1971.
- Dunayevskaya, Raya; *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*, México, FCE, 1985.
- Geras, Norman; *Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo*, Mexico, Era, 1980.
- Guérin, Daniel; *Rosa Luxemburg y la espontaneidad revolucionaria*, Buenos Aires, Proyección, 1973. Antología de textos breves.
- Haug, Frigga; *Rosa Luxemburg y el arte de la política*, Madrid, Tierradenadie ediciones, 2013.
- Kovalik, Tadeusz; *Teoría de la acumulación y del imperialismo en Rosa Luxemburgo*, México, Editorial Era, 1979.
- Laurat, Lucien; *La acumulación de capital según Rosa Luxemburgo*, Madrid, Ediciones Hoy, 1931.
- Lukács, Georg; *Historia y consciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1978 (incluye varios ensayos sobre Rosa Luxemburgo).
- Löwy, Michael; *El marxismo olvidado*, Barcelona, Fontamara, 1978.
- *Materiales*, nº extraordinario 3, 1977, *Rosa Luxemburgo hoy*, con artículos de Lelio Basso, Oskar Negt, Georges Haupt, Paul Mattick, Michael Löwy, Norman Geras, Dick Howard, Tadeusz Kowalik, Gilbert Badia, J.L. de la Mata, Annette Jost, Narihiko Ito, Joseph Schleifstein y María José Aubet -guía de lectura-.
- Renzi, Dario; *Rosa Luxemburg. Las cuestiones irresolubles del socialismo científico*, Madrid, Prospettiva Separata, 2010.
- Ripio, Vanessa; *Rosa Lux19. La revolución en juego*, Madrid, Akal, 2019. Prólogo de Carlos Fernández Liria,
- Trias, Juan y Monereo, Manuel (editores); *Rosa Luxemburg. Actualidad y clasicismo*, Barcelona, El Viejo Topo y Fundación de Investigaciones Marxistas, 2001. Con textos de Michael Löwy, Juan Trias Vejarano, Juan Valdés Paz, Fritz Weber, Armando Fernández Steinko, Joaquín Herrera Flores, Norman Geras, María José Aubet, Frigga Haug, Eva Palomo Cerdeño y Néstor Kohan.
- Vidal Villa; *Conocer Rosa Luxemburg y su obra*, Barcelona, Dopesa, 1978.
- VV.AA.; *El desafío de Rosa Luxemburgo*, Buenos Aires, Proceso, 1972. Con textos de Bertram D. Wolfe, Hannah Arendt, Gilbert Badia, León Trotsky, V.I.Lenin, J.P. Netti, John Knief, Daniel Bensaid, Alain Nair, Michale Löwy y Paul M. Sweezy.

D) En Internet

- Marxist Internet Archive. Sección en español. Rosa Luxemburg
<https://www.marxists.org/espanol/luxem/index.htm>

Consejo editorial de Trasversales

Immanuel Wallerstein

(1930 - 2019)

La muerte de Immanuel Wallerstein nos entristece, como amigo que nos honró formando parte del consejo internacional de apoyo a Iniciativa Socialista (1989-2004) y Trasversales, y como sabio compañero de lucha por un mundo mejor.

No es este lugar para abordar una panorámica de su colosal obra. Recomendamos visitar iwallerstein.com, donde hay comentarios, artículos e información sobre su obra.

Quizá por lo que más se le conoce sean sus estudios sobre el sistema de la economía-mundo. “Concentré mi energía sobre la descripción del funcionamiento y desarrollo del moderno sistema mundial, y he insistido en que era una economía-mundo capitalista”. La economía-mundo europea surgió, en su opinión, a finales del siglo XV y principios del XVI, como entidad en la que el vínculo básico entre las partes es económico. “Fue en el siglo XVI cuando apareció una economía-mundo europea basada en el modo de producción capitalista”, dice.

Pero también ha sido un pensador del momento, del día a día, muy preocupado por las carencias estratégicas en la acción por conseguir un mundo algo más democrático y algo más igualitario. Ya en 1994 escribía “No contribuiremos en nada a una resolución aceptable de este caos terminal de nuestro sistema-mundo a menos que dejemos muy claro que solamente un sistema histórico relativamente igualitario y totalmente democrático es deseable” (*Agonias del capitalismo*, trasversales.net/i31iw.htm). Y en 2002: “Durante 20, 30 o 50 años habrá una lucha inmensa en torno a cuál será el sistema sucesor, y su resultado es intrínsecamente indeterminado. La historia no está a favor de ninguna parte. Depende de lo que lo hacemos” (*Una política de izquierdas para una época de transición*, en nuestra web trasversales.net/i64iw.htm). Queda en el recuerdo.



En verdad, la tarea esencial es seguir siendo un ser humano
La libertad es la libertad para quien piensa de otra manera

